

Jean
Paul
Sartre

COLONIALISMO Y NEO COLONIALISMO

LOSADA



CRISTAL DEL TIEMPO

JEAN-PAUL SARTRE

COLONIALISMO
Y NEOCOLONIALISMO

SITUATIONS, V

Traducción de

JOSEFINA MARTÍNEZ ALINARI

SEGUNDA EDICIÓN



EDITORIAL LOSADA, S. A.
BUENOS AIRES

Titulo del original francés
Situations, V
Colonialisme et néo-colonialisme
© Editions Gallimard, Paris, 1964

Queda hecho el depósito que
previene la ley núm. 11.723

© Editorial Losada, S. A.
Buenos Aires, 1965

Primera edición: 20 - IX - 1965
Segunda edición: 26 - VII - 1968

Ilustró la cubierta
SILVIO BALDESSARI

IMPRESO EN LA ARGENTINA
PRINTED IN ARGENTINA

Este libro
se terminó de imprimir
el día 26 de julio de 1968
en Artes Gráficas
Bartolomé U. Chiesino, S. A.
Ameghino 838, Avellaneda
Buenos Aires.

"DE UNA CHINA A OTRA"

En el origen de lo pintoresco está la guerra y la negativa de comprender al enemigo: en realidad, las primeras noticias acerca de Asia han procedido de misioneros irritados y de soldados. Luego llegaron los viajeros —comerciantes y turistas— que son militares disminuidos: el saqueo se llama "shopping", y las violaciones se practican onerosamente en los establecimientos especializados. Pero la actitud de principio no ha cambiado: se mata con menos frecuencia a los indígenas pero se los desprecia en bloque, que es la forma civilizada de la matanza; se gusta el aristocrático placer de contar las *separaciones*. "Yo me corto el pelo, él se lo trenza; yo empleo un tenedor, él usa palillos; yo escribo con una pluma de ganso, él traza caracteres con un pincel; yo tengo las ideas recias, y las suyas son curvas; habrán observado que a él le horroriza el movimiento rectilíneo, que sólo es feliz cuando todo va de través". Eso se llama el juego de las anomalías; si se encuentra una de más, si se descubre una nueva razón para no comprender, se tendrá, en el país de uno, un premio de sensibilidad. Los que recomponen así a sus semejantes como un mosaico de diferencias irreductibles, no es de extrañar que se pregunten, en seguida, cómo se puede ser chino.

De niño fui víctima de lo pintoresco: se hizo todo lo posible para hacer temibles a los chinos. Me hablaban de huevos podridos —a los cuales eran aficionados—, de hombres aserrados entre dos planchas, de música aguda y discordante. En el mundo que me rodeaba había cosas y animales que se llamaban, sin excepción, chinas: eran menudas y terribles, se deslizaban entre

los dedos, atacaban por detrás, estallaban de repente con absurdo estruendo, sombras que se escurrían como los peces a lo largo del vidrio de un acuario, faroles ahogados, refinamientos increíbles y fútiles, suplicios ingeniosos, sombreros sonoros. También había el alma china que, según se decía, era impenetrable. "Los orientales, ves..." Los negros no me inquietaban: me habían dicho que eran perros mansos; con ellos se estaba entre mamíferos. Pero los asiáticos me daban miedo: como esos cangrejos de los arrozales que escapan entre dos surcos, como esas langostas que se abaten sobre la llanura y devastan todo. Somos reyes de los peces, de los leones, de las ratas y de los monos; el chino es un artrópodo superior, y reina sobre los artrópodos.

Luego vino Michaux, que fue el primero que mostró al chino sin alma ni caparazón, la China sin loto ni Loti.

Un cuarto de siglo después, el álbum de Cartier-Bresson terminó la desmixtificación.

Hay fotógrafos que impulsan a la guerra porque hacen literatura. Buscan un chino que tenga el aire más chino que los otros; terminan encontrándolo. Le hacen adoptar una actitud típicamente china y le rodean de chinerías. ¿Qué han fijado en la película? ¿Un chino? Nada de eso: la Idea china.

Las fotografías de Cartier-Bresson no charlan nunca. *No son* ideas; nos las dan. Sin hacerlo adrede. Sus chinos desconciertan: la mayoría de ellos no tienen nunca un aire bastante chino. Hombre de espíritu, el turista se pregunta lo que hacen para reconocerse entre ellos. Yo, después de haber hojeado el álbum, me pregunto más bien cómo haríamos para confundirlos, para clasificarlos bajo un mismo título. La Idea china se aleja y palidece: ya es sólo una denominación cómoda. Quedan los hombres que se asemejan *en cuanto a hombres*. Las presencias vivas y carnales que no han recibido aún sus denominaciones controladas. Hay que estar agradecidos a Cartier-Bresson por su nominalismo.

Lo pintoresco se refugia en las palabras. Ese viejo eunuco, si lo presento con palabras, ¡qué exotismo! Vive en un monasterio, con otros eunucos. En un bocal conserva preciosamente sus "preciadas": en la época en que la emperatriz Tseu-hi, la Agripina amarilla, no era aún más que una concubina, ciertas noches la desnudaba, la envolvía en un chal púrpura y la llevaba en

brazos hasta el lecho imperial: emperatriz desnuda, Agripina concubina —eso rima—, chal púrpura, todos esos vocablos se encienden recíprocamente con sus fuegos. Lo que falta: todo lo que puede *hacer ver*, la realidad. Ahora, abrid el álbum: ¿qué veis primeramente? Una vida que se deshace, un viejo. No es el accidente de la castración, es la universal vejez la que le da ese rostro arrugado, céreo; la vejez, y no la China, es la que le ha curtido la piel. ¿Parece una mujer? Quizás: pero es que la diferencia de los sexos tiende a desaparecer con la edad. Baja los ojos santurrón, taimadamente, y tiende la mano para asir el billete que le muestra un intérprete risueño y hastiado. ¿Dónde están las luces de la Corte Imperial? ¿Dónde están las emperatrices de antaño? Acepto que sea eunuco: pero a su edad, ¿qué otra cosa haría si no lo fuese? Lo pintoresco se borra, adiós a la poesía *europaea*; lo que queda es la verdad material, la miseria y la avidez de un viejo parásito del régimen caduco.

Ese campesino almuerza. Ha venido a la ciudad para vender allí los productos de su tierra. Ahora come una sopa de arroz, al aire libre, en medio de los ciudadanos que lo ignoran, con una rústica voracidad: hambriento, cansado, solitario, en ese mismo momento tiene hermanos en todas las grandes ciudades agrícolas del mundo, desde el griego que conduce sus cordeles por los bulevares de Atenas, hasta el chleuh, bajado de sus montañas, que vaga por las calles de Marrakech. He aquí otros campesinos: el hambre los ha atraído hacia Pekín y allí se han quedado. ¿Qué hacer en una capital sin industria, cuando la técnica artesanal exige largos aprendizajes? Conducirán velotaxis. Apenas les hemos echado una ojeada, esos vehículos nos parecen familiares; nosotros los hemos tenido bajo la ocupación. Es cierto que parecían menos sucios. Es porque nosotros ponemos nuestra suciedad fuera. Y la miseria es la cosa mejor repartida del mundo: a nosotros no nos faltan miserables. Es cierto que hemos perdido la costumbre de engancharlos a los carricoches para llevar a los ricos. ¿A ese respecto han dejado de ser nuestras bestias de carga? Se los engancha a las máquinas.

¿Y a quién llevan? A los señores bien, de sombrero blando y ropaje talar, los mismos que hojean por el momento los libros,

en el escaparate de un vendedor de libros viejos, y se regocijan de saber leer. ¿Os reiréis de su traje? Entonces hay que reírse de nuestros curas. ¿De sus sombreros? Entonces reídos de vosotros mismos. Allí el uniforme de la minoría selecta es el sombrero de fieltro y el ropaje talar: entre nosotros, es el terno. De todos modos, lo que se presta a la risa, entre ellos y entre nosotros, es que haya minorías selectas, señores que sean los únicos que saben leer o contar y que llevan en la espalda la marca de su superioridad.

Las imágenes acercan a los hombres cuando son materialistas; es decir, cuando empiezan por el principio: por el cuerpo, por las necesidades, por el trabajo. ¡Al diablo los huevos podridos y las aletas de tiburón! ¿Se dice que son alimentos exóticos porque cerca de cuarenta millones de franceses ignoran incluso su sabor? Entonces esos alimentos son aún más exóticos en China, ya que cuatrocientos millones de chinos —aproximadamente— no los han comido jamás. Cuatrocientos millones de chinos que tienen hambre, como los jornaleros italianos, que se agotan trabajando, como los campesinos franceses, que son explotados por la familia Chiang-Kai-shek, como las tres cuartas partes de los occidentales por los grandes feudales del capitalismo. Después de eso, seguramente, no hablamos su idioma y no tenemos sus costumbres, pero siempre nos quedará tiempo de hablar de las diferencias. Hay que aprender lo que separa; lo que uno se ve en un abrir y cerrar de ojos. Hay que determinar si vemos en ese hombre que viene hacia nosotros, un alemán, un chino, un judío o, *primeramente*, un hombre. Y al decidir lo que es él, se decide lo que es uno. Si se hace de ese culi una langosta china, uno se convierte al instante en una rana francesa. Si dejáis posar a vuestros modelos, les daréis tiempo de convertirse en otros. Distintos de vosotros. Distintos del hombre. Distintos de ellos. La "pose" crea la minoría selecta y los parias, los generales y los papúes, los bretones bretonizantes, los chinos chinizantes, y las damas de la beneficencia: el ideal. Las instantáneas de Cartier-Bresson captan al hombre a toda velocidad, sin darle tiempo a ser superficial. En una centésima de segundo somos todos *iguales*, todos en el centro de nuestra condición humana.

De ese inmenso Imperio agrícola sólo nos mostrarán las

ciudades, los comunistas son dueños del campo. Pero cada foto nos descubre los males de una economía atrasada: artesanado, superpoblación, miseria. "El pueblo chino, dice Michaux, es un artesano nato... Todo cuanto puede hallarse como oficio, lo ha encontrado el chino". Es cierto, mirad los comerciantes, sus rostros maliciosos y pacientes, observad las manos, las manos dispuestas, nunca ociosas, que frotan dos nueces una contra la otra, como las manos griegas pasan las cuentas de los rosarios de ámbar; están hechas para arreglar y engañar: "En China la astucia no está aliada al Mal sino a todo; la virtud es la que está mejor combinada". Todos maquinadores sin duda, todos artesanos, artistas, artificiosos. Pero si se cree que deben su astucia a la pigmentación de su piel, a la forma de su cerebro, o a su régimen de alimentación, preguntaré: ¿quién es más ingenioso, más astuto: un chino o un napolitano? Nápoles contra Pekín: a chino, chino y medio. El match nulo es probable. En Nápoles nos harán el timo de las falsas Parker, falsamente robadas, de los relojes realmente robados, falsamente en venta, de los contadores falsificados; si se compra el tabaco a los revendedores callejeros, sabe Dios lo que se fuma. Pero mirad a ese mercader que vende cigarrillos bajo la protección de un Chiang-Kai-shek y de dos Sun Yat-sen: tiene la mirada boba, el labio colgante; parece demasiado tonto para ser indelicado, y sin embargo, ha abierto todos los paquetes que expone, ha vaciado los cigarrillos, y los ha llenado de detritus que ha ocultado en los dos extremos con una pizca de tabaco. Industrieros carentes de industria, los unos y los otros pasan el tiempo reparando, sosteniendo, conteniendo, uniendo, tapando los agujeros, impidiendo que los techos y los muros se caigan; luego, entre dos cataclismos se sientan en el borde de la acera, y acechan a los ricos trazando planes complicados para sacarles unas monedas. Su ingeniosidad, su deshonestidad bonachona, la explica la miseria y la ausencia de las máquinas.

Multitudes de Asia. Hay que agradecer a Cartier-Bresson el no haber decidido revelarnos su hormigueo. Porque no hormiguean o lo hacen muy poco: se organizan. Sin duda invaden todo, destruyen todo: esas viejas que avanzan a pasitos, haciendo reverencias sonriendo, son viejas servidoras, las diosas madres de las multitudes. Si una de ellas entra, tímidamente,

en la casa de un rico para visitar a una sirvienta, su sobrina o su prima, en seguida todas están allí, inexplicablemente, y pululan; la casa es demasiado pequeña para contenerlas y los muros se derrumban. Esas visitantes innumerables son particularmente temidas por los norteamericanos.

Pero nadie tiene el derecho de confundir esa pululación con una invasión de langostas. Las multitudes chinas están organizadas: ocupan las aceras y desbordan en la calzada, pero cada cual, en seguida, ocupa su lugar *reconociendo* el del vecino. Ved esos peluqueros: todos tienen su espacio vital, y ninguno piensa en disputárselo. La multitud de grandes mallas flojas es la que sangra cuando se aprieta; en Shanghai, el gobierno lanza oro al mercado, los compradores forman cola: brusca condensación de la multitud. Resultado: siete muertos y varias piernas rotas. En China, el hombre de las multitudes tiene que vivir a distancia respetuosa y la famosa cortesía china es, en primer lugar, una medida de extrema urgencia para impedir la asfixia. Cartier-Bresson nos hace adivinar por toda partes esa pululación fantasma, dividida en constelaciones minúsculas, esa amenaza de muerte discreta y omnipresente. Para mí, que amo la multitud como el mar, esas multitudes chinas no me parecen terribles ni siquiera extrañas: matan, pero ocultan los muertos en su seno y beben su sangre como un secante bebe la tinta; ni visto ni oído. Las nuestras son más irritadas, más crueles; cuando se retiran, dejan sus muertos detrás de sí y las aceras abandonadas están manchadas de rojo: es la única diferencia.

En los primeros años de este siglo, el turista era un gran aficionado de la miseria. El capitán Carpeaux, hijo del escultor Carpeaux, lamentaba, en 1911, que un Haussmann chino hubiera abierto bulevares en la ciudad imperial: "¡Ay!, ¿qué han hecho de la gran calle pequinesa tan pintorescamente animada, tan deliciosamente sucia y desfondada? ¿Dónde están todos esos vendedores ambulantes tan extraordinarios ante sus minúsculos puestos de cosas sin nombre?... Todo ha sido expulsado, arrebatado, nivelado, las grandes losas centenarias y rotas han desaparecido con los pequeños mercaderes sucios y tan curiosos..."

Sucios, deliciosamente roñosos, extraordinarios: he aquí en lo que se convierten los hombres apremiados por la miseria. ¿Y hay de qué quejarse?

Benditos sean el frío y el hambre por haber dictado tantas invenciones graciosas y tantos hallazgos absurdos. Y luego los pobres son conservadores: guardan los muebles viejos, los vestidos viejos, los utensilios viejos, porque no pueden reemplazarlos. Se iba a buscar en sus tugurios las tradiciones de la China antigua. ¡Qué fastos en aquellos harapos reales, sin olvidar los deslumbrantes arabescos trazados por la mugre en las gargantas jóvenes! ¡Hemos cambiado tanto? Ya no vamos a visitar los pobres a domicilio. Se diría, incluso, que los evitamos. Es que exageran; desde hace varios lustros, molestan a los ricos.

Imagínese a Barrès en Pekín. ¿Por qué no? Estaríamos en 1908; volvería a paso lento de una casa hospitalaria, y proyectaría escribir una *Berenice* "china". De repente, se detiene y mira a sus pies un paquete de tela. En China, figuraos, cuando muere un niño, se le envuelve en un paño rojo, y se le abandona por la noche en una esquina; por la mañana los volquetes de los muladares lo llevarán a la fosa común. He aquí a Barrès todo conmovido: cómo no iba a enternecerse ante esta hermosa costumbre; y qué puro placer de artista halla al contemplar esos pequeños montones escarlata que realzan, con un toque vivo y alegre, el claroscuro del alba. Cerca de éste han colocado un gato muerto. Un gato muerto, un niño muerto: dos almitas inciertas. Barrès las asocia en una misma oración fúnebre, y luego pasa a comparaciones más distinguidas: quizás a esta misma hora, envuelto en una seda púrpura, llevan hacia el lecho imperial el cuerpo hermoso y caliente de una concubina. Un cuerpecito caliente, un cuerpecito frío; en el uno y en el otro, la misma mancha de sangre. Ahí estamos: la sangre, la voluptuosidad y la muerte. Dichoso Barrès: ha muerto a su vez, llevándose a la tumba el secreto de la conciencia limpia. Nosotros hemos visto morir a los niños como las ratas en los bombardeos o en los campos nazis: cuando en una prestigiosa decoración de tierra roja y de palmeras se nos muestran las moscas que se disponen a comer los ojos de los recién nacidos, apartamos la cabeza y tenemos la conciencia sucia. ¿Cómo se explica eso? En una callejuela de Nápoles, un día, la puerta de una caballeriza se abrió sobre una sombría caverna: en un inmenso lecho nupcial reposaba un niño de seis meses, pequeño, perdido; su rostro, fruncido como una tela, parecía maquillado; se aseme-

jaba, hasta confundirlo, al cardenal nonagenario que había dicho la misa en San Pedro el domingo anterior. Estaba muerto. Me bastó el haber visto, una vez, esta muerte napolitana, indiscreta-mente expuesta: me siento incapaz de apreciar en su valor la poética mortaja de los chinitos pobres; mi mirada la atraviesa y adivina una cara arrugada, demasiado joven para ser infantil. Hay que creer que nos hemos hecho insensibles: no nos viene la idea de evocar el chal de seda, la carne sedosa de la bella Tseu-hi. Nos limitamos a pensar que hay que impedir que mueran los niños. Y ante ese niño asesinado, descrédito del Kuomintang, hacemos votos por la victoria del VIII Ejército. Ese álbum es una participación: anuncia el fin del turismo. Nos enseña con miramiento, sin patetismo, inútil, que la miseria ha perdido su cualidad pintoresca y no la hallará jamás.

Sin embargo, está ahí, insoportable y discreta. Se manifiesta en todas las páginas. Mediante tres operaciones elementales: cargar, rebuscar, merodear.

En todas las capitales de miseria, los pobres llevan paquetes. No se separan nunca de ellos: cuando se sientan, los colocan a su lado y los vigilan. ¿Qué llevan en ellos? Todo: leña recogida en un parque, a hurtadillas, cortezas de pan, alambres arrancados a una reja, recortes de tela. Si el fardo es demasiado pesado, lo arrastran con carretillas y carritos de mano. La miseria siempre tiene el aire de mudarse furtivamente. En Pekín, en Shanghai, en Nanking, todo el mundo tira, todo el mundo empuja; esos hombres se afanan para hacer avanzar un carrito; helos aquí sobre un puente: el camino se eleva, hay que redoblar los esfuerzos; los niños rondan, siempre dispuestos a echar una mano, por una limosna. Como el desocupado de *Dos centavos de esperanza*, que se sitúa en medio de una cuesta y tira de las riendas de los caballos de un coche de alquiler. El edificio del fondo es un faro. En lo alto del faro están los ojos del Occidente: su mirada giratoria barre la China; se han reservado las tres galerías superiores a los corresponsales de la prensa extranjera. ¡Qué altos están! Demasiado altos para ver lo que pasa en tierra. Bailan en mitad del cielo con sus esposas y sus amantes. Durante ese tiempo, los mozos de cordel empujan sus carritos y Chiang-Kai-shek se deja vencer por los ejércitos comunistas. Los norteamericanos no ven ni las casitas chatas de la China, ni los

campesinos en armas ni los mozos de cordel. Pero los mozos de cordel no tienen más que levantar la cabeza para ver el faro de Norteamérica.

En todas las capitales de miseria, se escarba. Se escarba el suelo y el subsuelo. La gente se congrega en torno de los cubos de la basura, se desliza entre los escombros: "Lo que tiran los otros es mío; lo que no les sirve ya, es suficientemente bueno para mí". En un terreno baldío, cerca de Pekín, se amontonan las basuras. Son los desechos de los pobres: han cribado todo, han rebuscado ya entre sus propios detritus; sólo han dejado, de mala gana, lo incomible, lo inutilizable, lo innombrable, lo inmundado. Y sin embargo, el rebaño está ahí. A cuatro patas. Todos los días, escarbando todo el día.

En todas las capitales de miseria, se merodea. ¿Eso es robar? No, es espigar. Esos fardos acaban de ser descargados. Si se quedan una hora más en el muelle, desaparecerán. Apenas los han colocado, y ya la multitud se precipita y los rodea. Cada cual trata de arrancar un puñado de algodón. Con muchos puñados de algodón, sacados día tras día, se hace un vestido. Reconozco la mirada de las mujeres: la he visto en Marsella, en Argel, en Londres, en las calles de Berlín: es seria, rápida, anhelosa, la angustia se mezcla con la avidez. Hay que agarrar, antes de que le agarren a uno. Cuando se hayan cargado los fardos en un camión, los niños correrán detrás de él, con las manos extendidas. Durante ese tiempo, en Nankín, se tirotea en las calles. Solo en medio de un bulevar, un hombre se inclina sobre un sillón destripado: le quiere quitar la borra. Si no recibe en plena frente una de las balas que silban junto a sus orejas, habrá obtenido el combustible suficiente para una hora de un solo día de invierno.

Todos los días, los pobres cavan, escudriñan, rebuscan. Todos los días los artesanos repiten sus movimientos tradicionales; todos los amaneceres, los oficiales hacen gimnasia en los jardines de la ciudad prohibida, mientras que unos fantasmas viejecillos se deslizan a lo largo de los palacios. Todas las mañanas, Pekín recompone su rostro del día anterior, de la última semana, del último milenio. Entre nosotros, la industria hace estallar todos los

cuadros; pero allí ¿por qué cambiar? Cartier-Bresson ha fotografiado la eternidad.

Frágil eternidad: es una melodía siempre recomenzada; para callarla, habría que romper el disco. Y justamente se lo va a romper. La Historia se halla en las puertas de la ciudad; día a día se hace en los arrozales, en las montañas y en la llanura. Un día aún, y luego otro día: todo habrá terminado, el viejo disco volará en pedazos. Esas instantáneas intemporales están rigurosamente fechadas: fijan, para siempre, los últimos instantes de lo Eterno.

Entre el tiempo circular de la vieja China y el tiempo irreversible de la China nueva, hay un intermedio, una duración gelatinosa igualmente alejada de la Historia y de la repetición: es la *espera*. La ciudad ha desechado el haz de sus millones de gestos cotidianos: ya nadie lima, ni corta, ni frota, ni rae, ni ajusta, ni bruñe. Abandonando sus pequeños espacios vitales, sus ceremonias, sus vecinos, las gentes se amontonan, en grandes masas informes, ante las estaciones, en los muelles. Las casas se vacían. Y los talleres. Y los mercados. En los lugares excéntricos, las multitudes se reúnen, se aprietan, se coagulan; sus finas estructuras se rompen. En las fotos aéreas del viejo Pekín se suceden las imágenes pesadas y densas. La espera. Cuando no se encargan de la Historia, las masas viven las grandes circunstancias como esperas interminables. Las masas de Pekín y de Shanghai no hacen la Historia; la sufren. Como por otra parte la sufren los policías que las vigilan, los soldados que pasan en medio de ellas, que vuelven del frente, que no dejan de volver de él, y los que no van jamás, los mandarines que huyen, los generales que se fugan. Los que la hacen no han visto jamás las grandes ciudades imperiales: sólo conocen las montañas y los campos; en las montañas y en los campos se ha decidido la suerte de la China. Por primera vez, una capital espera el capricho del campo: la Historia aparecerá bajo la forma de un cortejo campesino. Los ciudadanos consideran el campo como un espacio inerte que une las ciudades entre sí, y que los ejércitos recorren y saquean hasta que, en las ciudades, se decide hacer la paz. Pero, de repente, el campo se descubre: es la carne viva, el músculo; en ese músculo, las ciudades están colocadas como granos de urato. Sin embargo, esas multitudes no tienen miedo. Arriba, los ojos de los norteamericanos

se enloquecen y giran. Pero desde hace largo tiempo se sabe, a ras de tierra, que han ganado los comunistas. Los ricos protestan contra Chiang-Kai-shek tanto como contra Mao-Tse-Tung; los campesinos quieren volver a sus hogares; ya que todo está en manos de los comunistas, tanto da hallarlos en el pueblo que en la ciudad; los obreros y los pobres comienzan a esperar: las mil esperas singulares del tiempo de la Repetición se han acercado y confundido en una sola esperanza. El resto de la población hace procesiones y reza por la paz; por cualquier paz. Es un modo de matar el tiempo: antes de reunirse con los bonzos y de quemar varitas de papel, se aprovecha la ocasión para arreglar los asuntos personales; se va, por cuenta propia, a frotar la nariz de un ídolo, las muchachas estériles aprietan su vientre contra el vientre de las estatuas; después de la ceremonia, en la gran farmacia inmediata al templo se comprarán las bolitas secas que devuelven el ardor a los maridos languidecientes y recalientan los pies de las esposas.

Mientras las autoridades están en su puesto, la multitud permanece bajo presión. La policía la encuadra y la contiene; pero, contrariamente a las nuestras, rara vez golpean: éste se impacienta porque se lo oprime demasiado. Levanta la pierna: ¿Va a dar una patada? No, da con el tacón en un charco; salpicadas, las gentes retrocederán.

Pero los señores del Kuomintang no permanecen quietos; se van. Quedan mil. Quedan cien. Dentro de poco, ya no quedará ninguno. Los señores que ya no se pueden ir, los amarillos y los blancos, están verdes de miedo. Durante el interregno van a desencadenarse los bajos instintos del populacho: van a saquear, a violar, a asesinar. De repente, los burgueses de Shanghai llaman a los comunistas: más vale cualquier orden que el furor popular.

Esta vez es el fin: han partido los notables, el último policía ha desaparecido; los burgueses y el populacho son los únicos que quedan en la ciudad. ¿Saqueará, no saqueará? Admirables multitudes: cuando dejaron de sentir el peso de la carga que las abrumaba, han vacilado un instante y luego, poco a poco, se han aflojado; esas grandes masas vuelven al estado gaseoso. Mirad las fotos: todo el mundo se ha puesto a correr. ¿Adónde van? ¿A saquear? Ni eso siquiera: han entrado en las bellas resi-

dencias abandonadas y han rebuscado como, ayer aún, rebuscaban en los montones de basura. ¿Qué se han llevado? Casi nada: las tablas del suelo, para encender el fuego. Todo está tranquilo; que vengan ahora los campesinos del norte: hallarán una ciudad en orden.

¡Recordáis el mes de junio de 1940, y esos gigantes fúnebres que avanzaban en sus camiones, en sus carros, a través de París desierto? Eso era pintoresco: poca voluptuosidad, pero mucha pompa, mucha sangre y mucha muerte: los alemanes querían una victoria ceremoniosa. La tuvieron, y los bellos SS, de pie en los autos camufladós, parecían sacerdotes, verdugos, mártires, marcianos, todo, menos hombres. Ahora, abrid el álbum: niños y jóvenes se han congregado ante el paso de los vencedores; están divertidos, tranquilos, llenos de curiosidad. ¿Dónde está la victoria? ¿Dónde está el terror? He aquí el primer soldado comunista que se ha visto en Shanghai desde el comienzo de la guerra civil: es un hombrecillo de rostro hermoso y sombrío, que lleva su equipo en el extremo de un bastón, como nuestros antiguos soldados cuando volvían de la guerra. Ese hombrecillo agotado, esos jóvenes espectadores: podría creerse que era la llegada de una carrera a pie. Volved la página, miradles de espaldas, ahora, a los soldados del VIII Ejército, bajo sus sombrillas, perdidos en una gran avenida de Shanghai. ¿Han tomado la ciudad esos campesinos, o es la ciudad la que va a tomarlos? Se sientan. En la acera, en la calzada, en el mismo lugar donde, el día anterior, les esperaba una multitud sentada. Esta multitud se ha levantado, se ha lanzado contra ellos, los domina con su talla y los mira. De ordinario, los vencedores se ocultan para descansar; pero éstos se diría que no se cuidan de intimidar. Sin embargo, ellos fueron los que derrotaron a las tropas del Kuomintang armadas por los norteamericanos, los que tuvieron en jaque al ejército japonés. Parecen abrumados por los altos edificios que los rodean. La guerra ha terminado: hay que ganar la paz. Las fotos revelan a maravilla la angustia y la soledad de esos campesinos en el corazón de una ciudad soberbia y podrida. Detrás de sus persianas, los señores recobran el valor: "Los llevaremos de la punta de la nariz".

No ha sido necesario que pase mucho tiempo para que los

señores cambien de opinión. Pero ésa es otra historia y Cartier-Bresson no nos la cuenta. Démosle las gracias por habernos sabido mostrar la más humana de las victorias, la única que se puede, sin reserva alguna, amar.

Prefacio a *D'une Chine à l'autre*, de Henri Cartier-Bresson y Jean-Paul Sartre, París. Ed. Robert Delpire, 1954.

EL COLONIALISMO ES UN SISTEMA

Querría ponerlos en guardia contra lo que podría llamarse la "mixtificación neocolonialista".

Los neocolonialistas piensan que hay buenos colonos y colonos muy malos. Éstos tienen la culpa de que se haya degradado la situación de las colonias.

La mixtificación consiste en esto: le pasean a uno por Argelia, le muestran complacientemente la miseria del pueblo, que es terrible, le cuentan las humillaciones que los malos colonos hacen sufrir a los musulmanes. Y luego, cuando uno está muy indignado, añaden: "Por esta razón los argelinos mejores han tomado las armas: no podían aguantar más". Si se hace con maña, volveremos convencidos:

1º De que el problema argelino es *primeramente* económico. Se trata, mediante prudentes reformas, de dar pan a nueve millones de personas.

2º Que, a continuación, es *social*: hay que multiplicar los médicos y las escuelas.

3º Que, por fin, es *psicológico*: recordemos a De Man con su "complejo de inferioridad" de la clase obrera. Halló, a la vez, la clave del "carácter indígena": mal tratado, mal nutrido, iletrado, el argelino tiene un complejo de inferioridad con respecto de sus amos. Actuando sobre estos tres factores se le tranquilizará: si come lo necesario, si tiene trabajo y sabe leer, ya no tendrá la vergüenza de ser un hombre inferior y recobramos la vieja fraternidad franco-musulmana.

Pero, sobre todo, no mezclamos esto con la *política*. La

política es abstracta: ¿de qué sirve votar si uno se muere de hambre? Los que vienen a hablarnos de elecciones libres, de una Constituyente, de la independencia argelina, son provocadores o embrollones que no hacen más que complicar la cuestión.

He aquí el argumento. A éste, los dirigentes del F.L.N. han respondido: "Aun siendo dichosos bajo las bayonetas francesas, nos batiríamos." Tienen razón. Y sobre todo hay que ir más lejos que ellos: bajo las bayonetas francesas sólo se puede ser desgraciado. Es cierto que la mayoría de los argelinos sufre una miseria insoportable; pero es cierto también que las reformas necesarias no pueden ser hechas ni por los buenos colonos ni por la "metrópoli" misma, mientras pretenda conservar su soberanía en Argelia. Esas reformas serán de la incumbencia del pueblo argelino, cuando haya conquistado su libertad.

Porque la colonización no es un conjunto de azares, ni el resultado estadístico de miles de empresas individuales. Es un sistema puesto en ejecución hacia mediados del siglo XIX, que comenzó a dar sus frutos hacia 1880, entró en decadencia después de la Primera Guerra Mundial, y en la actualidad se vuelve contra la nación colonizadora.

He aquí lo que yo quisiera mostraros acerca de Argelia, que es, desgraciadamente, el ejemplo más claro y legible del sistema colonial. Quisiera haceros ver el rigor del colonialismo, su necesidad interna, cómo debía conducirnos directamente a donde estamos y cómo la intención más pura, si nace dentro de ese círculo infernal, se pudre inmediatamente.

Porque no es cierto que hay colonos buenos y malos: hay colonos y eso basta¹. Cuando hayamos comprendido eso, comprenderemos por qué los argelinos tienen razón de atacar *políticamente en primer lugar* ese sistema económico, social y político y por qué su liberación y *la de Francia*, sólo puede ser resultado del fin de la colonización.

El sistema no se puso solo en ejecución. A decir verdad, ni la monarquía de Julio, ni la Segunda República, sabían qué hacer de la Argelia conquistada.

Se pensó en transformarla en colonia de población. Bugeaud

¹ No llamo colonos a los pequeños funcionarios, ni a los obreros europeos, a la vez víctimas y beneficiarios inocentes del régimen.

concebía la colonización "a la romana". Se entregarían vastos dominios a los soldados licenciados del Ejército de África. Su tentativa no tuvo resultado

Se quiso derramar sobre África el excedente de los países europeos, los campesinos más pobres de Francia y de España; se crearon, para aquella "chusma", algunos pueblos en torno de Argel, de Constantina, de Orán. La mayoría fueron diezmados por las enfermedades.

Después de junio de 1848, se trató de instalar allí —mejor sería decir: de agregar— a los obreros sin trabajo cuya presencia inquietaba a "las fuerzas del orden". De 20.000 obreros transportados a Argelia, la mayor parte pereció de fiebre y de cólera; los sobrevivientes consiguieron ser repatriados.

Bajo esta forma, la empresa colonial seguía vacilante; se precisó bajo el Segundo Imperio, en función de expansión industrial y comercial. Una tras otra, se crearon las grandes compañías:

1863: Sociedad de Crédito Territorial Colonial y Bancario.

1865: Sociedad Marsellesa de Crédito;

Compañía de los Minerales de Hierro de Mokta;

Sociedad General de los Transportes Marítimos a Vapor.

Esta vez, es el capitalismo el que se hace colonialista. El teórico de ese nuevo colonialismo será Jules Ferry:

"Francia, que ha rebotado siempre de capitales y los ha exportado en cantidad considerable al extranjero, tiene interés en considerar, bajo este ángulo, la cuestión colonial. Para los países dedicados como el nuestro, por la naturaleza misma de su industria, a una gran exportación, está la cuestión de los mercados... Allí donde está el predominio político, está el predominio de los productos, el predominio económico."

Como se verá, no fue Lenin quien definió primero el imperialismo colonial: fue Jules Ferry, esa "gran figura" de la Tercera República.

Y se ve también que ese ministro está de acuerdo con los felás de 1956; proclama la "¡política en primer lugar!", que empujarán contra los colonos tres cuartos de siglo después.

Primero vencer las resistencias, romper los cuadros, someter, aterrorizar.

En seguida, solo, se pondrá en ejecución el sistema colonial.

¿Y de qué se trata? ¿De crear industrias en el país conquistado? Nada de eso: los capitales de que Francia "rebose", no se van a invertir en los países subdesarrollados; la utilidad sería insegura, los beneficios a un plazo muy largo; habría que construir todo, que equipar todo. E incluso, aunque eso pudiera hacerse, ¿por qué crear de pies a cabeza una competencia a la producción metropolitana? Ferry es muy claro: se invertirán sencillamente en las industrias nuevas, que venderán sus productos manufacturados al país colonizado. El resultado inmediato fue el establecimiento de la Unión aduanera (1884). Esta Unión dura aún: asegura el monopolio del mercado argelino a una industria francesa que lleva la desventaja en el mercado internacional por sus precios demasiado altos.

¿Pero a *quién*, pues, esta industria nueva pensaba vender sus productos? ¿A los argelinos? Imposible: ¿de dónde iban a sacar el dinero para pagar? La contrapartida de ese imperialismo colonial es que hay que crear un poder adquisitivo en las colonias. Y entiéndase bien, los colonos son los que han de beneficiarse de todas las ventajas y los que se van a transformar en compradores eventuales. El colono es, en primer lugar, un comprador artificial, creado de pies a cabeza, más allá de los mares, por un capitalismo que busca nuevos mercados.

Desde 1900, Peyerimhoff insistía acerca de ese carácter nuevo de la colonización "oficial":

"Directamente o no, la propiedad del colono le viene del Estado gratuitamente, o bien ha visto todos los días otorgar concesiones en torno de él; bajo sus ojos, el gobierno ha hecho por los intereses individuales sacrificios sensiblemente mayores de los que consentiría en países más antiguos y completamente explotados."

Aquí se marca con claridad la segunda cara del dístico colonial: para ser comprador, el colono tiene que ser vendedor. ¿Y a quién venderá? A los franceses de la metrópoli. ¿Y qué va a vender sin industria? Productos alimenticios y materias primas. Esta vez, bajo la égida del ministro Ferry y del teórico Leroy-Beaulieu, se constituye el estatuto colonial.

¿Y cuáles son los "sacrificios" que el Estado consiente al colono, a ese hombre amado de los dioses y de los exportadores? La respuesta es sencilla: le sacrifica la propiedad musulmana.

Porque ocurre que, en efecto, los productos naturales del país colonizado crecen en la tierra y esta tierra pertenece a las poblaciones "indígenas". En ciertas comarcas poco pobladas, con grandes espacios incultos, el robo de la tierra es menos manifiesto: lo que se ve es la ocupación militar, es el trabajo forzado. Pero en Argelia, a la llegada de las tropas francesas, *todas las tierras buenas estaban cultivadas*. La pretendida "explotación" está, pues, apoyada en una explotación de los habitantes que se ha mantenido durante un siglo: la historia de Argelia es la concentración progresiva de la propiedad territorial europea, a expensas de la propiedad argelina.

Todos los medios han sido buenos.

Al principio, se aprovecha el menor indicio de resistencia para confiscar o secuestrar. Bugeaud decía: Es necesario que la tierra sea buena; importa poco a quién pertenece.

La revuelta de 1871 sirvió de mucho: se quitaron cientos de miles de hectáreas a los vencidos.

Pero esto podría no ser bastante. Entonces decidimos hacer un hermoso regalo a los musulmanes: les dimos nuestro Código civil.

¿Y por qué tanta generosidad? Porque la propiedad tribal era colectiva en la mayoría de los casos, y se quería desmenuzarla para permitir a los especuladores comprarla de nuevo poco a poco.

En 1873 se encargó a los funcionarios judiciales que transformasen las grandes propiedades indivisas en un rompecabezas de bienes individuales. En cada herencia constituían *lotes* que entregaban a cada uno. Algunos de esos lotes eran ficticios: en el aduar de Harrar, para 8 hectáreas, el funcionario judicial había descubierto 55 legatarios.

Bastaba con corromper a uno de esos legatarios: reclamaba la repartición. El procedimiento francés, complicado y confuso, arruinaba a todos los copropietarios; los mercaderes de bienes europeos compraban el total por un pedazo de pan.

Hemos visto, sin duda, en nuestras regiones, campesinos pobres, arruinados por la concentración de tierras y la mecani-

zación, vender sus campos y unirse al proletariado urbano; al menos, esta ley inexorable del capitalismo no iba acompañada del robo propiamente dicho. Aquí, con premeditación, con cinismo, se ha impuesto un código extranjero a los musulmanes, porque se sabía que ese código no podía aplicarse a ellos y no tendría más efecto que el de anonadar las estructuras internas de la sociedad argelina. Si la operación se ha continuado hasta el siglo xx con la ciega necesidad de una ley económica, es porque el Estado francés había creado, brutal y artificialmente, las condiciones del liberalismo capitalista en un país agrícola y feudal. Eso no ha impedido que, recientemente, los oradores, en la Asamblea, alabasen la adopción forzada de nuestro código por Argelia como "uno de los beneficios de la civilización francesa".

He aquí los resultados de esta operación:

En 1850, el dominio de los colonos era de 115.000 hectáreas. En 1900, de 1.600.000; en 1950, de 2.703.000.

En la actualidad, 2.703.000 hectáreas pertenecen a los propietarios europeos; el Estado francés posee 11 millones de hectáreas bajo el nombre de "tierras patrimoniales"; se han dejado 7 millones de hectáreas a los argelinos. En resumen, ha bastado un siglo para desposeerlos de dos tercios de su suelo. La ley de concentración ha ido, además, en contra de los pequeños colonos. En el día de hoy, 6.000 propietarios tienen una renta agrícola neta de más de 12 millones; algunos alcanzan los mil millones. El sistema colonial está en funciones: el Estado francés entrega la tierra árabe a los colonos para crear un poder adquisitivo que permita a las industrias metropolitanas venderles sus productos; los colonos venden a los mercados de la metrópoli los frutos de esta tierra robada.

A partir de ahí, el sistema se refuerza por sí solo; gira en total; vamos a seguirlo en todas sus consecuencias y ver cómo se hace cada vez más riguroso.

1º Al *afrancesar* y dividir la propiedad se ha roto la armazón de la vieja sociedad tribal sin poner nada en lugar suyo. Esta destrucción de los cuadros ha sido sistemáticamente alentada: primero porque suprimía las fuerzas de resistencia, y substituía las fuerzas colectivas por una polvareda de individuos; luego, porque creaba la mano de obra (al menos en cuanto el cultivo no estaba mecanizado): sólo esta mano de obra permite com-

pensar los gastos de transporte; sólo ella preserva los márgenes de beneficios de las empresas coloniales frente a las economías metropolitanas, cuyo costo de producción baja incesantemente. De este modo, la colonización ha transformado la población argelina en un inmenso proletariado agrícola. Se ha podido decir de los argelinos: son los mismos hombres que en 1830 y que trabajan las mismas tierras; pero, en lugar de poseerlas, son los esclavos de los que las poseen.

2º Si, al menos, el robo inicial no fuese del tipo *colonial*, se podría esperar, quizás, que una producción agrícola mecanizada permitiese a los argelinos mismos comprar los productos de su suelo a un precio mejor. Pero los argelinos no son, ni pueden ser, los clientes de los colonos. El colono debe exportar para pagar sus importaciones: produce para el mercado francés. Se ve llevado, por la lógica del sistema, a sacrificar las necesidades de los indígenas a las de los franceses de Francia.

Entre 1927 y 1932, la viticultura ha ganado 173.000 hectáreas, de las cuales más de la mitad ha sido arrancada a los musulmanes. Ahora bien, los musulmanes no beben vino. En las tierras que les han robado cultivaban cereales para el mercado argelino. Esta vez, no sólo se les quita la tierra; se plantan en ella viñas, se priva a la población argelina de su alimento principal. Medio millón de hectáreas, tomadas de las mejores tierras y consagradas enteramente a la viticultura, están reducidas a la improductividad y como anuladas para las masas musulmanas.

Y qué decir de los agrios que se hallan en todas las tiendas de comestibles musulmanas. ¿Creéis que los felás comen naranjas como postre?

En consecuencia, la producción de cereales retrocede de año en año hacia el sur presahariano. Se han encontrado gentes, sin duda, para probar que era un beneficio de Francia: si los cultivos se desplazaban es porque nuestros ingenieros han irrigado el país hasta los confines del desierto. Esas mentiras puedan engañar a los habitantes crédulos o indiferentes de la metrópoli; pero el felá sabe muy bien que el sur no está irrigado; si se ve obligado a vivir en él, es sencillamente porque Francia, su bienhechora, le ha expulsado del norte; las tierras buenas están en la

llanura, en torno de las ciudades; se ha dejado el desierto a los colonizados.

El resultado es una degradación continua de la situación: el cultivo de los cereales no ha progresado desde hace setenta años. Durante ese tiempo, la población argelina se ha triplicado. Y si se quiere contar ese exceso de natalidad entre los beneficios de Francia, recordemos que las poblaciones más miserables son las que tienen mayor natalidad. ¿Vamos a pedir a los argelinos que den las gracias a nuestro país por haber permitido que sus hijos nazcan en la miseria, vivan esclavos y mueran de hambre? Para los que duden de la demostración, he aquí las cifras *oficiales*:

En 1871, cada habitante disponía de 5 quintales de cereales.

En 1901, de 4 quintales.

En 1940, de 2 y medio.

En 1945, de 2.

Al mismo tiempo, la reducción de las propiedades individuales tenía por efecto el suprimir los terrenos de pasto y los derechos de peaje. En el sur presahariano, donde se acantona a los ganaderos musulmanes, el ganado se mantiene poco más o menos. En el norte, ha desaparecido.

Antes de 1914, Argelia disponía de 9 millones de cabezas de ganado.

En 1950, sólo tiene 4 millones.

Actualmente la producción agrícola se estima del modo siguiente:

Los musulmanes producen por 48 miles de millones de francos.

Los europeos, por 92 miles de millones.

Nueve millones de hombres suministran el tercio de la producción agrícola. Y no hay que olvidar que ellos sólo consumen ese tercio; el resto va a Francia. Tienen, pues, con sus instrumentos primitivos y sus tierras malas, la obligación de nutrirse ellos mismos. En la parte de los musulmanes —reduciendo el consumo de cereales a 2 quintales por persona— hay que rebajar 29 mil millones para el autoconsumo. Eso se traduce en los presupuestos familiares por la imposibilidad —de la mayor

parto de las familias— de limitar sus gastos alimentarios. La comida absorbe todo su dinero; no queda nada para vestirse, para alojarse, para comprar grano o instrumentos.

Y la única razón de este pauperismo progresivo, es que la bella agricultura colonial se ha instalado como un cáncer en el centro del país y roe todo.

3º La concentración de las propiedades supone la mecanización de la agricultura. La metrópoli está encantada de vender sus tractores a los colonos. Mientras la productividad del musulmán, acantonado en tierras malas, ha disminuido en una quinta parte, la de los colonos se acrecienta cada día para su solo provecho: los viñedos de 1 a 3 hectáreas, donde la modernización del cultivo es difícil, ya que no imposible, dan 44 hectólitros por hectárea. Los viñedos de más de 100 hectáreas producen 60 hectolitros por hectárea.

Ahora bien, la mecanización engendra el desempleo tecnológico: los obreros agrícolas son reemplazados por la máquina. Eso sería de una importancia considerable pero limitada, si Argelia poseyese una industria. Pero el sistema colonial se lo prohíbe. Los desempleados afluyen a las ciudades, donde se les ocupa unos días en trabajos de instalación, y luego se quedan allí, por no saber dónde ir: ese subproletariado desesperado crece de año en año. En 1953, no había más que 143.000 jornaleros registrados oficialmente como habiendo trabajado más de noventa días, o sea un día de cada cuatro. Nada muestra mejor el rigor creciente del sistema colonial: se comienza por ocupar el país, luego se toman las tierras y se explota a los antiguos propietarios con salarios de hambre. Y después, con la mecanización, esta mano de obra barata se hace aún demasiado cara; se termina por quitar a los indígenas hasta el derecho de trabajar. Al argelino, *en su casa*, en un país en plena prosperidad, no le queda más que morir de hambre.

Los que, entre nosotros, se atreven a quejarse de que los argelinos vengan a ocupar el lugar de los trabajadores franceses, ¿saben que el 80% de ellos envían la mitad del salario a su familia, y que millón y medio de personas que han quedado en los aduarez viven exclusivamente de lo que les envían estos 400.000 exiliados voluntarios? Y esto también es la consecuencia

rigurosa del sistema: los argelinos se ven obligados a buscar en Francia los empleos que Francia les niega en Argelia.

Para el 90% de los argelinos, la explotación colonial es metódica y rigurosa: expulsados de sus tierras, acantonados en suelos improductivos, obligados a trabajar por salarios irrisorios, el temor al desempleo desalienta sus revueltas; los huelguistas temen que se utilicen como esquirolas a los desempleados. En realidad, el colono es rey, no concede nada de lo que la presión de las masas ha podido arrancar a los patronos de Francia: no hay escala móvil, no hay convenios colectivos, no hay subsidios familiares, no hay cantinas, no hay viviendas obreras. Cuatro muros de barro seco, pan, higos, diez horas de trabajo diario: aquí el salario es verdadera y ostensiblemente el mínimo necesario para el mantenimiento de las fuerzas laborales.

He aquí el cuadro. ¿Se puede al menos hallar una compensación a esta miseria sistemáticamente creada por los usurpadores europeos en lo que se llama los bienes no directamente mensurables, instalaciones y trabajos públicos, higiene, instrucción? Si tuviésemos ese consuelo quizás podríamos conservar alguna esperanza: quizás reformas juiciosamente elegidas... Pero no; el sistema es implacable. Ya que Francia, desde el primer día, ha desposeído y rechazado a los argelinos, ya que los ha tratado como un bloque inasimilable, toda la obra francesa en Argelia se ha realizado en beneficio de los colonos

No hablo siquiera de los aeródromos y los puertos: ¿le sirven de algo al felá como no sea para ir a morir de miseria y de frío en los barrios bajos de París?

¿Y las carreteras? Unen las grandes ciudades con las propiedades europeas y los sectores militarizados. Sólo que no han sido hechas para permitir que se llegué a las casas de los argelinos.

¿La prueba?

En la noche del 8 al 9 de setiembre de 1954, un sismo devasta Orleansville y la región del Bas-Chelif.

Los periódicos anuncian: 39 muertos europeos, 1.370 franceses musulmanes.

Ahora bien, entre esos muertos, 400 fueron *descubiertos* tres días después del cataclismo. Ciertos adueros recibieron los primeros auxilios con seis días de retraso. La excusa de los equipos

de los salvadores es la condenación de la obra francesa: "¡Qué íbamos a hacer! ¡Estaban demasiado lejos de las carreteras!"
 ¿La higiene al menos? ¿La salud pública?

Después del sismo de Orleansville, la administración quiso indagar acerca de la condición de los adueros. Los que eligió, al azar, se hallaban a 30 ó 40 kilómetros de la ciudad y eran visitados únicamente *dos veces por año* por el médico encargado de la asistencia médica.

En cuanto a nuestra famosa cultura, ¿quién sabe si los argelinos tenían tantos deseos de adquirirla? Pero lo que es seguro, es que nosotros se la heñmos negado. No diré que hemos sido tan cínicos como en el Estado del Sur de los Estados Unidos, donde una ley, conservada hasta comienzos del siglo XIX, prohibía *bajo pena de multa*, enseñar a leer a los esclavos negros. Pero en fin, nosotros hemos querido hacer de nuestros "hermanos musulmanes" una población de analfabetos. En la actualidad, todavía hay un 80% de iletrados en Argelia. Pase todavía el que no les hubiésemos prohibido más que el uso de nuestro idioma. Pero en el sistema colonialista entra necesariamente el cerrar el camino de la historia a los colonizados; como en Europa las reivindicaciones nacionales se han apoyado siempre en la unidad de la lengua, se ha negado a los musulmanes el uso de su propio idioma. Desde 1830, la lengua árabe se considera en Argelia como una lengua extranjera; se habla aún, pero es sólo virtualmente una lengua escrita. Eso no es todo: para mantener a los árabes desmenuzados, la administración francesa les ha confiscado su religión; recluta los sacerdotes del culto islámico entre sus asalariados. Ha mantenido las supersticiones más bajas, porque desunen. La separación de la Iglesia y el Estado es un privilegio republicano, un lujo bueno para la metrópoli. En Argelia, la República Francesa no puede permitirse el ser republicana. Mantiene la incultura y las creencias del feudalismo, pero suprime las estructuras y las costumbres que permiten a un feudalismo vivo ser, *a pesar de todo*, una sociedad humana; impone un código individualista para arruinar los cuadros y la libertad de espíritu de la colectividad argelina, pero mantiene reyezuelos, que reciben de ella su poder y gobiernan para ella. En una palabra, *fabrica* los "indígenas" por un doble movimiento que los separa de la colectividad arcaica dándoles o con-

servándoles, en la soledad del individualismo liberal, una mentalidad en la cual el arcaísmo sólo se puede perpetuar en relación con el arcaísmo de la sociedad. Crea las *masas*, pero impide que se conviertan en un proletariado consciente, mixtificándolas mediante la caricatura de su propia ideología.

Aquí vuelvo a nuestro interlocutor del principio, a nuestro realista de corazón tierno que nos proponía reformas masivas diciendo: "¡La economía primero!" Yo le respondo: sí, el felá se muere de hambre; sí, carece de todo, de tierras de trabajo y de instrucción; sí, le abruman las enfermedades; sí, el estado actual de Argelia es comparable a las peores miserias del Extremo Oriente. Y sin embargo, es imposible comenzar por las transformaciones económicas porque la miseria y la desesperación de los argelinos son el efecto directo y necesario del colonialismo, y no se suprimirán mientras el colonialismo dure. Eso lo saben *todos* los argelinos conscientes. Y todos están de acuerdo con esa palabra de un musulmán: "Un paso hacia adelante, dos pasos hacia atrás. Ésa es la reforma colonial."

Porque el sistema aniquila por sí solo, y sin esfuerzo, todas las tentativas de arreglo: sólo puede mantenerse haciéndose cada día más duro, más inhumano.

Admitamos que la metrópoli propone una reforma. Hay tres casos posibles:

1º La reforma es automáticamente ventajosa para el colono y *sólo* para el colono.

Para aumentar el rendimiento de las tierras, se han construido diques y todo un sistema de irrigación. Pero se comprenderá que el agua sólo puede alimentar las tierras de los valles. Ahora bien, esas tierras han sido siempre las mejores de Argelia y los europeos las han acaparado. La ley Martin, en sus considerandos, reconoce que las tres cuartas partes de las tierras irrigadas pertenecen a los colonos. ¡Id, pues, a irrigar el sur presahariano!

2º Se la ha desnaturalizado hasta el punto de hacerla ineficaz. El estatuto de Argelia es monstruoso por sí solo. El gobierno francés ¿esperaba mixtificar a las poblaciones musulmanas concediendo esta Asamblea de dos colegios? Lo que es seguro, es que no se le ha dejado siquiera la oportunidad de llevar a cabo esta mixtificación. Los colonos no han querido siquiera

dar al indígena la ocasión de ser mixtificado. Eso era ya demasiado para ellos: han hallado más sencillo falsear públicamente las elecciones. Y, desde su punto de vista, tenían una perfecta razón: cuando se asesina a las gentes, es mejor amordazarlas antes. El colonialismo se vuelve, en persona, contra el neocolonialismo para suprimir sus consecuencias peligrosas.

3º Se la ha dejado dormir con la complicidad de la administración.

La ley Martin preveía que los colonos, en compensación a la plusvalía dada a sus tierras por la irrigación, cederían algunas parcelas del suelo al Estado. El Estado habría *vendido* esas parcelas a los argelinos, que habrían podido pagar sus deudas en veinticinco años. Como se verá, la reforma era modesta: se trataba sencillamente de revender a varios indígenas elegidos una ínfima parte de las tierras que se les habían robado a sus padres. Los colonos no perdían nada con ello. Pero para ellos no se trataba de no perder nada: hay que ganar siempre más. Habitados desde cien años a los "sacrificios" que la metrópoli hace *por ellos*, no podían reconocer que aquellos sacrificios pudiesen aprovechar a los indígenas. Resultado: se dejó dormir la ley Martin.

Se comprenderá la actitud colonialista si se reflexiona acerca de la suerte reservada a las "oficinas agrícolas para la instrucción técnica del campesino musulmán". Esta institución, creada en el papel y en París, no tenía otro objeto que elevar ligeramente la productividad del felá: lo suficiente para impedirle morir de hambre. Pero los neocolonialistas de la metrópoli no se daban cuenta de que iba directamente contra el sistema: para que la mano de obra argelina fuese abundante, era necesario que el felá continuase produciendo poco y a precios altos. Si se propagaba la instrucción técnica, ¿los obreros agrícolas no serían más escasos, más exigentes? ¿La competencia del propietario musulmán no sería temible? Y luego, sobre todo, la instrucción, cualquiera que sea y de donde venga, es un instrumento de emancipación. El gobierno, cuando es de derecha, lo sabe tan bien que se niega a instruir, en Francia, a nuestros propios campesinos. ¡De todos modos no es para difundir el conocimiento técnico entre los indígenas! Mal vistas, atacadas por todas partes. —insidiosamente

en Argelia, violentamente en Marruecos— esas oficinas son inoperantes.

A partir de ahí, todas las reformas son ineficaces. En particular, cuestan caras. Son demasiado pesadas para la metrópoli, y los colonos de Argelia no tienen los medios ni la voluntad para financiarlas. La escolarización total —reforma que se ha propuesto con frecuencia— costaría 500 mil millones de francos antiguos (calculando en 32.000 francos el costo anual de un escolar). Ahora bien, la renta total de Argelia es de 300 mil millones. La reforma de la enseñanza no se puede realizar más que por una Argelia industrializada que hubiese triplicado al menos sus ingresos. Pero, como hemos visto, el sistema colonial se opone a la industrialización. Francia puede disipar millones en grandes obras: se sabe perfectamente que no quedará nada de ellas.

Y cuando hablamos de “sistema colonial” hay que entendernos: no se trata de un mecanismo abstracto. El sistema existe y funciona; el círculo infernal del colonialismo es una realidad. Pero esta realidad se encarna en un millón de colonos, hijos y nietos de colonos, que han sido formados por el colonialismo, y que piensan, hablan y actúan de acuerdo a los principios mismos del sistema colonial.

Porque el colono está fabricado como el indígena: es creación de su función y de sus intereses.

Unido a la metrópoli por el pacto colonial, ha venido a comercializar para ella, a cambio de un importante beneficio, los productos del país colonizado. Ha creado incluso nuevos cultivos que reflejan las necesidades de la metrópoli mucho más que las de los indígenas. Es, pues, doble y contradictorio: tiene su “patria”, Francia; y su “país”, Argelia. En Argelia representa a Francia, y no quiere tener más relaciones que con ella. Pero sus intereses *económicos* le llevan a enfrentarse con las instituciones *políticas* de su patria. Las instituciones francesas son las de una democracia burguesa fundada en el capitalismo liberal. Suponen el derecho de voto, el de asociación y la libertad de prensa.

Pero el colono, cuyos intereses son directamente contrarios a los de los argelinos, y que sólo puede fundar la superexplotación en la opresión pura y simple, únicamente puede reconocer

esos derechos *para él* y para gozar *en Francia*, en medio de los franceses. En esta medida, detesta la universalidad —al menos formal— de las instituciones metropolitanas. Precisamente porque se aplican a todo el mundo, el argelino podría reivindicarlas. Uno de los fundamentos del racismo es compensar la universalidad latente del liberalismo burgués: ya que todos los hombres tienen los mismos derechos, se hará del argelino un subhombre. Y ese rechazo de las instituciones de su patria, cuando sus conciudadanos quieren extenderlas a “su” país, determina en todo colono una tendencia secesionista. ¿Acaso el presidente de los alcaldes de Argelia no dijo, hace algunos meses: “Si Francia desfallece, nosotros la reemplazaremos”?

Pero la contradicción adquiere todo su sentido cuando el colono explica que los europeos están aislados en medio de los musulmanes, y que la relación de fuerzas es de nueve contra uno. Precisamente porque están aislados, rechazan todo estatuto que otorgue el poder a una mayoría. Y, por la misma razón, no les queda más recurso que el mantenerse por la fuerza.

Pero precisamente por causa de eso —y porque las relaciones de fuerzas en sí solo pueden volverse contra ellos— necesitan la potencia metropolitana, es decir, el ejército francés. De suerte que éstos separatistas son también hiperpatriotas. Republicanos en Francia —en la medida en que nuestras instituciones les permitan constituir *entre nosotros* un poder político— son en Argelia fascistas que odian la República y aman apasionadamente el ejército republicano.

¿Pueden ser de otro modo? No. Mientras sean colonos. Ha ocurrido que los invasores, instalados en un país, se mezclan con la población autóctona y terminan constituyendo una nación: entonces es cuando se ven nacer —al menos para ciertas clases— intereses nacionales comunes. Pero los colonos son invasores separados completamente de los invadidos por el pacto colonial: desde hace más de un siglo que ocupamos Argelia, no se señalan apenas matrimonios mixtos ni amistades franco-musulmanas. Como colonos tienen interés en arruinar Argelia en beneficio de Francia. Como argelinos estarían obligados de una manera o de otra y *por sus propios intereses*, a interesarse en el desarrollo económico —y por consecuencia cultural— del país.

Durante ese tiempo, la metrópoli está presa en la trampa

del colonialismo. Mientras afirme su soberanía en Argelia está comprometida por el sistema, es decir, por los colonos que niegan sus instituciones; y el colonialismo obliga a la metrópoli a enviar a los demócratas franceses a la muerte para proteger la tiranía que los colonos antidemócratas ejercen sobre los argelinos. Pero ahí, todavía, la trampa funciona y el círculo se estrecha: la represión que ejercemos en provecho suyo los hace cada día más odiosos; en la misma medida en que los protegen, nuestras tropas aumentan el peligro que corren, lo cual hace tanto más indispensable la presencia del ejército. La guerra costará este año, si se continúa, más de 300 mil millones, lo que corresponde al total de las rentas argelinas.

Llegamos al punto en que el sistema se destruye a sí mismo: las colonias cuestan más de lo que producen.

Al destruir la comunidad musulmana, al rechazar la asimilación de los musulmanes, los colonos eran lógicos consigo mismos; la asimilación suponía que se garantizasen a los argelinos todos los derechos fundamentales, que se les beneficiara de nuestras instituciones de seguridad y de asistencia, que se les diese lugar en la Asamblea metropolitana, que se asegurase a los musulmanes un nivel de vida igual al de los franceses, realizando una reforma agraria e industrializando el país. La asimilación llevada al extremo, era sencillamente la supresión del colonialismo; ¿cómo se quería obtenerla del propio colonialismo? Pero ya que los colonos sólo tienen que ofrecer la miseria a los colonizados, ya que los mantienen a distancia, ya que hacen de ellos un bloque inasimilable, esta actitud radicalmente negativa tiene que tener como contrapartida necesaria una nueva conciencia de las masas. La liquidación de las estructuras feudales, después de haber debilitado la resistencia árabe, tiene como efecto facilitar esta nueva conciencia colectiva: nacen estructuras nuevas. Como reacción a la segregación y en la lucha cotidiana se ha descubierto y forjado la personalidad argelina. El nacionalismo argelino no es la simple reviviscencia de antiguas tradiciones, de antiguos apegos: es la única salida de que disponen los argelinos para hacer cesar su explotación. Hemos visto a Jules Ferry declarar en la Cámara: "Allí donde está el predominio político, está el predominio económico..." Los argelinos mueren de nuestro predominio económico, pero han aprovechado esta

enseñanza: para suprimirlo, han decidido atacar nuestro predominio político. De este modo, los colonos han formado ellos mismos sus adversarios; han mostrado a los vacilantes que no había ninguna solución posible, aparte de una solución de fuerza.

El único beneficio del colonialismo es que debe mostrarse intransigente para durar y que prepara su pérdida por su intransigencia.

Nosotros, franceses de la metrópoli, sólo podemos sacar una lección de esos hechos: el colonialismo está en camino de destruirse a sí mismo. Pero aún envenena la atmósfera: es nuestra vergüenza, se burla de nuestras leyes o las caricaturiza; nos infecta de su racismo, como lo ha probado el otro día el episodio de Montpellier, obliga a los jóvenes a morir a *pesar suyo*, por los principios nazis que combatíamos hace diez años; trata de defenderse suscitando un fascismo incluso entre nosotros, en Francia. Nuestro papel es ayudarle a morir. No sólo en Argelia, sino en todos los lugares donde existe. Las gentes que hablan de abandono son imbéciles: no se puede abandonar lo que no se ha poseído nunca. Se trata, por el contrario, de construir con los argelinos relaciones nuevas entre una Francia libre y una Argelia liberada. Pero no vayamos, sobre todo, a dejarnos apartar de nuestra tarea por la mixtificación reformista. El neocolonialista es un necio que cree aún que se puede arreglar el sistema colonial, o un maligno que propone reformas porque sabe que son ineficaces. Esas reformas vendrán a su tiempo: el que las hará, será el pueblo argelino. La única cosa que podríamos y deberíamos intentar —que es esencial hoy en día— es luchar junto a ellos, para librar *a la vez*, a los argelinos y a los franceses, de la tiranía colonial.

Les Temps Modernes, nº 123, marzo-abril de 1956. Intervención en un mitin "por la paz de Argelia".

“RETRATO DEL COLONIZADO”

Precedido del

“RETRATO DEL COLONIZADOR”,

DE ALBERT MEMMI

Sólo el sudista tiene competencia para hablar de la esclavitud, porque conoce al negro; las gentes del norte, puritanos abstractos, sólo conocen al Hombre, que es una entidad. Ese lindo razonamiento sirve aún: en Houston, en la prensa de Nueva Orleans, y luego, como siempre hay nordistas en alguna parte, en la Argelia “francesa”; los periódicos de allí nos repiten que sólo el colono está calificado para hablar de la colonia: nosotros, los metropolitanos, no tenemos su experiencia: veremos la tierra ardiente de África a través de los ojos de ellos, o no veremos más que el fuego de allí.

A las personas a quienes intimida este chantaje, les recomiendo la lectura del *Retrato del colonizado*, precedido del *Retrato del colonizador*. Esta vez es la experiencia contra la experiencia; el autor, un tunecino, ha relatado en *La estatua de sal* su amarga juventud. ¿Qué es en realidad? ¿Colonizador o colonizado? Él diría: ni lo uno ni lo otro; en el fondo, todo viene a ser lo mismo. Pertenece a uno de esos grupos indígenas, pero no musulmanes, “más o menos favorecidos en relación con las masas colonizadas y... rechazados por el grupo colonizador” que, sin embargo, “no desalienta del todo” sus esfuerzos por integrarse en la sociedad europea. Unidos por una solidaridad de hecho al subproletariado, separados de él por escasos privilegios, sus miembros viven en un perpetuo malestar. Memmi ha experimentado esta doble solidaridad y ese doble rechazo: el movimiento que enfrenta a los colonos con los colonizados, los “colonos que se rechazan” con los “colonos que se aceptan”. Lo ha comprendido tan bien porque lo ha sentido primero como su propia

contradicción. Explica muy bien en su libro que esos desgarrones del alma, puras interiorizaciones de los conflictos sociales, no disponen a la acción. Pero aquel que los sufre, si adquiere conciencia de sí, si conoce sus complicidades, sus tentaciones y su exilio, puede instruir a los demás al hablar de sí mismo: "fuerza insignificante en la confrontación", ese sospechoso no *representa* a nadie; pero, como *es* todo el mundo a la vez, será el mejor de los testigos.

Pero el libro de Memmi no *relata*; está nutrido de recuerdos que ha asimilado totalmente; es la *puesta en forma* de una experiencia: entre la usurpación racista de los colonos y la nación futura que van a construir los colonizados, donde "sospecha que él no tendrá lugar", trata de vivir su particularidad, llevándola hacia lo universal. No hacia el Hombre, que no existe aún, sino hacia una Razón rigurosa y que se impone a todos. Esta obra, sobria y clara, se coloca entre las "geometrías apasionadas": su objetividad tranquila es la superación del sufrimiento y de la cólera.

Por esto, sin duda, se le puede reprochar una apariencia de idealismo: en realidad, se ha dicho todo. Pero se le censurará un poco por el orden adoptado. Quizás habría sido mejor mostrar al colonialista y a su víctima igualmente estrangulados por el *aparato* colonial, esa pesada máquina construida al final del segundo Imperio, bajo la tercera República, y que, después de haber dado plena satisfacción a los colonizadores, se vuelve contra ellos y corre el peligro de triturarlos. En realidad, el racismo está inscrito en el sistema: la colonia vende barato los artículos alimentarios, los productos íntegros, y compra muy caro a la metrópoli los productos manufacturados. Este extraño comercio sólo es beneficioso para ambas partes si el indígena trabaja por nada o casi nada. El subproletariado agrícola no puede siquiera contar con la alianza de los europeos menos favorecidos: todos viven a costa de él, incluso los "pequeños colonos" que los grandes propietarios explotan, pero que, comparados a los argelinos, son aún privilegiados: la renta media del francés en Argelia es diez veces superior a la del musulmán. La tensión nace de ahí. Para que los salarios y el precio de la vida sean los más bajos, es preciso una competencia muy fuerte entre los trabajadores indígenas, y, por lo tanto, que se aumente el impuesto a la nata-

lidad; pero como los recursos del país están limitados por la usurpación colonial, *por los salarios mismos*, el nivel de vida musulmana baja sin cesar, y la población vive en un estado de subalimentación perpetua. La conquista se hizo por la violencia; la superexplotación y la opresión exigen el mantenimiento de la violencia, y por ello la presencia del ejército. Allí no habría contradicción si el terror reinase en toda la tierra: pero el colono disfruta allí, en la metrópoli, de los derechos democráticos que el sistema colonial niega a los colonizados; en efecto, el sistema es el que favorece el aumento de la población para hacer bajar la mano de obra, y es también el que prohíbe *la asimilación de los indígenas*; si tuvieran derecho de voto su superioridad numérica haría estallar todo al instante. El colonialismo niega los *derechos del hombre* a los hombres que ha sometido por la violencia, que mantiene por la fuerza en la miseria y en la ignorancia; por lo tanto, como diría Marx, en estado de "subhumanidad". En los hechos mismos, en las instituciones, en la naturaleza de los cambios y de la producción, está inscrito el racismo; los estatutos político y social se refuerzan mutuamente: ya que el indígena es un subhombre, la Declaración de los Derechos del Hombre no le concierne; a la inversa, como carece de derechos, está abandonado sin protección a las fuerzas inhumanas de la naturaleza, a las "leyes de bronce" de la economía. El racismo está *ya allí*, llevado por la *praxis* colonialista, engendrado a cada minuto por el aparato colonial, sostenido por esas relaciones de producción que definen dos clases de individuos: para los unos el privilegio y la humanidad son una sola cosa; se hacen hombres por el libre ejercicio de sus derechos; para los otros, la ausencia de derecho sanciona su miseria, su hambre crónica, su ignorancia, en resumen: su subhumanidad. He pensado siempre que las ideas se diseñan en las cosas y que ya están en el hombre, cuando las despierta y las expresa para explicarse su situación. El "conservatismo" del colono, su "racismo", las relaciones ambiguas con la metrópoli, todo se da *de antemano*, antes de que él los rescite en el "complejo de Nerón".

Memmi me respondería, sin duda, que él no dice otra cosa: lo sé¹; además él es, quizás, quien tiene razón: al exponer sus

¹ ¿No escribe: "La situación colonial fabrica los colonialistas como fa-

ideas en el orden del descubrimiento, es decir, a partir de las intenciones humanas y de las relaciones vividas, garantiza la autenticidad de su experiencia: ha sufrido primero en sus relaciones con los otros, en las relaciones consigo mismo; ha encontrado la estructura objetiva profundizando la contradicción que lo desgarraba; y nos las entrega tal cual, sin pulir, penetradas todavía de su subjetividad.

Pero dejemos las sutilezas. La obra establece algunas verdades incontrovertibles. Primero, no hay buenos ni malos colonos: hay colonialistas. Entre ellos, algunos rechazan su realidad objetiva: arrastrados por el aparato colonial, *hacen* todos los días, *en la realidad*, lo que condenan *en el ensueño* y cada uno de sus actos contribuye a mantener la opresión; no cambiarán nada, no servirán a nadie, y hallarán su consuelo moral en el malestar, eso es todo.

Los otros —y es el mayor número— empiezan o acaban por aceptarse.

Memmi ha descrito notablemente la sucesión de gestiones que les conduce a la “autoabsolución”. El conservatismo engendra la selección de los mediocres. ¿Cómo puede fundar sus privilegios, esta minoría selecta de usurpadores conscientes de su mediocridad? Un solo medio: rebajar al colonizado para engrandecerse, negar la cualidad de hombre a los indígenas, definirles como simples *privaciones*. Eso no será difícil ya que, en efecto, el sistema les priva de todo; la práctica colonialista ha grabado la idea colonial en las mismas cosas; el movimiento de las cosas es el que designa a la vez el colono y el colonizado. Así la opresión se justifica por sí sola; los opresores producen y mantienen por la fuerza los males que hacen, *a sus ojos*, al oprimido, cada vez más parecido a lo que debería ser para merecer su suerte. El colono no se puede absolver más que prosiguiendo sistemáticamente la “deshumanización” del colonizado, es decir, identificándose cada día un poco más con el aparato colonial. El terror y la explotación se valen de esa deshumanización para explotar aún más. La máquina gira sobre sí misma; es imposible distinguir la idea de la *praxis* y ésta de la necesidad obje-

brica las colonias”?, (p. 77). Toda la diferencia entre nosotros viene, quizás, de quien ve una situación donde yo veo un sistema.

tiva. Esos momentos del colonialismo tan pronto se condicionan recíprocamente y tan pronto se confunden. La opresión es, en primer lugar, el odio del opresor contra el oprimido. Hay un solo límite a esta empresa de exterminio: el mismo colonialismo. Ahí es donde el colono encuentra su propia contradicción: con el colonizado desaparecerá la colonización, comprendido el colonizador. Nada de subproletariado, nada de superexplotación: se caerá de nuevo en las formas ordinarias de la explotación capitalista, los salarios y los precios se igualarán a los de la metrópoli: eso será la ruina. El sistema quiere a la vez la muerte y la multiplicación de sus víctimas; toda transformación sería fatal para él: ya se asimile o se mate a los indígenas, el costo de la mano de obra no dejará de subir. La pesada máquina mantiene entre la vida y la muerte —siempre más cerca de la muerte que de la vida— a los que están obligados a moverla; una ideología petrificada se dedica a considerar a *los hombres* como animales que hablan. En vano: para darles órdenes, ya sean las más duras, las más insultantes, hay que comenzar por *reconocerlos*; y como no se los puede vigilar sin cesar, hay que decidirse a confiar en ellos: nadie puede tratar a un hombre "como un perro", si no le considera primero como un hombre. La imposible deshumanización del oprimido se vuelve y se convierte en la alienación del opresor; es él, él mismo, quien resucita, con su menor gesto, la humanidad que quiere destruir; y, como la niega en los otros, la encuentra en todas partes como una fuerza enemiga. Para escapar a ella tiene que mineralizarse, que adquirir la consistencia opaca y la impermeabilidad de la roca, en suma: que "deshumanizarse" a su vez.

Una implacable reciprocidad une al colonizador con el colonizado, su producto y su destino. Memmi lo ha destacado fuertemente; nosotros descubrimos con él que el sistema colonial es una fuerza en movimiento, nacida hacia mediados del siglo pasado y que producirá, por sí sola, su propia destrucción: hace ya mucho tiempo que cuesta a las metrópolis más de lo que les produce; Francia está abrumada bajo el peso de Argelia y ahora sabemos que abandonaremos la guerra, sin victoria ni derrota, cuando no tengamos con qué pagarla. Pero, ante todo, la rigidez mecánica del aparato es la que está a punto de descomponerlo; las viejas estructuras sociales están pulverizadas, los indígenas

“atomizados” y la sociedad colonial no puede integrarlos sin destruirse; será, pues, necesario que recuperen su unidad *contra ella*. Esos excluidos reivindicarán su exclusión bajo el nombre de personalidad nacional: el colonialista es el que crea el patriotismo de los colonizados. Mantenidos por un sistema opresor, al nivel de los animales, no tienen ningún derecho, ni siquiera el de vivir, y su condición empeora de día en día; cuando un pueblo no tiene otro recurso que el de elegir su género de muerte, cuando no ha recibido de sus opresores más que un solo regalo, la desesperación, ¿qué le queda por perder? Su desgracia se convertirá en su valor; ese eterno rechazo que la colonización le opone, será el rechazo absoluto de la colonización. El secreto del proletariado, dijo Marx un día, es que lleva en sí la destrucción de la sociedad burguesa. Hay que agradecer a Memmi el habernos recordado que el colonizado tiene también su secreto, y que asistimos a la atroz agonía del colonialismo.

Les Temps Modernes, nos.
137-138, julio-agosto de 1957.

“SOIS FORMIDABLES”¹

Acaba de publicarse una colección de declaraciones, y de documentos acerca de nuestros métodos de pacificación: *Los testigos declaran*² ¿La habéis leído? Esos testigos son cristianos, capellanes, sacerdotes movilizados. Sobre la política general, parece verosímil que sus opiniones difieran, pero no dicen una sola palabra acerca de ella. Sin embargo, tienen en común la voluntad de revelar esta gangrena —todavía muy lejos de extenderse al ejército entero, pero que ya no se puede localizar completamente—: el ejército cínico y sistemático de la violencia absoluta. Saqueos, violaciones, represalias ejercidas contra la población civil, ejecuciones sumarias, recursos a la tortura para arrancar confesiones o informaciones, no ocultan nada, denuncian todos los crímenes de guerra cometidos bajo sus ojos. Esos relatos, mesurados, inteligentes, cuidadosos de hacer justicia a todos, incluso al más culpable, constituyen el expediente más abrumador. Su lectura es perfectamente insoportable; para pasar de una línea a otra hay que forzarse. Sin embargo, tomo sobre mí la responsabilidad de recomendar el folleto a todos los que no lo conocen aún y deseo, por mi parte, que todos los franceses lo lean. Porque estamos enfermos, muy enfermos; febril y postrada, obsesa por sus viejos sueños de gloria y por el presentimiento de su vergüenza, Francia se debate en medio de una pesadilla

¹ Me parece indispensable dar la mayor difusión posible al folleto de que voy a hablar. Por esta razón he escrito este artículo: lo destinaba a un gran diario. Como el gran diario lo rechazó, lo publico en *Les Temps Modernes*.

² Editado por el Comité de Resistencia Espiritual, 14 ter, calle de Landy, Clichy (Seine).

confusa que no puede descifrar y de la cual no puede huir. Tenemos que ver claro o tenemos que morir.

Desde hace dieciocho meses nuestro país es víctima de lo que el código ha llamado una "empresa de desmoralización". Y no se desmoraliza una nación saboteando su "moral", sino rebajando su moralidad; en cuanto al procedimiento, lo conoce todo el mundo; al precipitarnos en una aventura abyecta, se nos ha echado, desde fuera, una culpabilidad social. Pero votamos, damos mandatos, y en cierta forma, podemos revocarlos, los cambios de la opinión pública hacen cambiar los ministerios: de los crímenes que se cometen en nuestro nombre tenemos que ser personalmente cómplices, ya que nos queda la facultad de impedirlos. Esta culpabilidad que descansaba en nosotros, inerte, extraña, tenemos que tomarla por nuestra cuenta, y envilecernos para poder soportarla.

Sin embargo, no hemos caído tan bajo que podamos oír sin horror los gritos de un niño torturado¹. Con qué sencillez, con qué rapidez se arreglaría todo, si una vez, una vez sola, llegasen esos gritos a nuestros oídos, pero se nos hace el servicio de ahogarlos. Lo que nos desmoraliza no es el cinismo ni el odio: no, es la falsa ignorancia en que se nos hace vivir y que contribuimos a mantener. Para asegurar nuestro reposo, la solicitud de nuestros dirigentes llega hasta a mirar sordamente la libertad de expresión: se oculta la verdad o bien se la tamiza. Cuando los felás exterminan a una familia europea, la gran prensa no nos ahorra nada, ni siquiera las fotos de los cuerpos mutilados; pero cuando un abogado musulmán no halla otro recurso que el suicidio, contra sus verdugos franceses, se menciona el hecho en tres líneas para no herir nuestra sensibilidad. Ocultar, engañar, mentir: es un deber de los informadores de la metrópoli; el único crimen sería *turbarnos*. Se le ha hecho ver así a Peyrega; nadie, en Argelia, sueña en negar los hechos que él comunica; se le reprocha, sencillamente, el que nos los haya comunicado. Somos franceses, los soldados franceses matan al azar en las calles de Argel, bajo los ojos aguerridos de la población europea: pero ése no es asunto nuestro. La verdad de África es un vino demasiado fuerte para nuestros tiernos cerebros: ¿qué les sucedería a los

¹ *Des rappelés témoignent*, pp. 10 y 599.

colonos si la metrópoli se embriagase? Lo que necesitamos es calma, una cura de reposo, algunas distracciones: desde la muerte de Luis XVI, todo buen francés es huérfano; el gobierno Mollet conoce y comparte el duelo inconsolable de nuestra burguesía: no retrocediendo ante ningún sacrificio, ha colocado, durante tres días, a la reina de Inglaterra en el trono de Francia. ¡Qué deliciosa! ¡Qué encanto! Las gentes se hablaban sin conocerse, se tomaban de la mano y bailaban la farándula. Sin embargo, en Argelia los hombres tenaces continuaban su labor: no hay días feriados para los verdugos: la radio les traía, en bocanadas, nuestros suspiros de éxtasis y se decían: "Ahora que tienen a su reina, quizás nos dejarán en paz". La reina se ha ido, descansa en Windsor; trastornada de amor, Francia guarda cama; el gobierno va de puntillas: "No turbéis su sueño". Pero si alguno de nosotros abre los ojos e interroga a sus enfermeros, se recurre rápidamente a otros subterfugios: en un periquete se fabrica una comisión de salvaguardia que no tiene otra misión que la de librarnos de nuestras responsabilidades. "¿Abusos? Uno o dos, quizás. En la guerra, siempre los hay. ¿Pero de qué os preocupáis? Estáis lejos de Argelia, no conocéis la cuestión, tened confianza en la Comisión de Salvaguardia. La formaremos con buenas gentes, especialistas del escrúpulo. Dadles vuestras inquietudes, y las llevarán a su lugar. Y dormid".

¡Si al menos pudiéramos dormir, e ignorar todo! ¡Si estuviésemos separados de Argelia por un muro de silencio! ¡Si nos engañasen *realmente!* El extranjero podría poner en duda nuestra inteligencia, pero no nuestro candor.

No somos cándidos, somos sucios. Nuestras conciencias no han sido turbadas, y sin embargo, están turbadas. Nuestros dirigentes lo saben bien; y así es como nos quieren: lo que quieren obtener mediante sus cuidados atentos y sus consideraciones tan publicadas, es, so color de una falsa ignorancia, nuestra complicidad. Las torturas. *Todo el mundo* ha oído hablar de ellas, algo se ha filtrado de ellas, a pesar de todo, en la gran prensa, los periódicos honrados, pero de menor tirada, han publicado testimonios, los folletos circulan, los soldados vuelven y hablan. Pero eso es precisamente lo que sirve a los desmoralizadores: porque todo se pierde o se embota en el espesor social, hay que abrir camino a las noticias propaladas y luego el camino se acorta

y las noticias mueren. Esos periódicos, esos folletos, no los han leído la mayor parte de los franceses, no pueden leerlos; muchos de entre nosotros no han oído jamás la declaración de un testigo, les han contado lo que decían ciertos militares. Transmitidos de uno a otro, oficialmente desmentidos, esos testimonios lejanos sufren al circular una pérdida progresiva de crédito. Aquí es donde nos espera "la empresa": desgraciadamente, aquí es donde nos esperamos a nosotros mismos. ¿Por qué hemos de dar crédito a esas habladurías? ¿Dónde están los documentos? ¿Dónde están los testigos? Los que se declaran convencidos, era porque lo estaban de antemano: Sin duda, no se puede rechazar *a priori* la posibilidad... Pero hay que esperar, no juzgar antes de estar realmente informado. Por lo tanto, no se juzga. Pero tampoco se informa: desde que uno trata de procurarse los comprobantes del proceso, nuestra clara sociedad se convierte en bosque virgen: se oye vagamente, muy lejos, el ruido del tam-tam, y se da la vuelta cuando uno quiere acercarse. Y luego tenemos bastante, ¿no es cierto? con nuestras preocupaciones personales, sin cargar con las de los demás. Al que ha trabajado todo el día, y sufrido, en la oficina, las mil pequeñas agresiones de la vida cotidiana, no se le puede pedir que se pase la velada recogiendo informaciones acerca de los árabes.

He aquí la primera de nuestras mentiras. Los desmoralizadores no tienen más que cruzarse de brazos: nosotros terminaremos el trabajo. Los afanes prácticos tienen buen aguante: no han impedido jamás a nadie leer el periódico después de la cena: uno se distrae de lo particular juzgando lo universal, se olvidan las cóleras tragadas por la tarde, derramando dulces lágrimas o abandonándose a las indignaciones digestivas. Los periódicos nos hacen la corte; nos quieren hacer creer que somos buenos. Cuando la radio o la televisión nos piden una moneda de cien sueldos, titulan sus emisiones: "Sois formidables"; esto basta para hacernos correr a media noche de la puerta de Saint-Ouen a la de Italia. Pero no somos formidables. Como tampoco somos cándidos; la comunidad ilusoria de los hombres honrados, es simplemente la de los lectores de *France-Soir*. Si nos negamos a hacer nosotros mismos la encuesta sobre la verdad francesa, cuando somos capaces de amontonar nuestros colchones viejos sobre el 4 CV, y arrojarlos a los pies de algún Jean Nohain, es

que tenemos miedo. Miedo de ver desnudo nuestro verdadero rostro. La mentira está allí... y la excusa de la mentira: sí; carecemos de pruebas, luego no podemos *creer* nada; pero no buscamos esas pruebas porque *sabemos, a pesar nuestro*. ¿Qué pedían los desmoralizadores? Esto y nada más: una ignorancia muy excusable, y cada vez más imperdonable, que nos envilece progresivamente y nos acerca cada día a los que deberíamos condenar. Cuando seamos iguales a ellos, gritaremos; "¡Todos los hombres son hermanos!" y nos arrojaremos en sus brazos.

Nuestra segunda mentira nos la han preparado ya. La trampa es la Comisión de Salvaguardia. ¡Si al menos pudiéramos confiar en ella! Pero aun cuando lo quisiéramos, ¿dónde hallaríamos la credulidad necesaria? ¿Una comisión cuando los crímenes y las matanzas se multiplican a través de toda Argelia? ¿Quién la informará en Argel de lo que ocurre en Kabilia? ¿Y quién la consultará? ¿Acerca de qué? ¿Va a recordar solemnemente los derechos del hombre? Todo el mundo los conoce, incluso Lacoste. Se trata de hacerlos reconocer: ¿cómo se quiere que lo logre? Si el ministro residente no puede poner fin a las ilegalidades, ¿se cree que se le va a dar el medio de ello, proporcionándole unos consejeros? Si puede y quiere reprimir los abusos, ¿tiene necesidad de ellos? Y si no lo quiere, ¿va tener en cuenta sus consejos? ¡Pero cómo! El gobierno ha hecho un gesto. Mollet se ha declarado "trastornado", dice que quiere toda la luz posible. Nosotros lo creemos y somos excusables: la palabra humana es para ser creída; no lo creemos y somos más excusables todavía: la palabra de Mollet es para ser puesta en duda. Sabemos que la Comisión estará compuesta de hombres irreprochables, sabemos también que no podrá hacer nada: su honradez nos sirve para ocultarnos su impotencia. Así, negamos nuestra confianza al gobierno y, sin embargo, confiamos en él para disipar nuestra desconfianza.

Culpables. Dos veces culpables. Ya nos sentimos presa de un malestar confuso. No es aún el horror, sino el presentimiento de que el horror existe, cercano, tanto más amenazador, porque no podemos ni queremos mirarlo a la cara. Y luego, de repente, unas fulguraciones que saltan a la vista: "¿Si fuese cierto?" Aparte de eso, siempre formidables, pero ya sospechosos. Sí, cada cual de nosotros encuentra sospechoso al vecino y teme que el

vecino le encuentre sospechoso a él. Acerca de la solución del problema argelino, los amigos podían tener opiniones diferentes sin cesar de estimarse. ¿Pero las ejecuciones sumarias? ¿La tortura? ¿Se puede ser amigo de los que las aprueban? Cada cual se calla, cada cual mira a su vecino que se calla, cada cual se pregunta: “¿Qué sabe? ¿Qué cree? ¿Qué ha decidido olvidar?” Excepto entre los “correligionarios”, se tiene miedo de hablar. ¿Y si fuese a descubrir una complacencia criminal en el hombre al cual acabo de estrechar la mano? Ese hombre no dice nada; el que no dice nada, consiente. Pero yo tampoco digo nada. ¿Si por el contrario fuese él quien me reprochase mi debilidad? La desconfianza nos enseña una soledad nueva; estamos separados de nuestros compatriotas por el miedo de despreciar o de ser despreciados. Por otra parte es la misma cosa, ya que todos somos iguales y tenemos miedo de interrogar a los demás porque su respuesta puede revelar nuestra degradación. Si uno de ellos, por ejemplo, sin violencia, para librarse más rápidamente de su angustia, nos dice entre dientes: “¿Y acaso los felás no han cometido atrocidades?” comprendemos, de repente, que el miedo, el rechazo, el silencio nos han hecho caer de nuevo en los tiempos bárbaros del talión. Los franceses, en una palabra, tienen la conciencia sucia... con excepción, quizás, de Mollet. Y ella es la que nos hace culpables: en los desgarrones de nuestro espíritu, en el juego del escondite que jugamos con nosotros mismos, en esas lámparas que ponemos en mariposa, en esa dolorosa mala fe no debemos ver nuestra salud, sino el indicio de una descomposición profunda. Nos disolvemos. Nos encolerizamos ya de que nos juzguen y nuestra cólera nos hunde más en la complicidad: “¡Norteamérica no tiene el derecho de hablar!; ¡Si tratásemos a nuestros negros como ella trata a los suyos!...” Es cierto. Norteamérica no tiene el *derecho* de hablar. Ni Suecia, que no tiene colonias. Nadie tiene el derecho de hablar: pero nosotros, nosotros tenemos el deber. Ahora bien, no hablamos. Hay informadores honrados, valientes, que dicen lo que saben cada día o cada semana: se les quiere arruinar o encarcelar o su audiencia no se dilata. ¿Pero en qué se han convertido las grandes voces virtuosas que vibraron como órganos en noviembre pasado? ¡Ah! Es que en aquella época éramos aún formidables, sacábamos, en nuestra inocencia, los acentos indignados para condenar

—con razón— la intervención soviética en Hungría. Pero no adquiristeis, grandes voces, en vuestro trueno sublime, el compromiso de decirnos *todo también* acerca de *nosotros*. Porque lo sabéis todo. No tenéis siquiera la excusa de la ignorancia. Conocéis los documentos, las declaraciones. Hoy somos nosotros los que estamos en litigio, somos nosotros los que necesitamos saber, creer. Nosotros somos a los que podéis librar de nuestras pesadillas y salvar de la vergüenza. Os calláis, es un cálculo malō: teméis que se os juzgue por vuestro silencio de hoy, en lugar de por vuestro ruido de noviembre.

¿Por qué? Porque el nudo está a punto de apretarse, porque vamos a vernos presos en una trampa abominable y, para desgracia nuestra, en una actitud que hemos condenado nosotros mismos. Falso candor, huida, mala fe, soledad, mutismo, complicidad negada y, a la vez, aceptada, eso es lo que llamamos, en 1945, la responsabilidad colectiva. En aquella época, no era necesario que la población alemana pretendiese haber ignorado los campos. "¡Vamos! —decíamos—. ¡Lo sabían todo!" Teníamos razón, lo sabían todo, y sólo en el día de hoy podemos comprenderlo: porque también nosotros sabemos todo. La mayoría no había visto nunca Dachau ni Buchenwald, pero conocían a gentes que conocían a otras que habían visto las alambradas o consultado en un ministerio las fichas confidenciales. Pensaban como nosotros, que esas informaciones no eran seguras, se callaban, desconfiaban los unos de los otros. ¿Osaremos condenarlos todavía? ¿Cuántos colchones habrá que colocar en la plaza de la Concordia para hacer olvidar al mundo que se tortura a los niños en nuestro nombre y que nosotros nos callamos?

Aún es tiempo de hacer fracasar a los empresarios de la demolición nacional, es todavía posible romper el círculo infernal de esta responsabilidad irresponsable, de esta culpable inocencia y de esta ignorancia que es saber: miremos la verdad, ella intimidará a cada uno de nosotros a condenar públicamente los crímenes cometidos o a apoyarlos con pleno conocimiento de causa. Por esta razón, he creído necesario señalar al público el folleto de los testigos. He aquí la prueba, he aquí el horror, el *nuestro*: no podremos verlo sin arrancárnoslo y aplastarlo.

“TODOS SOMOS ASESINOS”

En noviembre de 1956, Fernand Yveton, miembro de los Combatientes de la Liberación, coloca una bomba en los locales de la Central eléctrica de Hamma. Tentativa de sabotaje que bajo ningún pretexto se puede asimilar a un acto de terrorismo: el peritaje probó que se trataba de un aparato de mecanismo de relojería, cuidadosamente arreglado para que la explosión no pudiera producirse antes de la salida del personal. No valió de nada; se detiene a Yveton, se le condena a la pena capital, se le niega el indulto, se le ejecuta. No hay la menor vacilación: ese hombre ha declarado y probado que no quería la muerte de nadie, pero nosotros hemos querido la suya y la hemos obtenido sin desfallecimientos. Había que intimidar, ¿no es cierto? y, como dijo un imbécil el otro día, “mostrar el rostro terrible de la Francia irritada”. ¡Cuán necesario es ser puro y estar seguro de su pureza para osar hacer esa Justicia de Arcángel! Y cuando se les concediera un instante que esta guerra absurda tiene un sentido, ¿no se comprende lo que los militares y los civiles franceses deberían exigir de sí mismos, si esperaban justificar el atroz rigor de esta condena?

Un poco después viene el proceso de los “cómplices”, de Jacqueline y de Abdelkader Guerroudj. Él es un responsable *político* que aseguraba los enlaces entre los combatientes de la burguesía de la “metrópoli” que quiso correr su parte del riesgo burguesía de la metrópoli” que quiso correr su parte del riesgo porque aprobaba la empresa de su marido. Entra en el Movimiento mucho después que él, y sus jefes directos la encargan en noviembre de 1956, que entregue a Yveton los instrumentos

de su futuro sabotaje. Ella obedece porque le han garantizado que la explosión no costará ninguna vida humana.

Para los que conocen la lógica de los tribunales militares, la sentencia no era dudosa: ya que se había matado a Yveton y ya que los esposos Guerroudj eran sus cómplices, había que anular la sentencia o matarlos también. Esas previsiones fueron confirmadas después: el comisario del Gobierno pidió la cabeza de los inculpados, casi con negligencia. La obtuvo. ¿La complicidad de Guerroudj en el caso Yveton no ha quedado establecida? ¿Y luego? En Argel, nuestra justicia prefiere mejor asombrar al mundo con la severidad de sus sentencias que con la calidad de las pruebas que las fundamentan.

¿Se llevará la lógica hasta ejecutar a los Guerroudj, hasta negar el indulto presidencial? Si se pudiera dirigir la palabra al funcionario más alto de la cuarta República, le haría observar, respetuosamente, que ya no estamos en las hermosas épocas de 1956. Desde el proceso Guerroudj, ha tenido lugar un incidente, un simple tropiezo, sin duda, pero que no debería dejar de incidir en nuestra manera de hacer justicia, sobre todo en la justicia militar: Sakiét. En Sakiét hubo bombas, como en la Central de Hamma. Sólo que no eran de efecto retardado. Y los responsables no habían sido tan tontos como para limitar la operación a un simple deterioro de material. También en Sakiét, la hora de la operación había sido cuidadosamente elegida: era la del mercado. Yveton, es cierto, no tenía más objetivo que sumir un pueblo en la oscuridad. El objetivo de nuestros aviones era sumir un pueblo en la muerte. Si hubiésemos querido conservar nuestro rigor de Arcángel, habría habido, quizás, que buscar a los culpables y —¿quién sabe?— juzgarlos. Pero no: Gaillard ha "cubierto". Ignoro con qué espeso velo o con qué bruma impenetrable ha esperado *cubrir* las ruinas de Sakiét. Pero la operación no ha tenido éxito: el mundo entero ve las piedras que humean al sol. Pero Gaillard es nosotros, es Francia: cuando desde lo alto de su tribuna hace muy oficialmente el gesto augusto del encubridor, nos ha complicado a todos; nuestros amigos extranjeros —como su prensa se complace en explicarnos cada día— comienzan a preguntarse muy seriamente si no nos hemos convertido en perros rabiosos. Y he aquí la pregunta que se podría hacer humildemente al primer funcionario

de nuestra gran República. ¿Ha sido del todo oportuno hacer ejecutar a los esposos Guerroudj? ¿No nos interesaría el suavizar un poco nuestra soberbia severidad? Un país cuyo gobierno toma orgullosamente por su cuenta lo que Mauriac llamaba tan bien, el otro día, una matanza de pobres, ¿está verdaderamente calificado para que sus representantes apliquen en su nombre la pena de muerte a un hombre que no tenía otro papel que el asegurar los enlaces políticos entre los grupos de origen comunista y el F. L. N., a una mujer que, participando en una empresa de sabotaje, tomó todas las precauciones necesarias para que en la operación no hubiese muertos ni heridos? Hay que repetirlo cada día a los imbéciles que desean espantar al universo mostrándole "el rostro terrible de Francia": Francia no espanta a nadie, no tiene siquiera los medios de intimidar, comienza a horrorizar, eso es todo. En la ejecución de los Guerroudj, si es que va a tener lugar algún día, nadie verá ni admirará nuestra inflexibilidad de Arcángel, pensarán sencillamente que hemos cometido un crimen más.

Les Temps Modernes, nº 145, marzo de 1958.

UNA VICTORIA

En 1943, en la calle Lauriston, unos franceses lanzaban gritos de angustia y de dolor: toda Francia los oía. El resultado de la guerra no era seguro, y no queríamos pensar en el porvenir; pero había una cosa que nos parecía imposible: que un día se pudiera hacer gemir a los hombres en nuestro nombre.

Lo imposible no es francés: en 1958, en Argel, se tortura, regular y sistemáticamente; todo el mundo lo sabe, desde Lacoste a los cultivadores del Aveyron, pero nadie habla de ello. O no habla apenas: unos hilos de voz se deshílan en el silencio. Francia no estaba más muda bajo la ocupación: todavía tenía la excusa de llevar una mordaza. En el extranjero se ha sacado ya la conclusión: no hemos cesado de degradarnos. Desde 1939, según unos; según otros, desde 1918. Se dice pronto, no creo tan fácilmente en la degradación de un pueblo; creo en sus marasmos y en sus estupores. Durante la guerra, cuando la radio inglesa o la prensa clandestina nos hablaba de Oradour, mirábamos a los soldados alemanes que se paseaban por las calles con aire inofensivo y nos decíamos a veces: "Sin embargo, son semejantes a nosotros. ¿Cómo pueden hacer lo que hacen?" Y estábamos orgullosos de nosotros porque no lo comprendíamos.

En la actualidad, sabemos que no vale de nada el comprender; todo se hace insensiblemente mediante imperceptibles abandonos y luego, cuando hemos levantado la cabeza, hemos visto en el espejo un rostro extraño, odioso: el nuestro.

Sumidos en el estupor, los franceses descubren esta evidencia terrible: si nada protege a una nación contra ella misma, ni su pasado, ni sus fidelidades, ni sus propias leyes; si bastan

quince años para cambiar las víctimas en verdugos, lo único decisivo es la ocasión: según ella, cualquiera, en cualquier momento, será víctima o verdugo.

Dichosos aquellos que han muerto sin que hayan tenido que preguntarse nunca: “¿Si me arrancan las uñas, hablaré?” Pero aún más dichosos aquellos que no se han visto obligados, apenas salidos de la infancia, a hacerse *la otra* pregunta: “Si mis amigos, si mis hermanos de armas, si mis jefes arrancan delante de mí las uñas de un enemigo, ¿qué haré?”

Los jóvenes que las circunstancias colocan entre la espada y la pared, ¿qué saben de sí mismos? Las resoluciones que toman aquí, adivinan que un día les parecerán abstractas y vacías, que serán puestas en tela de juicio enteramente por una situación imprevisible y que tendrán que decidir allí, solos, acerca de Francia y de sí mismos. Parten; otros vuelven, después de haber medido su impotencia, y la mayoría de ellos guarda un silencio rencoroso. Nace el miedo; miedo de los otros, miedo de sí; el miedo lo invade todo. Víctima y verdugo constituyen una sola imagen: y es nuestra imagen. En los casos extremos, en efecto, el único medio de rechazar cualquiera de los dos papeles es reivindicar al otro.

Esa elección no se impone —al menos todavía— a los franceses de Francia; pero esa indecisión nos pesa: por su causa somos “el cuchillo y la llaga”; al horror de ser ésta, el miedo de llegar a ser aquél, se dominan y se refuerzan mutuamente; hace quince años, los mejores hombres de la Resistencia temían menos sufrir que ceder al sufrimiento; decían: Cuando se calla, la víctima salva todo; cuando habla, nadie tiene derecho a juzgarla, ni siquiera los que no han hablado: pero se une con su verdugo, es su esposa y esa pareja unida se sume en la noche de la abyección. La noche de la abyección ha vuelto: en El Biar vuelve todas las noches; en Francia, es el hollín de nuestros corazones. Precisamente una propaganda murmurada nos hace saber que “todo el mundo habla”: he aquí las torturas justificadas por la ignominia humana; ya que cada uno de nosotros es un traidor en potencia, el verdugo que hay en cada cual no tiene de qué preocuparse. Tanto más cuando lo exige la grandeza de Francia: unas voces dulzarronas nos lo explican diariamente.

Y que un buen patriota debe tener la conciencia limpia. Y que hay que ser derrotista para tenerla sucia.

De repente, el estupor se convierte en desesperación: si el patriotismo nos debe precipitar en la abyección, si ningún pretil, en ninguna parte, impide en ningún momento que las naciones, o la humanidad entera, se precipiten en lo inhumano, entonces, en efecto, por qué habríamos de cuidarnos de convertirnos en hombres o permanecer siendo hombres: lo inhumano es nuestra verdad. Pero si no hay otra verdad, si hay que aterrorizar o morir de terror, ¿para qué vale la pena vivir y ser patriotas?

Esos pensamientos han sido implantados en nosotros por la fuerza; oscuros y falsos, todos emanan del mismo principio: el hombre es inhumano. Su objeto: convencernos de nuestra impotencia. Lo logran, mientras no se les mire a la cara. Es preciso que se sepa en el extranjero: nuestro silencio no es un asentimiento; viene de las pesadillas provocadas, mantenidas y dirigidas. Lo sabía ya, pero esperaba, desde hacía mucho tiempo, una prueba decisiva de ello.

Hela aquí.

Hace aproximadamente quince días apareció un libro en las Editions de Minuit: *La Question*. Su autor, Henri Alleg, detenido, aún, en una prisión de Argel, cuenta, sin comentarios inútiles, con una precisión admirable, los "interrogatorios" que ha sufrido. Los verdugos, como le habían prometido ellos mismos, le han "cuidado": teléfono de campaña, suplicio del agua, como en los tiempos de la Brinwilliers, pero con los perfeccionamientos técnicos que se imponen en nuestra época, suplicio del fuego, de la sed, etc. Un libro no aconsejable para las almas sensibles. Ahora bien, la primera edición —veinte mil— se ha agotado ya; a pesar de una segunda tirada hecha apresuradamente, no se puede satisfacer la demanda: ciertos libreros venden de cincuenta a cien ejemplares diarios.

Hasta aquí, los que se atrevían a declarar eran los testigos llamados, sacerdotes en especial; habían vivido en medio de los torturadores, sus hermanos, nuestros hermanos; de las víctimas sólo conocían, en la mayoría de los casos, los lamentos, las heridas, los sufrimientos. Nos mostraban a los sádicos inclinados sobre jirones de carne. ¿Y qué nos distinguía de esos sádicos? Nada, ya que nos callábamos: nuestra indignación nos parecía

sincera ¿pero la habríamos conservado si hubiésemos vivido allí? ¿No habría dejado lugar a una repugnancia universal, a una triste resignación? Por mi parte, leía por deber, publicaba a veces y detestaba aquellos relatos, que nos complicaban implacablemente y que no dejaban una esperanza.

Con *La Question* todo cambia: Alleg nos ahorra la desesperación y la vergüenza porque es una víctima que ha vencido la tortura. Ese cambio va acompañado de cierto humor siniestro; lo han martirizado en nuestro nombre y nosotros, por su causa, recobramos al fin parte de nuestro orgullo: estamos orgullosos de que sea francés. Los lectores se encarnan en él, apasionadamente le acompañan hasta el extremo del sufrimiento; con él, solos y desnudos, aguantan. ¿Serían ellos, seríamos nosotros capaces de ello, *realmente*? Ese es otro asunto. Lo importante es que la víctima nos libera haciéndonos descubrir, como lo descubre ella misma, que tenemos el poder y el deber de soportarlo todo.

Nos fascinamos ante el abismo de lo inhumano; pero basta un hombre duro y obstinado, decidido a cumplir con su misión de hombre, para arrancarnos al vértigo: la "interrogación" no es inhumana; es sencillamente un crimen innoble y crapuloso, cometido por los hombres contra los hombres, y que los otros hombres pueden y deben reprimir. Lo inhumano no existe en ninguna parte, salvo en las pesadillas que engendra el miedo. Y precisamente el valor tranquilo de una víctima, su modestia, su lucidez, nos despiertan para desmixtificarnos; Alleg acaba de arrancar la tortura a la noche que la cubre; acerquémonos, para mirarla a pleno día.

Primero: ¿qué son los verdugos? ¿Sádicos? ¿Arcángeles irritados? ¿Señores de la Guerra de aterradores caprichos? Si hubiera que creerlos, serían confusamente todo eso. Pero, precisamente, Alleg no los cree. Lo que resulta de los dichos que relata, es que querían convencerse y convencer a la víctima de su soberanía plena: tan pronto son superhombres que tienen a los hombres a su merced y tan pronto son hombres severos y fuertes encargados de domar a la bestia más obscena, más feroz, más cobarde, la bestia humana. Se adivina que no la miran muy de cerca; lo esencial es hacer sentir al preso que no es de su raza: le desnudan, le atan, le mofan; los soldados van y vienen, profiriendo insultos y amenazas con una indiferencia aparentemente terrible.

Pero Alleg, desnudo, temblando de frío, atado a una tabla aún negra y pegajosa de los viejos vómitos, reduce todos los manejos a su lamentable verdad: son comedias representadas por imbéciles. Comedia, la violencia fascista de sus frases, el juramento de "mandar al diablo la República". Comedia, la gestión "del ayudante de campo del general M..." que se termina con estas palabras: "No le queda más que suicidarse". Comedias groseras, estereotipadas, que se recomienzan cada noche, para cada prisionero, y que se terminan muy pronto, por falta de tiempo. Porque esos horribles trabajadores están abrumados de trabajo. Agotados: los prisioneros forman cola ante la tabla de los suplicios, se los ata, se los desata, se lleva a las víctimas de una cámara de tortura a la otra. Si se mira por los ojos de Alleg esa inmunda colmena, uno se da cuenta de que los torturadores están desbordados por lo que hacen.

Sin duda, a veces, aparentan calma, beben cerveza, muy tranquilos, por encima de un cuerpo martirizado, y luego, de repente, se ponen en pie de un salto, corren por todas partes, aúllan de rabia; son unos nerviosos que harían unas víctimas excelentes: a la primera "rociada" confesarían.

Malos, furiosos, sin duda; sádicos, no; ni aun eso: tienen demasiada prisa. Por otra parte, eso es lo que les salva; se mantienen gracias a la velocidad adquirida, necesitan correr sin cesar, o hundirse.

Sin embargo, les gusta el trabajo bien hecho; si lo estiman necesario, llevarán la conciencia profesional hasta matar. Es lo que sorprende en el relato de Alleg; detrás de esos cirujanos feroces y grotescos, se siente una inflexibilidad que les desborda y que desborda a sus mismos jefes.

Tendríamos demasiada suerte si esos crímenes fuesen la obra de un puñado de furiosos: en realidad, la tortura hace a los verdugos. Después de todo, esos soldados no se habían alistado en un cuerpo elegido para martirizar al enemigo derrotado.

Alleg, en varios trazos, nos describe los que ha conocido y eso basta para marcar las etapas de su metamorfosis.

Hay jóvenes impotentes, trastornados, que murmuran: "Es horrible", cuando su linterna eléctrica ilumina a un supliciado; y luego los ayudantes de verdugo, que aún no ponen las manos en la masa, que sostienen y transportan a los prisioneros unos

endurecidos, otros no, todos presos en el engranaje, todos imperdonables ya.

Hay ese rubito del norte "de cara tan simpática, que puede hablar de las sesiones de tortura que Alleg ha sufrido, como de un partido que él recordase, y a quien puede felicitar sin molestia, como haría con un campeón ciclista..." Varios días después, Alleg le verá de nuevo "congestionado, desfigurado por el odio, golpear en la escalera a un musulmán..." Y luego, los especialistas, los hombres duros que hacen el trabajo, que se complacen con las sacudidas de un electrocutado, pero que no aguantan oírle gritar; y los locos que giran como una hoja seca en el torbellino de su propia violencia.

Ninguno de esos hombres existe por sí solo, ninguno de ellos permanecerá tal como es: representan los momentos de una transformación inexorable. Entre los mejores y los peores hay una sola diferencia: unos son bisoños, otros veteranos. Todos terminarán yéndose y, si la guerra continúa, otros les reemplazarán, los rubitos del norte o los morenitos del sur, que harán el mismo aprendizaje y hallarán la misma violencia con la misma nerviosidad.

En este asunto, los individuos no cuentan: una especie de odio errante, anónimo, un odio radical del hombre, se encarna a la vez en los verdugos y en las víctimas para degradar juntamente a los unos y a las otras. La tortura es este odio, erigido en sistema, que se crea con sus propios instrumentos.

Cuando se dice esto, con mucha timidez, en la Asamblea, la jauría se desencadena: "¡Usted insulta al Ejército!" Hay que preguntar de una vez a esos mequetrefes: ¿Qué tiene aquí que ver el Ejército? Se tortura *en el Ejército*, es verdad: la Comisión de Salvaguardia, en un informe, no obstante benigno, no ha creído deber ocultarlo. ¿Y después? ¿Es *el Ejército* el que tortura?

¡Qué tontería! Se cree que los civiles ignoran los buenos métodos: si no se trata más que de eso, tengamos confianza en la policía de Argel. Y además, si se necesita un verdugo en jefe, la Asamblea en pleno lo ha designado; no es el general S..., menos todavía el general F... ni siquiera el general M... Sin embargo, ha sido nombrado por Alleg: es Lacoste, el hombre de los plenos poderes. Todo se hace a través de él, por él, en Bone como en Orán: todos los hombres que han muerto de sufrimiento

y de horror en el inmueble de El Biar, en la villa S..., han muerto por voluntad suya. No soy yo quien lo digo; son los diputados, es el Gobierno. Y por otra parte, la gangrena se extiende, ha cruzado el mar: ha corrido el rumor que se torturaba en ciertas cárceles civiles de la "metrópoli"; no sé si el rumor tenía fundamento, pero su persistencia ha debido conmover a los poderes públicos, ya que el fiscal del proceso de Ben Saddok preguntó solemnemente al acusado si había padecido sevicia; claro está que la respuesta era conocida de antemano.

No, la tortura no es civil, ni militar, ni específicamente francesa: es una viruela que asola la época entera. En oriente, como en occidente, ha habido verdugos: no hace tanto tiempo que Farkas torturaba a los húngaros; y los polacos no ocultan que su policía, antes de Poznan, recurría gustosamente a la "interrogación"; acerca de lo que pasaba en Rusia en tiempo de Stalin, el informe Jrushchev es un testimonio irrecusable; ayer se "interrogaba", en las prisiones de Nasser, a los hombres políticos, elevados después, con algunas cicatrices, a puestos eminentes. Sigo adelante: en la actualidad es Chipre y es Argelia; en resumen, Hitler sólo fue un precursor.

Condenada —a veces con mucha blandura— pero aplicada sistemáticamente detrás de la fachada de la legalidad democrática, la tortura se puede definir como una institución semi-clandestina. ¿Tiene las mismas causas en todas partes? Indudablemente, no; pero en todas partes revela el mismo malestar. Por otra parte, poco importa: nosotros no tenemos que juzgar al siglo. Barramos delante de nuestra puerta y tratemos de comprender lo que nos ha ocurrido *a nosotros*, los franceses.

Sabido es lo que se dice a veces para justificar a los verdugos: que hay que decidirse a atormentar a un hombre si sus confesiones permiten ahorrar centenares de vidas. Linda hipocresía. Allég, como Audin, no era un terrorista; la prueba de ello es que ha sido inculpado de "ataque a la seguridad del Estado y de reconstitución de la liga disuelta".

¿Acaso para salvar vidas le quemaron los senos y el vello del sexo? No: le querían sacar mediante la fuerza la dirección del camarada que había albergado. Si hubiese hablado, habrían encarcelado a un comunista más: eso sería todo.

Y luego se detiene al azar; todo musulmán es "interrogable"

a voluntad; la mayoría de los torturados no dicen nada porque no tienen nada que decir, a menos que consientan, por no sufrir más, en hacer un falso testimonio o acusarse gratuitamente de un crimen impune del cual parecía oportuno acusarlos. En cuanto a los que podrían hablar, es bien sabido que se callan. Todos o casi todos. Ni Audin, ni Alleg, ni Guerroudj han despegado los labios. Acerca de ese punto, los torturadores de El Biar están mejor informados que nosotros. Uno constata, después del primer interrogatorio de Alleg: "De todos modos ha ganado una noche para dar a sus compañeros el tiempo de escapar". Y un oficial, quince días más tarde: "Después de diez años, de quince años, se les ha metido en la cabeza que si los pillan, no hay que decir nada; y no hay nada que hacer para sacárselo de ella".

Quizás no quería hacer hablar más que a los comunistas: ¿pero se cree que un combatiente de la A.L.N. es de otro temple? Esas violencias dan un mal resultado: los mismos alemanes, en 1944. terminaron convenciéndose; cuestan vidas humanas y no las ahorran.

Y sin embargo, el argumento no es del todo falso: en todo caso, nos ilumina sobre la función de las torturas: la *interrogación*, institución clandestina o semiclandestina, está indisolublemente unida a la clandestinidad de la resistencia o de la oposición.

En Argelia, nuestro ejército se ha desplegado sobre todo el territorio: tenemos el número, el dinero, las armas; los insurgentes no tienen nada, excepto la confianza y el sostén de una gran parte de la población; nosotros hemos definido, a despecho de nosotros mismos, los rasgos principales de esta guerra popular: atentados en las ciudades, emboscadas en el campo; el F.L.N. no ha elegido sus actividades: hace lo que puede, eso es todo; la relación de sus fuerzas con las nuestras le obliga a atacarnos por sorpresa: invisible, inasequible, inesperado, tiene que herir y desaparecer so pena de ser exterminado. De ahí viene nuestro malestar: luchamos contra un adversario secreto; una mano arroja una bomba en una calle, un disparo de fusil hiere a uno de nuestros soldados en la carretera; se acude: no hay nadie; luego se hallará, en las inmediaciones, musulmanes que no han visto nada. Todo se encadena, la guerra popular, guerra de los pobres contra los ricos, se caracteriza por la estrecha unión de

las unidades rebeldes con la población; de repente, para el Ejército regular y los poderes civiles, esta multitud de miserables se convierte en el enemigo cotidiano, innumerable. Las tropas de ocupación se inquietan ante el mutismo que ellas mismas han engendrado; se adivina una inasequible voluntad de silencio, un secreto sinuoso, omnipresente; los ricos se sienten acosados en medio de los pobres que se callan; embarazadas por su propia potencia, las "fuerzas del orden" no pueden oponer nada a las guerrillas, como no sea el barrido y las expediciones de represalias; frente al terrorismo, sólo el terror. Hay algo oculto: en todo y por todos; hay que *hacer hablar*.

La tortura es una furia vaná, nacida del miedo: se quiere arrancar de *una* garganta, en medio de gritos y de vómitos de sangre, el secreto de *todos*. Inútil violencia: ya la víctima hable o muera en mitad de los golpes, el secreto indecible está en otra parte, siempre en otra parte, fuera del alcance; el verdugo se transforma en Sísifo; si aplica la tortura, tendrá que recomenzar siempre.

Pero sin embargo ese silencio, incluso ese miedo, incluso esos peligros siempre invisibles y siempre presentes, no pueden explicar del todo el encarnizamiento de los verdugos, su voluntad de reducir a la abyección a sus víctimas y finalmente ese odio del hombre que se ha apoderado de ellos sin su consentimiento y los ha formado.

Que los hombres se maten entre sí, es la regla: se han batido siempre por intereses colectivos o particulares. Pero en la tortura, ese partido extraño, la postura parece radical: por el título de hombre es por lo que el torturador se mide con el torturado y parece como si no pudieran pertenecer juntos a la especie humana.

El fin de la tortura no es sólo obligar a hablar, a traicionar: es necesario que la víctima se designe a sí misma, por sus gritos y por su sumisión, como una bestia humana. A los ojos de todos y a sus propios ojos. Es necesario que su traición la rompa y nos libre para siempre de ella. El que cede a la tortura, no solamente se le obliga a hablar; se le impone para siempre un estatus; el de subhombre.

Este radicalismo de la postura es un rasgo de la época. Lo

que se juega es el hombre. En ningún tiempo la voluntad de ser libre ha sido tan consciente ni tan fuerte; en ningún tiempo, la opresión más violenta ni mejor armada.

En Argelia, las contradicciones son irreductibles: cada uno de los grupos en conflicto exige la exclusión radical del otro. Les hemos quitado todo a los musulmanes, y luego les hemos prohibido hasta el uso de su propio idioma. Memmi ha mostrado muy bien cómo la colonización se realiza mediante la anulación de los colonizados. Ya no tenían nada, *ya no eran nadie*; hemos liquidado su civilización y les hemos negado la nuestra. Nos pidieron la integración, la asimilación y nosotros hemos dicho no: ¿por qué milagro se mantendría la superexplotación colonial, si los colonizados disfrutasen de los mismos derechos que los colonos? Subalimentados, incultos, miserables, el sistema los lanzaba implacablemente a los confines del Sahara, a los límites de lo humano; ante el desarrollo demográfico, su nivel de vida bajaba de año en año. Cuando la desesperación les ha impulsado a la rebelión, esos subhombres tenían que morir o afirmar su humanidad frente a nosotros: rechazaron todos nuestros valores, nuestra cultura, nuestras pretendidas superioridades, y para ellos el reivindicar el título de hombre era igual que rechazar la nacionalidad francesa.

Esta rebelión no se limitaba a impugnar el poder de los colonos; sentían que se hallaba en discusión su misma existencia. Para la mayoría de los europeos de Argelia, hay dos verdades complementarias e inseparables: los colonos son hombres de derecho divino, los indígenas son subhombres. Es la traducción mítica de un hecho exacto, puesto que la riqueza de los unos descansa en la miseria de los otros.

Así, la explotación coloca al explotador en dependencia del explotado. Y, en otro plano, esta dependencia está en el corazón del racismo, es su contradicción profunda y su acre desgracia: ser hombre, para el europeo de Argel, es, *en primer lugar*, ser superior al musulmán.

¿Pero y si el musulmán se afirma a su vez como un hombre, como el igual del colono? Entonces el colono está lastimado en su ser; se siente disminuido, desvalorizado; en el acceso de los "bougnoles"¹ al mundo humano, no ve sólo las consecuencias

¹ Nombre despectivo dado a los indígenas.

económicas, lo abomina porque es el anuncio de su decadencia *personal*. En su furor llega a soñar con el genocidio. Pero es pura poesía. Lo sabe, conoce su dependencia; ¿qué haría sin un subproletariado indígena, sin un excedente de mano de obra, sin un desempleo crónico que le permitan imponer sus salarios? Y luego, si los musulmanes son hombres *ya*, todo se ha perdido, ni siquiera es necesario exterminarlos. No; lo más urgente, si aún es tiempo, es humillarlos, arrancar el orgullo de su corazón, rebajarlos al nivel de las bestias. Se dejará vivir los cuerpos, pero se matará el espíritu. Domar, amaestrar, castigar, ésas son las palabras que les producen obsesión. En Argelia no hay lugar suficiente para dos especies humanas; hay que elegir entre la una y la otra.

Y no pretendo, claro está, que los europeos de Argel hayan inventado la tortura, ni siquiera que hayan incitado a las autoridades civiles y militares a que la practiquen; todo lo contrario: la tortura se ha impuesto por sí misma, era ya una rutina incluso antes de que se la tuviera en cuenta. Pero el odio del hombre que se manifiesta en ella, es el racismo que expresa. Porque, sin duda, es al hombre al que se quiere destruir, con todas sus cualidades de hombre, el valor, la voluntad, la inteligencia, la fidelidad... las mismas que el colono reivindica. Pero si el europeo se deja llevar hasta detestar su propia imagen, es porque está reflejada por un árabe.

Así, de esas dos parejas indisolubles, el colono y el colonizado, el verdugo y su víctima, la segunda es aquí sólo una emanación de la primera. Y, sin duda alguna, los verdugos no son colonos, ni los colonos verdugos. Éstos suelen ser jóvenes venidos de Francia y que han vivido veinte años de su vida sin haberse preocupado jamás del problema argelino. Pero el odio era allí un campo de fuerzas magnéticas: los ha penetrado, corroído, esclavizado.

La tranquila lucidez de Alleg nos permite comprender todo esto. Aun cuando no nos diese más, deberíamos guardarle un reconocimiento profundo. Pero ha hecho mucho más: al intimidar a sus verdugos, ha hecho triunfar el humanismo de las víctimas y de los colonizados, frente a las violencias desenfrenadas de ciertos militares y al racismo de los colonos. Y que la palabra "víctimas" no vaya a evocar no sé qué humanismo

llorón; en medio de esos matoncetes, orgullosos de su juventud, de su fuerza, de su número, Alleg es el único duro, el único verdaderamente fuerte. Nosotros podemos decir que ha pagado el precio más alto por el simple derecho de permanecer hombre entre los hombres. Pero él ni siquiera piensa en ello. Ésa es la razón de que nos conmueva tanto esa frase sin afectaciones, al final de un párrafo:

“Me sentía de repente orgulloso y alegre de no haber cedido; estaba convencido de que aguantaría más, si volvían a empezar: que combatiría hasta el final, que no les facilitaría la tarea suicidándome.”

Un valiente, sí, que terminó dando miedo a los Arcángeles de la cólera.

En algunas de sus frases, al menos, se advierte que presienten y que tratan de conjurar una vaga y escandalosa revelación: cuando gana la víctima, adiós la soberanía, el derecho del señor; las alas arcangélicas se inmovilizan, y los muchachos se preguntan, inquietos: ¿Y yo, aguantaría si me torturasen? Porque, en el momento de la victoria, un sistema de valores ha substituido a otro; por muy poca cosa, los verdugos pueden perder la cabeza. Pero no; tienen la cabeza vacía, el trabajo les acosa y luego creen apenas en lo que hacen.

Y por otra parte, ¿de qué vale turbar la conciencia de los verdugos? Si alguno de ellos flaquease, sus jefes lo reemplazarían: uno perdido y diez hallados. El terrorismo de Alleg, en efecto —quizás es su mérito mayor—, acaba de disipar nuestras ilusiones: no, no basta con castigar o reeducar a varios individuos; no, la guerra de Argelia no se humanizará. La tortura se ha establecido en ella por sí sola: estaba propuesta por las circunstancias y requerida por los odios racistas; en cierto modo, ya lo hemos visto, está en el corazón del conflicto y quizás es ella la que expresa la verdad más profunda. Si queremos poner un término a esas inmundas y tristes crueldades, salvar a Francia de la vergüenza y a los argelinos del infierno, sólo tenemos un medio, siempre el mismo, el único que hemos tenido siempre, el único que tendremos: entablar las negociaciones, hacer la paz.

“EL PRETENDIENTE”

Al principio todo fue bien. Demasiado bien. Como siempre. Antimilitarista y patrioter, Francia adora la revista del 14 de julio pero, después del general Boulanger, ya no ama tanto a los soldados facciosos. Hubo esos gritos en el Foro de Argel, que la radio lanzó en oleadas, se asaltó el palacio del gobernador, se gritó: “Viva Massu” en las calles; en París, hubo unión. Las centrales sindicales decidieron resistir en común. El corazón de Pflimlin se calentó: el presidente del Consejo se lanzó a las ceremonias de investidura con la angustia conocida del aprendiz de dictador que intenta su golpe de Estado. Halló la fuerza de satirizar los discursos de los comunistas; pero era para descargar su conciencia. En resumen, buena velada, buena brisa: y esa mezcla deliciosa de esperanza y de inquietud que se encuentra en todos los comienzos. Pero había una emboscada: no habíamos visto todo.

Un gran hombre honorario es peligroso para una nación: incluso aun cuando se haya recluso en un pueblo solitario. Si se calla, se oye su pasado. El general de Gaulle guardaba silencio mucho tiempo, pero su pasado permanecía entre nosotros. Solos frente a Massu, a Salan, lo podíamos soportar. Pero se ha tomado de improviso a nuestros ministros: de repente, cuando parlamentaban con los generales, vieron extenderse a sus pies y ante ellos una sombra interminable. Ya en la otra orilla, Salan gritaba: “Viva de Gaulle”, y todos los colonos argelinos: “De Gaulle al poder”.

En un momento, todo se echó a perder: redescubrimos la implacable lógica de los desastres; en esos casos, se haga lo que

se haga, todo va en provecho del enemigo. El gobierno, para salvarse, preparaba su pérdida: para escapar a de Gaulle, se echaba en brazos de Salan. La mayoría de los ministros estaban convencidos de que había que acabar lo antes posible con las matanzas de Argelia; querían decirlo; algunos lo habrían dicho, por primera vez. Pero, si Pflimlin quería tener una oportunidad de quedarse en su lugar, tenía que vencer a de Gaulle con promesas ilusorias. Ofreció veintisiete meses de servicio militar, 80 mil millones de impuestos nuevos, halagos a los generales facciosos. En vano: los hombres de Argel —tanto civiles como soldados— no lo querían. Ni su dinero: querían a de Gaulle.

Para mantenerse, el equipo se hizo extremista; el corazón roto de Pflimlin sollozaba en todos los micros: "Dramático error; trágico malentendido." Pero su belicismo suplicante quedaba inmediatamente descalificado por el solo silencio de su sucesor. Por llevar una sonrisa a los labios de Salan, el Gobierno se perdía; se comenzaría por alcanzar la victoria completa, por anonadar al enemigo; luego se negociaría. Salan no se decidía pero, mientras el Presidente del Consejo exhortaba a Argelia a la confianza, la izquierda francesa se preguntaba con asombro lo que le distinguía de Bidault y por qué aberración la izquierda le había dado, con todos sus votos, las facultades discrecionales, que Salan anunciaba ya que había de volver contra ella.

En los momentos crepusculares —frecuentes en nuestra historia— que preceden a los golpes de Estado, hay algo que ha chocado siempre a los observadores: la confusión de los sentimientos y de las ideas. De lejos, uno se imagina que hay algunos grupos en lucha, los partidarios del dictador futuro, los defensores del antiguo, y que se pelean hasta que unos han sido liquidados por los otros. De cerca, no hay nada más engañoso: todo el mundo vacila, todo el mundo teme, tanto los facciosos como el gobierno, todo el mundo está por y contra todo el mundo a la vez. Hay enemigos tan mortales, que han preferido la esclavitud o la muerte a su alianza incluso contra un enemigo más mortal aún, pero más nuevo. Los golpes de Estado se facilitan grandemente cuando cada cual se entrega deliberadamente al enemigo antes que perder una cosa que coloca por encima de todo, antes que producir otra que odia particularmente. Finalmente, cada

cual se paraliza y paraliza a cada cual, y el menos paralizado realiza, temblando, el golpe de Estado.

Entre nosotros, desde el tercer día, comprendí que los socialistas odiaban en el mundo una cosa más que la esclavitud, la muerte y la humillación del país; era el Frente Popular. El primer día, F.O., C.F.T.C., la C.G.T. decidieron resistir juntos. En seguida, hubo un solo grito en la Asamblea: "¡Vuelve, helo aquí!" El "espectro del Frente Popular" arrastró sus cadenas aquel día, por todas las columnas del *Monde* aterrorizado. Al día siguiente la C.F.T.C. y F.O. publicaron una advertencia común: los obreros, al conservar su sangre fría, su calma, al abstenerse de manifestaciones prematuras, salvarían la República. Cada central sindical excepto el P.C. exclamaron: "¡Antes, que perezca el régimen!" No había huellas de Frente Popular. Se trataba de algunos acuerdos, de algunas medidas tomadas en común y estrictamente defensivas. Aquello bastó para que Guy Mollet, empujando a Pflimlin y quitándole la palabra, suplicase al general de Gaulle, por medio de otra persona, que se dignase tranquilizar a la opinión pública.

Esa operación convenía a todo el mundo: la víspera, una declaración del general, un poco inflexible, no había agradado del todo. Charles de Gaulle no hizo alusión a las instituciones republicanas; si hubiera tenido la bondad de decir, de pasada, una palabrita: "¡No las tocaré!", o bien: "No las quiero mal", Francia le habría aclamado como en 1945 y Mollet, en recompensa, concebiría un medio de hacer dimitir a Pflimlin: quizá el general de Gaulle reservaría algunas carteras a los socialistas en un gabinete de Unión Nacional. Al poco tiempo, Pflimlin descubrió, con un estupor indignado, que los comunistas se permitían votar por él. Les arrancó sus votos, los arrojó al fondo del hemicírculo. Y en un generoso movimiento de elocuencia, llegó hasta a negarles el derecho de defender las libertades individuales: no eran dignos de ellas. Este alarde de anticomunismo en los dos "grandes partidos republicanos", tuvo por efecto lanzar a cada uno de ellos a la impotencia y a la soledad. Las cóleras de Isorni han probado que, a pesar de la reconciliación intentada en otros tiempos, la derecha petainista no perdonará jamás a de Gaulle la condenación de Pétain. Por el contrario, en la izquierda, las buenas almas hallaban cierta inquietud en

este argumento luminoso: el Salvador de la República ¿podría destruirla con sus manos? (Sin embargo, la respuesta es sencilla: ¿por qué no?)

Entre los comunistas, algunos militantes dejaban traslucir la turbación, bajo la firmeza de su actitud; preveían la gran reconciliación nacional, y no ocultaban que ellos serían los que pagarían las costas. Pero no olvidaban el viaje de Charles de Gaulle a Moscú ni el pacto franco-soviético. También existía el *slogan*: ¡Francia! ¡Sólo Francia! Eso quería decir quizás: vamos a retirarnos de la NATO.

Por las mismas razones, pero a la inversa, la gran burguesía católica, sostén financiero del M.R.P., se irritaba contra el Salvador de la República: no dudaba de que pusiera orden; y, sin duda, un buen escobazo no venía nunca mal; pero habría liquidado gustosa Argelia, y todo el imperio, por conservar la amistad anglosajona.

Pero, en realidad, ¿qué había decidido con respecto a Argelia? ¿Se la conservaba? ¿Se la dejaba? Eso dependía: de los días y de los visitantes. Después de su declaración, la ambigüedad persistía: algunos observaban, no obstante, que, lejos de pronunciar las palabras de Argelia francesa, tenía buen cuidado de evocar en varias ocasiones los pueblos asociados. Esas observaciones determinaron en la izquierda una crisis de masoquismo; puesto que el ministro Pflimlin nos confisca las libertades para llevar la pacificación hasta la muerte del último felá, ¿no sería mejor entregar a de Gaulle esas libertades perdidas, y que él se valiese de ellas para hacer la paz? Porque es el único hombre, en Francia, que puede hacer entrar en razón a los militares e imponer su voluntad a los europeos de Argelia. Esos futuros mártires aceptaban pagar la paz argelina con la liquidación de nuestras instituciones democráticas. Se regocijarían en la cárcel de la independencia musulmana.

De este modo cada cual parecía seguir —a través de cien actividades distintas, en los comités antifascistas y hasta en las organizaciones políticas— un sueño lento y contradictorio, como si, desesperando ya de la República, no pudieran por menos de poner sus esperanzas, en adelante disponibles, en manos del general de Gaulle.

Las gentes, en las calles, callaban: los cafés estaban llenos;

en los teatros la recaudación bajó apenas. Se creería que sólo se interesaban por sus vidas privadas; nunca vi tantas parejas de enamorados.

“¿Y luego qué? ¿Hay que bajar a la calle para defender a Guy Mollet? ¿El Guy Mollet de Argel? ¿El Guy Mollet de Suez? ¿Hay que arriesgar por él la sucesión argelina? ¿La guerra civil? ¿Quién de nosotros se dejaría romper la cara por Max Lejeune, el amigo de los ultraderechistas?”

Esas palabras hallan un eco en los corazones, las gentes bajan la cabeza: si hubiese un solo justo en la Asamblea nacional... Pero no: eso se sabría. ¿No hay que dejar abandonados a su suerte a esos desgraciados? ¿Confiar en de Gaulle? En realidad, el general de Gaulle se ha reído de Mollet en su conferencia de prensa. Un fácil éxito: pero yo desafío a Mollet a que haga lo mismo. No es necesario hablar mucho con un lector para adivinar las cóleras confusas que rumia: cóleras anarquistas, cóleras *qualunquistas*, cóleras de socialista burlado. Los motivos cien veces más poderosos, pero del mismo orden, los resentimientos y las repugnancias han paralizado, en otro tiempo, la resistencia de los obreros al golpe del 2 de diciembre.

De Gaulle esperaba. Esta montaña de silencio sacaba sus fuerzas de nuestras debilidades, era el punto geométrico de todas nuestras impotencias, de todas nuestras contradicciones: nada de rampa de lanzamiento, pero nada de Frente Popular; nada de guerra en Argelia, pero el orden moral consolidado. Cuando se ha anunciado, por la radio, que tendría una conferencia de prensa, el lunes, pareció que todo había terminado: sería suave, benigno, lealista. y las gentes quedarían conquistadas. El lunes por la mañana, hacia el mediodía, se jugaba la República perdida.

Después de la conferencia de prensa, la República se mantiene aún en pie; nuestras instituciones parecían más sólidas de lo que habíamos pensado. Las amenazas subsisten: quizás no resistiría a la violencia. Pero ya es mucho que no haya cedido a la suavidad.

El escenario está preparado, acabamos de verlo: se darán ciertas seguridades a la opinión pública y ésta, en su entusiasmo, obligará a Pflimlin a presentar su dimisión. Con gran sorpresa general, lo que se produce es todo lo contrario: los amigos del

general se enfurecieron; los únicos rostros que se despejaron fueron los de sus adversarios decididos. Sin embargo, había hecho declaraciones muy tranquilizadoras y cuya sinceridad no podía ser puesta en duda: no quiere ni se digna ser faccioso, mucho menos dictador; recibirá sus poderes del Presidente de la República y —por excepcional que deba ser el procedimiento adoptado— su investidura de la Asamblea.

Pero, ya, lo que pensaba, lo que decía el general de Gaulle no tenía importancia más que para él y para sus allegados; cuando afirmaba con toda buena fe que no iba a tener la ocurrencia, a los sesenta y siete años, de ejercer la dictadura, no le quedaba más alternativa que renunciar al poder (o no ser inducido a tomarlo) o convertirse en dictador. Porque la situación decide. No de nuestros actos particulares, sino del sentido que revestían, a despecho de nosotros mismos, para los otros hombres y a nuestros propios ojos.

Hay que hablar, primero, de esa ficción coja: el arbitraje. Para evitar el hacer la pregunta fundamental (“¿Sobre qué se fundará la autoridad soberana del general de Gaulle?”), Soustelle inventó esta diablura jurídica: entre los franceses de Argelia (civiles y militares) y el gobierno hay un litigio. Se pide a Charles de Gaulle que consienta en arbitrar la desavenencia.

Pero apenas se ha mencionado este argumento, que el general ha repetido en su conferencia de prensa, suena mal en los oídos, molesta. ¿Dónde se ha visto un gobierno, por débil que sea, que acepte resolver, mediante un arbitraje, un conflicto provocado por la rebelión de sus funcionarios? De Gaulle ha querido precisar que los generales Salan y Massu no eran facciosos; el Gobierno, ha añadido, no los tiene por tales. Es verdad formalmente: pero el Gobierno no está seguro de sí, es posible que contemporice. En todo caso, poco importa si esos generales son facciosos o no lo son.

En el primer caso, el Gobierno toma sanciones aun cuando su debilidad provisional le obligue a no aplicarlas; y el proponer un arbitraje es dar una prima a la rebeldía. En el segundo caso, si no han cesado de obedecer a sus jefes (aun cuando el estado de urgencia les haya obligado a tomar tal o cual medida sin darles cuenta) no hay nada que arbitrar. Se ve que esta increíble

proposición, apenas formulada, se convierte en una ofensa a la autoridad soberana del Estado y cae en la ilegalidad.

Sin embargo, se busca precisarla: en seguida, estalla. El conflicto enfrenta la "Argelia francesa" con el Gobierno. ¿Qué hace el árbitro? Quiere comer a uno de los litigantes y ocupar su lugar. En efecto, *para arbitrar*, el general de Gaulle asumirá el cargo y los poderes de Pflimlin. Pero cuando Pflimlin se convierte en Charles de Gaulle, ¿cómo es posible el arbitraje? Primero el árbitro es juez y parte; luego no hay nada que arbitrar, puesto que no hay litigio entre el jefe de la Francia libre y el ejército de Argelia; esas explicaciones molestas hacen estallar el escándalo que quieren ocultar. Cuando el general de Gaulle se declara dispuesto a asumir los poderes de la República, ha recibido ya la investidura pretoriana, la única que cuenta a sus ojos. Los oficiales y los civiles europeos le han designado para ejercer, en nombre de los colonos, una dictadura incondicionada sobre los indígenas metropolitanos. Esto, naturalmente, no lo reconocía el general de Gaulle: en realidad, su honradez, su patriotismo y su orgullo le prohibían sacrificar Francia a sus colonias; lo que él quiere es *la unidad*. Y en interés de los dos partidos. Pero qué importa lo que él quiere. Qué importa lo que quieren los oficiales de ultramar. No hay duda de que le son enteramente adictos; quizás sólo han tenido el sentimiento de llamarlo en su ayuda, en ayuda de Francia tal como él la ve. Pero el resultado está ahí: ellos han impuesto, o tratado de imponer, su elegido a la elección de la Asamblea. Ésta debe aceptarlo o rechazarlo bajo la amenaza de una guerra civil. Quedará ahí sin cesar, aun cuando se aparte provisionalmente, como el emperador designado por las legiones romanas.

A la menor crisis, mañana, dentro de ocho días, en un año, puede reaparecer. Es candidato permanente (a menos que un golpe de Estado no le convierta en emperador en ejercicio) por causa de ese intolerable chantaje. El juego de las instituciones democráticas se ha violado radicalmente. Y, si de Gaulle no toma el poder, permanecerá violado por la presencia de ese *pretendiente* hasta que él renuncie oficialmente al falso derecho que le ha dado la fuerza.

Qué importa, después de eso, que las formas constitucionales sean o no observadas. Si el Presidente de la República no convoca

al pretendiente y éste tiene la intención de usar de la fuerza, la violencia se mostrará al desnudo. Si Coty convoca a Charles de Gaulle, será una capitulación más. Una declaración del general es particularmente significativa: "El Ejército debe obedecer al Estado. Pero tiene que haber un Estado." Nada mejor: el Ejército no puede desobedecer a Pflimlin, porque no es el Estado, el Estado soy yo: por esta razón me obedecerá. Pero puesto que el soberano es un general, el Ejército sólo obedece a sí mismo y el país obedece al Ejército. Qué verdad es que nuestro Estado es débil. ¿Pero quién tiene la culpa sino los generales de Argelia y los civiles que los sostienen? ¿Sino los ministros que han debilitado el Estado mediante concesiones cada vez más culpables y más graves? Señor Gaillard, "cubrir" Sakiet no era sólo asumir alegremente la responsabilidad de un crimen: era poner a su sucesor a la merced de un *putsch* militar.

Y si Charles de Gaulle tuviera esos poderes excepcionales, ¿qué haría de ellos? ¿Cuáles son sus proyectos? ¿En qué sentido girará su sentencia de árbitro? Esas preguntas quedarán sin respuesta mientras no haya tomado el poder, es decir, quizás siempre. Porque de Gaulle termina el retrato de sí mismo como lo ha comenzado: por el silencio. No es que no tenga su proyecto. Pero no lo hará conocer: porque —y ahí está el peligro más grave— no quiere que se le vote por un programa, sino por su persona. No por lo que haga hoy, sino por lo que hizo ayer cuando representaba la Francia libre junto a los Aliados.

Si reclama nuestra adhesión, no es *a pesar* de nuestra ignorancia de sus designios sino *a causa* de ella. No se trata de preguntarle —con todo el respeto deseable— lo que piensa hacer, sino de aprobar por adelantado todo cuanto haga, en función de lo que ha hecho. Esos cinco años durante los cuales ha hecho nuestra Historia —en compañía de muchos otros hombres— garantizarán todos sus actos futuros, cualesquiera que sean. O más bien, debemos creer que sus gestos heroicos y desaparecidos, renacerán, misteriosamente adaptados a las exigencias de la situación. Lo que debemos esperar es el eterno retorno de su gesta pasada: todas sus acciones difuntas, al invadir brusca-mente el presente, se harán *sagradas*. Ese lazo que nos debe unir con él —abnegación, fidelidad, honor, respeto religioso— tiene

un nombre: es la fe jurada que une a la persona con la persona, o, si se prefiere, el vínculo de vasallaje.

No pretendo que este lazo carezca de valor humano: pero precisamente porque esas relaciones están cargadas de muerte y de pasado, recargadas de sagrado, son antípodas de la relación propiamente democrática, que consiste en juzgar a los hombres por sus actos, y no a los actos por sus hombres, en comunicarse a través de las empresas comunes, en compartir las responsabilidades, en apreciar una acción en relación con su fin y su resultado. Eso es lo que sintieron ayer los periodistas presentes en la conferencia y luego, más tarde, los radioyentes: la soledad de ese hombre encerrado en su grandeza le impide, sea ello lo que fuere, convertirse en jefe de un Estado republicano. O, lo que viene a ser lo mismo, impediría al Estado que lo tuviera como jefe, seguir siendo una República. Todos los que, en estos últimos tiempos, se han sentido más o menos atraídos por el vértigo de la catástrofe, que han tenido un acre placer en ver a Francia como un destino y que soñaban con una democracia degaullista, un poco fúnebre pero viva, han comprendido de repente lo que les ofrecía, lo único que podía ofrecerles, esa triste grandeza solitaria. No se debe al azar el que las fuerzas republicanas, olvidando sus disensiones, se agrupan de nuevo desde el lunes por la noche para una lucha más eficaz; no se debe al azar el que el Gobierno se sienta de hora en hora un poco más fuerte, que las huelgas del metro, de los autobuses y del teléfono havan sido unos triunfos indiscutibles. Francia necesita un Estado fuerte, no hay duda, hay que restaurar la autoridad del Gobierno, arruinada por doce años de abandonos y de compromisos, pero el mejor modo de acabar su ruina sería confiarlo a un "hombre fuerte", que impusiera sus reglas a todos: debemos restaurar *ese* Estado arruinado, *esa* República desacreditada, con los hombres mismos, con todos los hombres que son responsables de su semi-ruina; sólo devolveremos su fuerza institucional si restauramos al mismo tiempo, frente a todos los sueños de grandeza muerta, los derechos y las libertades reales de los ciudadanos.

LA CONSTITUCIÓN DEL DESPRECIO

Se nos ha dicho que íbamos a votar: se nos ha mentido. Arranquemos el tejido de grandes palabras que ocultan un crimen: el 28 de septiembre no será un día de elección, sino de violencia. Y nosotros seremos los que sufriremos la violencia.

En primer lugar, ¿quién ha propuesto este plebiscito? Nadie. Se le impone a la nación soberana. Caerá sobre nosotros como un ladrón. Y no hay que esperar salir del paso mediante el silencio: abstenerse, es votar a ciegas por la mayoría, cualquiera que sea.

Sé muy bien que no habrá, en Francia al menos, el derecho de mirar nuestra papeleta. ¿Después? Hay otras violencias, otras falsificaciones. La libertad de un voto sería azarosa si no estuviera defendida más que por un aislador. En realidad, de ordinario lo que la garantizan son las instituciones. Y las costumbres. La vuelta periódica a la consulta electoral protege al ciudadano contra la incertidumbre y la precipitación. La pluralidad de los partidos obliga a cada uno de ellos a explicar incansablemente su programa. En resumen, el elector da su opinión en las formas aprobadas, tiene sus puntos de referencia, sus costumbres, la novedad no le desorienta, siempre que se manifieste en el cuadro de la tradición política. Pero nuestro referéndum goza del encanto dudoso de lo improvisado. La relación de lo nuevo con lo antiguo se ha invertido. Se ha comenzado pisoteando nuestras instituciones, sólo quedan las migajas de ellas; y luego nos han propuesto esta antigualla, una carta real.

El elector, perdido en la *no man's land* que separa la República difunta de la futura monarquía, debe decidir solo y sin recursos. Es todo o nada; todo: el rey Carlos XI. Nada: el retorno

a esta Cuarta que nadie quiera ya. Aceptaré todas las exigencias del general de Gaulle, o caeré en la nada. ¿No hay otra solución? "No me interesa", responde el pretendiente. "O se adopta la mía o me voy." Una propaganda astuta nos desorienta adrede mediante el juego de las asimilaciones: el personal de la Cuarta difunta os repugna, *por lo tanto* os horroriza la democracia, *por lo tanto* queréis la monarquía degaullista.

Se dirá que el régimen estaba podrido, que un papirotazo ha bastado para reducirlo a polvo, que nuestra tarea más urgente es constituir un Estado. No lo niego. Pero por medio de un razonamiento sensato, se nos pide sencillamente que legalicemos un golpe de fuerza.

Y, sin duda, hay casos en que es una precaución necesaria el transformar la fuerza en derecho: un gobierno revolucionario, y llevado por la masa al poder, degenera en tiranía, si no cede el paso, lo más rápidamente posible, a una Constituyente regularmente elegida. ¿Pero quién habla hoy de Constituyente? ¿Acaso el general de Gaulle no es algo más que el elegido de las masas? ¿Se llamará favorito del pueblo a ese candidato que renuncia a su gira electoral por miedo a las perturbaciones que suscite? La prueba de ello se hizo el 4 de este mes; puede hablar por la radio, por la televisión, ante una asamblea; en la plaza pública jamás. A menos que no se tengan en cuenta los muertos y los heridos.

No: su gobierno no ha surgido de una revolución; nada más que de un pronunciamiento. Ni el silencio de una prensa que se ha precipitado a la servidumbre, aun antes de que se le hubiera pedido nada, ni la credulidad provisional de los oficiales, ni los circunloquios de los diplomáticos extranjeros nos harán olvidar que el general de Gaulle ha sido llevado al poder por los coroneles de Argel.

Ni él mismo olvida. ¿Sufre por ello? Eso espero. En todo caso, se apresura a hacernos sancionar la ilegalidad. Mientras no hayamos dicho sí, cualquiera que sea su prestigio, reina por la fuerza. Por la fuerza de otros, que es lo peor. Y por la debilidad de nuestros representantes elegidos. Ese trono que se ha robado al Louvre para que se siente en él, no servirá de nada mientras no se lo hayamos dado por amor.

Y he aquí el engaño: el poder, aun usurpado, tiene siempre

la apariencia de la legalidad; basta que *reine* el desorden, sobre todo si es majestuoso, para que se le confunda con el orden. Numerosos franceses se equivocan; el paternalismo hipócrita de la Constitución acabará de desorientarlos. Votar "sí" les parece votar por el orden moral; y el "no" nos sumirá en la anarquía. Si no hubiera más que eso, el plebiscito sería una estafa: se nos promete la vuelta a la calma, a la disciplina, a la tradición para que demos nuestros sufragios a los amotinados de Argel.

No nos engañemos acerca de eso: todos los plebiscitos del mundo no pueden impedir que un golpe de fuerza sea, y continúe siendo, un desorden. De casta le viene al galgo el ser rabilargo: el régimen degaullista demostrará hasta el fin, y en todas sus manifestaciones, la arbitrariedad y la violencia de que es producto.

He dicho que votaremos sin violencia..., pero eso es sólo verdad a medias. El cuerpo electoral es un todo indivisible; cuando la gangrena penetra en él, se extiende en el mismo instante a todos los electores. Cuando un sufragio se arranca por la fuerza, todos los demás son forzados. ¿Quién osará pretender ahora que los musulmanes de Argelia votarán libremente y que reclamarán su independencia frente a 500.000 soldados cuya misión es impedir que la obtengan?

El pico de los sufragios arrancado a los musulmanes da a cada "sí" de la metrópoli una eficacia suplementaria, quita a cada "no" un poco de su poder. En el instante en que su papeleta cae al fondo de la urna, el miembro de la oposición se convierte en ciudadano de segunda clase. Su negativa no tiene el mismo valor que el asentimiento del vecino.

Para acabar de enredar las cosas, se amalgaman dos plebiscitos distintos. Los pueblos de África, en efecto, se preocupan poco de las relaciones del ejecutivo y el legislativo en la nueva Constitución. El elector negro quiere la independencia, pero se pregunta si los recursos y el desarrollo económico de su país le permitirán prescindir de nuestro sostén. He aquí su única preocupación y su voto dependerá de la respuesta que se dé...

Y de este modo un sí cuyo sentido en Madagascar es la autonomía interna y el avance progresivo hacia la libertad significará en París la tutela del pueblo francés y disminuirá más aún la eficacia de los no. Esta violencia astuta elige sus víctimas: sólo los demócratas la padecerán.

El escamoteo de los votos se produce en la misma metrópoli. El equívoco es tal, que no se sabe con precisión, por qué o contra qué se vota, por o contra quién. A la primera mirada, esta carta es un retrato. El autorretrato del artista. Ese príncipe-presidente que reina y que sólo es responsable ante Dios, ¿quién es sino de Gaulle en persona?

¿Puede creerse un solo instante que será el elegido de la nación? ¿Tendrá sus poderes del pueblo soberano? Jamás. Ocupa ya su cargo y ha elegido por electores a sus partidarios; es decir, que la elección no es más que una ceremonia. ¿Quién, pues, le lleva al trono? La propia Francia, haciendo abstracción de todos sus habitantes. Esa entidad rígida y severa, invisible para todos, se digna, en la soledad, hablarle al oído. ¿Una prueba? El último jueves, el general de Gaulle no había sido aún elegido. El miedo y la intriga solos le habían hecho ministro; sin embargo, le hemos oído, en una alocución sorprendente, exhortar a los franceses *en nombre de Francia* a votar la Constitución. Ahí está todo: Francia ha aprobado ya la elección degaullista; nuestro deber está trazado. Si le rechazamos, Francia sufrirá y nosotros seremos malos. Si le aceptamos, Francia sonreirá y quizá se nos invitará a las ceremonias oficiales.

Se dice que sólo Ulises tenía la fuerza de tender su arco; igualmente, el general de Gaulle es el único en el mundo con el orgullo necesario para entrar en el papel de presidente providencial. No creo en Dios, pero si en este plebiscito tuviese que elegir entre Él y el pretendiente actual, votaría antes por Dios: es más modesto. Reclama todo nuestro amor y nuestro respeto infinito, pero los sacerdotes me han dicho que Él nos ama a su vez y respeta infinitamente la libertad del más miserable. Nuestro futuro monarca exige también que se le respete, pero mucho me temo que no nos respete. En una palabra, Dios necesita a los hombres y el general de Gaulle no necesita a los franceses.

O mejor, sí. Ha dicho: "Necesito mucho vuestra confianza."

Pero le bastará que le demos esta confianza una vez, el 28 de setiembre. Ese día, si todo sale como él quiere, nos confiaremos a un hombre que nos ha manifestado la desconfianza más sostenida y que pretende hacernos adoptar la Constitución del desprecio. La Asamblea popular tiene al lado un Senado reac-

cionario. Está privada de la facultad de elegir por sí sola y en su seno, sus ministros. Se le niega, o casi, la de derribar al gobierno que se impone. Se reduce la duración de sus sesiones, se reserva la licencia de disolverla o de darle vacaciones, con pretextos mal definidos. Franceses, ¿comprendéis que es a nosotros, a todos nosotros, a quienes se niega todos esos derechos? El referéndum de 1958 me recuerda una frase de Marx que data de cien años: "El sufragio universal", decía, "apareció en 1848, y fue suprimido inmediatamente."

Y he aquí, precisamente, donde reside el equívoco. Porque esta Constitución parece, de buenas a primeras, la imagen interior y desmesurada de un hombre que se ha hecho a sí mismo. Pero, si se la mira mejor, se constata que es el resultado de un compromiso entre las fuerzas que han llevado a este hombre al poder: los señores feudales de Argel y el gran capital financiero. Para satisfacer a los primeros, se da la preponderancia en el cuerpo electoral a la Francia campesina: el campesino tiene voto pleno; el obrero, no, pero se le resarce dándole la Legión de Honor. Para satisfacer a los bancos, se elegirán los ministros fuera de la Asamblea. No podía ser de otro modo: llevado al poder por los agrarios de Argel, de Gaulle ha salpimentado de banqueros sus ministerios. Liberando al poder ejecutivo del juego parlamentario, el capital financiero espera dominar el Estado; sus representantes ya no se contentarán con hacer presión sobre los ministros, ellos serán los ministros. Favoreciendo al campesinado, es decir, a pesar de todo, la parte más reaccionaria del cuerpo electoral, la que desde hace doce años mantiene los gastos, los representantes de los coroneles esperan hacer elegir una Cámara "inhallable" que votará sin poner inconvenientes los créditos militares más elevados.

Capitalistas parisienses, terratenientes de Argelia: no creo que esas gentes se entiendan muy bien entre ellas; todo lo contrario, hay que considerar al general de Gaulle como su campo de batalla y la Constitución como el punto geométrico de sus contradicciones. Sólo queda que se pongan de acuerdo en una cosa: amordazar al pueblo.

Contra los que no se han dejado engañar por sus mentiras, se emplean grandes medios. Ya lo digo: ese poder ha nacido de

la violencia y se mantendrá por la violencia. El chantaje nos ha dado a de Gaulle, y el chantaje nos lo conservará.

Concedo que aún no se nos ha llevado a culatazos a las urnas. Pero afirmo que una consulta electoral no es libre cuando el elector está aterrorizado. Sin esas amenazas, sin esos famosos aviones de Argelia siempre prontos a dejar caer sobre París su carga de paracaidistas, sin el hombre "del cuchillo entre los dientes", la Carta sería acogida con risotadas: es tan confuso, tan tonta, tan ingenuamente reaccionaria, que nadie la tomaría en serio. Si la Carta está muerta es, ante todo, por haberse separado del pueblo. ¿Se cree salir mejor del paso negando totalmente al pueblo? La ceremonia del 4 de septiembre fue la imagen de la Francia que nos preparan: en medio de la plaza, el príncipe; en torno de él, el coro de los elegidos; luego, detrás de las barricadas y el cordón de policías, muy lejos, el gruñido del pueblo que dice "no".

Me dirijo a todos los que confían en el hombre de junio y les pregunto: ¿a qué viene esta Carta? Decís que el general de Gaulle necesita vuestra confianza; me lo explico. Suponéis que se va a enfrentar con los coroneles, que no puede resistir la prueba de fuerza si no tiene el país tras él. También me lo explico. ¿Pero os explicáis que vuestro voto sea un mandato para restablecer la paz y el orden en Argelia? El "sí" que le déis es una aprobación de todo cuanto ha hecho desde el 1º de junio. Entonces aprobáis la presencia de Soustelle en el ministerio. Pero Soustelle representa casi oficialmente los Comités de salud pública. Aprobáis el astenso del general Massu. Pero el general Massu es uno de los principales responsables del 13 de mayo. Para votar contra los extremistas de la derecha no habéis hallado otro medio que mezclar vuestro "sí" con los suyos. Porque no os quepa duda de que todos dirán que sí. Después de lo cual Dios reconocerá los suyos. Dios, pero no el general de Gaulle. ¿Cómo va a saber si aprobáis o desaprobáis la integración, ya que, vosotros que sois el adversario, le dais la misma respuesta que los que son partidarios suyos?

Todo está falseado. Si el general de Gaulle hubiera deseado vuestro apoyo para emprender reformas, una acción concreta, la lucha contra ciertos elementos civiles y militares, habría comenzado por anunciar su programa. Suponed que ha dicho: "Quiero

negociar con los rebeldes"; o bien todo lo contrario: "Llevaré la guerra hasta el fin"... ¡Qué claridad! Cada cual tomaría sus responsabilidades. En lugar de eso, nos invita a meditar sobre los poderes respectivos del Presidente y de una Asamblea que no han salido aún del dominio de la imaginación. Francia se alista en una guerra odiosa, los precios suben verticalmente, la industria busca mercados. ¡Y se nos propone una Constitución! Y fuera de eso, nada; el silencio o palabras de doble sentido que los exegetas se apresuran a interpretar cada cual a su manera.

No, lo que el general pide no es nuestro apoyo, es nuestra obediencia, nada más. ¿Y por qué habéis de obedecerle? Hace ciento cincuenta años que Francia es adulta. ¿Qué necesidad tiene de un padre? Cuidado, pronto caeremos en las tonterías de la infancia: los adultos suelen ser dados a ellas.

Responderéis que sabéis todo eso, pero que hay que pasar bajo las horcas caudinas, ya que el general de Gaulle es el único hombre que puede reducir la rebelión de Argel. ¿Reducirla, él? ¿Cuando es él quien le ha dado el poder y el que la mantiene?

En Francia, ese Gobierno puede ser autoritario: ha aprendido ya a hacer que la policía cargue contra las multitudes, y a incautarse de los periódicos de la oposición. Pero en lo que se refiere a Argelia, se buscaría en vano lo que le distingue del ministro Bourgès-Maunoury.

Si votáis por de Gaulle, ¿qué le daréis que no tenga ya? Él disfruta de la omnipotencia. Durante tres meses pudo hacer todo y no ha hecho nada. Por el contrario, robustecéis el valor de los extremistas de derecha. Podéis estar seguros de que van a proliferar bajo esa gran sombra. Y rogad no haber elegido al Neguib de algún nuevo Nasser que, de repente, se desmascarará.

Todo es falso. Mentiras y violencia, chantaje, terror, equívocos, todo lo de ese referéndum está dispuesto para violar las conciencias y desvalorizar el voto de los adversarios.

Si los "sí" van a darle la victoria, juzgad cuáles serán las consecuencias. Pero incluso sin tener en cuenta el porvenir, sería indigno votar bajo la amenaza. Ya que no hemos podido evitar ese plebiscito falseado, sólo podemos dar una respuesta: "no". Pero no caigamos en la última trampa. No seamos "el espíritu que siempre niega". Se nos ha acorralado adrede en el rechazo

puro y simple: agrupémonos de nuevo y demos un sentido a ese rechazo. Que nuestro "no" a la monarquía signifique "Asamblea Constituyente". Al general de Gaulle y a los que le rodean, les diremos: "En un punto estamos de acuerdo con vosotros: ¡la cuarta República está muerta, y no pensamos resucitarla! Pero no es a vosotros a quienes pertenece el hacer la quinta República. Es al pueblo francés en su plena y entera soberanía."

L'Express, nº 378, 11 de setiembre de 1958.

LAS RANAS QUE PIDEN UN REY

Los "sí" serán numerosos, muy numerosos. ¿Pero a qué se dice "sí"? ¿A la Constitución? Todo el mundo se burla de ella. ¿A un programa? Del firmamento que roza la cabeza del general, apenas si cae, de vez en cuando, un oráculo indescifrable. No: a quien se quiere votar es al hombre. En este país lleno de departamentos, erizado de barreras, de tabiques, de pleitos, donde cada cual disputa un hueso a sus vecinos, de repente se presenta el hombre-unanimitad. Si ganase, el 28 de setiembre, aunque fuese por un pelo, todos sabemos que no se consideraría el líder de la mayoría, sino que pretendería realizar en su persona la unión de todos los franceses. Se cuida bien de no ofrecer nada: y los intereses, en la tierra, permanecen desmenuzados y contrarios. Pero cuando el elector levanta los ojos, descubre, por encima de las nubes, el fascinador espejismo de la unidad. Si votamos por él, izquierda y derecha quedarán unidas como su oreja izquierda y derecha; el alto capital y los peones camineros como su coronilla a la planta de sus pies. Muchos franceses odian a su prójimo; lo amarán en de Gaulle; todos comulgarán en esa gran entidad cuya indisolubilidad orgánica simboliza el más alto grado de la integración social.

¿Cómo no se ve, después de tantas dictaduras, que esta comunión mística ocultará nuestras discordias sin apaciguarlas? ¿Cómo no se sabe que un país proyecta en un solo hombre su deseo doloroso de unidad, cuando las contradicciones del momento han hecho imposible esta unidad? Se diría que el elector dormita. Mirad a vuestro alrededor: los "sí", los "no" se ven por todas partes; en las paredes, en los diarios de provincias, en el *Express*.

El "no" da sus motivos, explica su opción, es una geometría apasionada. Los "sí" son suspiros: se entregan a los grandes sueños, a los grandes sentimientos, a las grandes palabras, a esos diluvios de lágrimas que han precedido con frecuencia el advenimiento de las dictaduras. Triste entusiasmo: contra la Razón, los "sí" invocan las razones del corazón que la Razón ignora... pero el corazón no está allí.

No habría de qué asombrarse si no tuviéramos más que habérnoslas con los degaullistas de la primera hora, fieles al compañero de los tiempos heroicos, al jefe que no han dejado de respetar. Y desde otro punto de vista, es normal que un cierto número de personas, maltratadas por la vida, necesiten creer en Dios y sobre todo en Su Encarnación. Cuántas mujeres solitarias y traicionadas han extendido su resentimiento a la especie entera: todo cuanto es humano les causa horror, aman a los perros y a los superhombres.

Pero habrá muchachos y hombres jóvenes que den sus sufragios al futuro monarca: activos, quizás dichosos, inteligentes y que se tienen de buena fe por republicanos. Muchos son técnicos, trabajan en equipo, saben cómo se presenta un problema y cómo se resuelve; frente a todas las infalibilidades, han descubierto, en la práctica, la importancia de los controles recíprocos, de la mutua ayuda y de la impugnación; ya no creen en los Reyes Magos. ¿Entonces? ¿Qué tienen que ver con el Gran Rey? ¿Por qué, cuando se trata de la Cosa pública, se confían a ese príncipe infalible en lugar de a organizaciones técnicas que podrían controlar? Es necesario que el *personaje* del general de Gaulle ofrezca, por sí solo y silenciosamente, la imagen un poco confusa de una política. Y, sobre todo, para descifrar esta imagen, es necesario que esos republicanos tengan una cierta idea de Francia, de la República, del mundo y de sí mismos. Si podemos, con el testimonio de innumerables encuestas, declaraciones y conversaciones privadas, fijar los rasgos y los pensamientos de esos electores perfectamente honrados y fundamentalmente demócratas que votarán "sí" el domingo próximo, veremos que son, en mi opinión, también víctimas de un espejismo. Y si este esbozo cae bajo sus miradas, quizás algunos de ellos se reconocerán, quizás tendrán los ojos desencantados.

Hay que salir de esta desgraciada Cuarta que acaba de desintegrarse por asco de sí misma.

Los reproches que se le dirigen no son nuevos: ya se hacían a la Tercera, que se creyó que iba a morir el 6 de febrero de 1934. Entonces eran menos virulentos y menos unánimes: apenas menos justificados. El hecho es que, después del 47, el régimen gira en el vacío, el hecho es que la Asamblea está separada del pueblo, es decir, de los electores; el hecho es que había un "sistema", es decir, que nuestros hombres políticos se habían convertido en cosas inertes y obedecían a leyes inflexibles semejantes a las que rigen el curso de las cosas. Lo que primero llamaba la atención era la inestabilidad ministerial. Esas bruscas caídas, a veces inesperadas, esas largas crisis, eran la imagen del desorden para muchos franceses. En realidad no hubo nunca más que un ministerio. Estable, pero giratorio. El equipo —restringido— de los ministrables bailaba en corro, cada cual tenía de la mano a sus vecinos esperando que el movimiento circular de un proyector hiciera salir su rostro de la sombra. Es posible que para algunos íntimos de Pflimlin y de Schumann, éstos sean realmente distintos; políticamente escapan al principio de especificación individual. Sostenidos por la misma mayoría, los nuevos reanudaban la política de los viejos, es decir, perseveraban en la inercia.

Durante todo ese período, un solo tropiezo, prontamente reparado: el ministerio Mendès France. Ese advenedizo no era de la banda: se le hizo ver claramente.

Bien. Esta descripción la han hecho otros cien. El sistema es la impotencia del poder. No la anarquía —donde cada cual hace lo que quiere— sino la parálisis, donde la cabeza piensa todavía cuando los brazos no se mueven ya. Sí, Gaillard, Pinay, tenían algo semejante a una cabeza y esa cabeza les decía —en privado, no hacían misterio de ello— que la guerra de Argelia era absurda y que había que negociar. Pero cuando a Gaillard le tocó el turno de montar la guardia en la Presidencia del Consejo, no tuvo la locura de pensar que se le confiaba ese nuevo cargo para darle permiso de hacer lo que considerase útil y justo, para reclamar lo que creyese verdadero. Ese presidente intercambiable prestó su voz al sistema y el sistema afirmó por

su boca: Gobernar no es prever, no es prevenir, no es elegir, gobernar es obedecer: continuaremos la guerra hasta el fin.

El espectáculo de la impotencia no se presta a dilatar el corazón. Indigna a la gente que trabaja porque el trabajo es acción.

Lo que prueba suficientemente que el antiparlamentarismo tiene aquí un origen profesional; es que a los elegidos se les reprocha menos su impotencia y su cobardía que su pereza, vicio que les es perfectamente extraño. "Les pagamos por no hacer nada." Ésta es la idea.

Por los alrededores del 15 de junio último, un pequeño burgués me abordó ante la Cámara de Diputados y me dijo con aire furioso:

—¡Entonces todavía siguen de vacaciones!

—Hay que reconocer —repuse— que se las han dado.

Él quedó turbado un solo instante y luego, reanudando el hilo de su cólera:

—¿Se las han dado? Tanto mejor. Pero entonces que no les paguen.

Y nuestros republicanos —los que darán sus sufragios a de Gaulle— son trabajadores honrados, amantes de las técnicas precisas, de las acciones rigurosas, y que no se reconocen o —como veremos— que creen que no se reconocen en sus representantes elegidos.

Hasta aquí todos estamos de acuerdo. Pero no hemos salido del dominio de las apariencias. Porque ¿de dónde viene al fin esa impotencia? ¿Son los hombres los que han hecho el sistema, o es el sistema el que ha hecho a los hombres?

¿Y qué es, exactamente, el sistema? El inmovilismo no puede ser la causa, sino sólo el efecto. Acerca de este punto, las respuestas son imprecisas.

He leído *Los príncipes que nos gobiernan*, de Debré, con la esperanza, lo confieso, de darme dentera; he sufrido una decepción: esa papilla no se masca. Pero a juzgar por la Constitución, la falta original sería la primacía del legislativo.

Henos aquí. Imaginemos un hombre de nervios de acero, de corazón duro y orgulloso, con la cabeza llena de vastos proyectos, que sólo quiere trabajar por Francia y que, para llevar a cabo su empresa, no necesita más que continuidad: es el ejecutivo.

Y comparemos ahora con esa gran figura, el legislativo, ese cesto de cangrejos hormigueantes, viscosos, saltando los unos sobre los otros y cayendo sin cesar. ¿No es un absurdo someter al hombre a los caprichos de los cangrejos?

Aquí es donde hay que denunciar la mayor impostura de gaullista. ¿Se tendrá la ósadia de pretender que la Asamblea ha sido la que ha hecho de nuestros ministros esas bestias hurafñas y aterrorizadas que con tanta frecuencia hemos oído recitar por radio, por televisión, un cumplido enseñado? ¿Y son los ministros los que han hecho reinar el miedo en la Asamblea? ¿Es la Asamblea la que impidió a Mollet negar el rapto de Ben Bella? ¿Y la que obligó a Gaillard a "cubrir" el bombardeo de Sakiet?

Yo digo lo contrario, que todo el mal ha venido, esos últimos años, de un poder ejecutivo demasiado fuerte que escapaba al control del legislativo. Porque teníamos un poder ejecutivo. Ese Príncipe bombardeaba Haiphong, cuando la Asamblea quería negociar con Ho Chi-minh; reclamaba el dinero —el nervio de la guerra— que se le daba precipitadamente y sin discutir, multiplicaba en Argelia las "leyes de sospechosos" y las operaciones de policía, barría, cuadrículaba, bombardeaba; en la propia Francia se incautaba de la prensa de oposición y demandaba a los periodistas ante los tribunales militares; toda la vida nacional estaba trabada por sus grandes sueños heroicos de reconquista, sacrificaba Francia a sus colonias y la Asamblea aterrada, impotente, saltaba a la cola de las guerras coloniales como una cacerola a la cola de un gato.

Ese ejecutivo autoritario, incontrolable, se ha llamado Thierry d'Argenlieu; hoy tiene cien nombres, Massu, Trinquier, Lacheroy, y otros "coroneles". En trece años, Francia se ha convertido en este país militarizado cuyos hijos se baten en ultramar bajo las órdenes de nuestros Príncipes, los Señores de la Guerra.

Hace diecinueve años que hacemos la guerra: el sistema no tiene su origen en los pretendidos vicios de la Constitución de 1946, sino en la lenta fascinación de una nación que pierde su sangre, su tiempo, su cultura y sus riquezas por conservar antiguas conquistas que, desde hace mucho tiempo, cuestan más de lo que producen.

¿Ejecutivo? ¿Legislativo? ¿Sistema? ¿Régimen? Palabras.

Si en la actualidad hay una crisis de los poderes, tenemos que buscar las razones profundas en los males que nuestros nuevos señores no quieren o no pueden curar. Lo que voy a decir lo sabe todo el mundo, pero muchos no quieren saberlo. Lo repito para esos falsos ignorantes.

No pretendo que la Historia sea justa: no era quizás justo que nosotros soportásemos solos el primer embate del ejército alemán, ni que el enemigo nos ocupase cuatro años, ni que permaneciésemos abandonados, rumiando nuestra derrota, mientras nuestros aliados ganaban la guerra, ni que fuésemos liberados por ellos, declarados vencedores por complacencia y tolerados como parientes pobres entre los Cinco Grandes.

En 1945 habíamos creído volver a tomar nuestra suerte en nuestras manos: Rusia, Estados Unidos y el general de Gaulle rompieron el espinazo a la Resistencia. Las huelgas del 48 agotaron a los obreros. Entonces descubrimos que éramos un país muy viejo, una sociedad estratificada, de la base a la cumbre, por el malthusianismo económico que hubo entre las dos guerras. ¿Dónde estaba el pueblo? Ya no existía; lo habían dividido en grupos de intereses divergentes que no se querían entre sí. Además, todo el mundo se oponía a todo el mundo: las pequeñas, las medianas, las grandes empresas, el comercio minorista y el mayorista, el campesinado y las ciudades, como sucede cuando el movimiento de la Historia se detiene y las contradicciones vivas se transforman en conflictos inertes. La gran industria acentuó sus tendencias malthusianas, la clase obrera se desgarró: los obreros profesionales, herederos del viejo anarco-sindicalismo, frenaban en lo que podían la modernización de las herramientas, porque temían, ante todo, que su trabajo se descalificase por ello; los obreros especializados, cansados de girar en el ciclo infernal "precio-salarios", veían, por el contrario, en la producción en masa el único medio de elevar su nivel de vida. Sindicatos y partidos vinieron a coronar esos antagonismos y a endurecerlos; pero el golpe de gracia, también esta vez, fue dado desde fuera, el plan Marshall y el "Golpe de Praga" transformaron esos conflictos económicos y sociales en odio político. La izquierda había pasado a la posteridad.

Quedaba el Imperio. Comenzó a desmenuzarse muy pronto. No se necesitaban grandes luces para comprender, desde las pri-

meras revueltas, que asistíamos al principio de lo que iba a ser el acontecimiento más importante de la segunda mitad del siglo: el despertar del nacionalismo entre los pueblos afro-asiáticos; así para concebir que ese movimiento de emancipación sería irresistible e irreversible. Pero no quisimos ver nada de eso y la misma izquierda, al principio, se hizo rogar: el Imperio era nuestra grandeza.

Esta soberanía que habíamos chalaneado a Norteamérica, si obligábamos a los rebeldes a reconocerla, podríamos soñar un momento que la habíamos conservado.

No es la Asamblea la que engendró el verbalismo imbécil que pudrió todo: fue la situación. Estábamos entre los Cinco Grandes, pero Alemania, a los siete años de su derrota, nos aplastaba con su potencia. La palabra Grande perdía su sentido. Mediante matanzas, hacíamos respetar en las colonias una soberanía que habíamos perdido. La soberanía no era más que una palabra. Afirmábamos por todas partes la grandeza de Francia pero sabíamos que nuestras guerras de prestigio indignaban al mundo sin producirle terror. Las potencias atómicas se preguntaban, asombradas: "¿Qué hacen? ¿Juegan? Eso debe ser para ocupar a sus soldados." Grandeza era sólo una palabra. Otra palabra, victoria: había que terminar la guerra o perderla. Lo demás vino solo: cuando, en un último esfuerzo, quisimos atraer a los Estados Unidos al conflicto, consideramos bueno el olvidar que nos habíamos lanzado a él en parte para afirmarnos contra ellos; ya nadie volvió a hablar de expedición colonial; el francés se convirtió en centinela de Occidente, defendió en Vietnam los valores cristianos y greco-latinos frente al anticristo Stalin y los bárbaros eslavos. Habíamos despegado, huido al sueño, para huir de la intolerable verdad. El sueño se ha convertido en pesadilla donde hace varios años, pero preferimos los terrores de la noche a las vergüenzas del mediodía.

El Ejército ha vivido más intensamente esta aventura pero, en gran parte, del mismo modo. La derrota-relámpago de 1940, lo dejó lleno de estupor. Luego, cada una de las guerras que ha hecho, lo ha parecido el desquite de la precedente. Los oficiales no amaban las guerrillas de Indochina, pero se lanzaban a la lucha con una sombría pasión. Pero este desquite fue una derrota. La culpa no fue de ellos: siempre se han mostrado vale-

rosos, a veces heroicos. Pero la Asamblea no se mostró culpable con ellos: tuvieron los créditos, las armas. Los retrasos, los errores, no tienen más origen que la distancia. En realidad, perdieron esta guerra porque debíamos perderla: ¿qué puede un cuerpo expedicionario contra la rebeldía de un país entero, cuando sus bases "naturales" se encuentran a millares de leguas?

Sin embargo, han considerado esta lejanía como una traición; han odiado a la población civil, porque no podían enrojecer ante ella. Nadie hubiera pensado siquiera en hacerle el menor reproche, pero el Ejército interpretaba nuestras miradas, nuestras palabras, nuestros silencios. Ese divorcio de los héroes infortunados y la comunidad nacional, está en el origen de nuestros inconvenientes actuales. El Ejército se siente herido.

Se halla pillado entre dos tipos de conflictos —los de nuestro siglo— sin estar realmente armado para uno ni para otro. Contra las guerras *populares*, a pesar del inmenso esfuerzo de estos últimos años, ¿qué puede hacer? ¿Leer a Mao? Entonces sabrá que el Ejército revolucionario vive en simbiosis con la población. ¿Qué hacer ante esto? Se pueden crear servicios psicológicos, escuelas de contra-guerrillas; se puede flexibilizar al máximo la pesada máquina militar, emplear a los soldados —como hicieron los generales del V Ejército— en labrar, en sembrar, en ayudar al campesino. ¿Y después? ¿Se cree que se van a cambiar los corazones? Sin la población civil puede no perderse la guerra, pero lo que es seguro es que no se ganará.

Pero si, por otra parte, estallase un conflicto mundial, la pobreza de nuestros recursos no da oportunidad alguna a nuestros militares. Los proyectiles, los cohetes intercontinentales, las armas teledirigidas, en una palabra, la guerra del conmutador, descalifica las armas clásicas, como las máquinas semiautomáticas han descalificado a los obreros profesionales. El técnico tendrá la ventaja sobre el militar, y la muerte atómica acercará al soldado y al civil al herirlos juntos y sin discriminación.

Demasiado rico para ganar las guerras de los pobres, demasiado pobre para imponerse en una guerra de los ricos, el Ejército francés se modernizará en vano, la política y la técnica lo hieren en el corazón. Sigue siendo, a pesar suyo, a despecho de la juventud y la valentía de sus oficiales, una especie de anacronismo. Se pregunta acerca de su razón de ser: los conflictos

coloniales le repugnan, ha declarado que no tienen honor; sin embargo son los únicos en que puede defenderse aún, contra-atacar y, en cierta medida, adaptarse a las tácticas del adversario. Desde la pérdida de Indochina, en una palabra, tiene que elegir entre el cuartel y Argelia. Ya ha elegido; allí ha hallado el civil inhallable, el europeo de Argel, *su* civil; la simbiosis del felá y las poblaciones musulmanas ha tenido por contrapartida la del Ejército francés y la población europea. Político por necesidad —porque esta guerra es al mismo tiempo militar y política— el Ejército acabó; con ayuda de los colonos, por hacerse una doctrina: en esta lucha revolucionaria, era contrarrevolucionario por deber. Luego, como sucede con frecuencia, se empeñó en el asunto y, para combatir al adversario con armas iguales, llama revolucionaria a su contrarrevolución. Poco le importa tomar el poder por sí solo, aceptará reinar a través de otros. Lo que quiere es que le dejen su hueso: *la Argelia francesa*.

Porque se encarniza una vez más en una guerra que adivina sin esperanza, tanto por vengar sus derrotas inmerecidas como por retardar el momento de lo que cree su anulación. No es que desee guerrear indefinidamente. Ha creído en la integración. Concibe un nuevo papel del soldado: el explorador del imperio, que tan pronto se bate y tan pronto ayuda al campesino a entrar la cosecha. Y tan pronto —¿quién sabe?— adoctrinando a los aldeanos para la buena causa. Pero ya preserve allí la paz, o haga la guerra, el Ejército, si hemos de darle crédito, no abandonará nunca Argelia, su última justificación, su *interés de cuerpo*.

Al cabo de cerca de cinco años, el Ejército pesa abrumadoramente sobre el gobierno de la metrópoli, cada día más amenazador. Con los colonos —cuyos intereses son demasiado evidentes y los medios de presión demasiado conocidos para que los recuerde aquí— forma un bloque y sus acciones conjuntas le confieren la omnipotencia. Y sin embargo, los nuevos Señores de la Guerra permanecen sombríos: para un oficial, ningún éxito político tendrá el valor de una victoria militar. Desde 1939 —salvo cuando la división Leclerc subió desde África a París— la victoria no ha llegado una sola vez a la cita. Hay, en el fondo de esos coroneles, ese derrotismo, ese vértigo del fracaso que se encuentra en la base de todos los fascismos.

Ya lo veis: nada más mentiroso que esas historias de sistema,

de Asamblea ingobernable, etc. En realidad, el poder ejecutivo está en Argel; está formado de civiles y de militares, decide de Francia en función de Argelia. Para las cuestiones estrictamente metropolitanas, se nos dejó, hasta el 13 de mayo pasado, una especie de autonomía. En el día de hoy, incluso esa autonomía se nos discute. Y sin duda, el Ejército, casi enteramente absorbido por la guerra —y por otra parte dividido— no puede gran cosa. Pero, aunque sus medios sean restringidos, al menos es la única fuerza coherente y organizada que queda.

Habríamos necesitado una izquierda unida: nada más. Era pedir demasiado. Al separar los partidos políticos por una barrera de odio y de fuego, la misma razón que nos ha precipitado furiosamente en la aventura colonial —los bloques, la guerra fría— nos privaba del medio de salir de ella.

Rusia, los Estados Unidos, las naciones de Bandoeng: por todas partes a la vez —este, sur, oeste— se levanta el viento que, desde hace doce años, sopla tempestuoso sobre Francia. En el momento en que los pueblos colonizados reclamaban su libertad, la guerra fría desmenuzaba la única mayoría que se la podía conceder.

He aquí toda la historia: una situación que se deteriora sin cesar —ya se trate de Indochina o de Argelia— y una mayoría impotente, aterrorizada por los colonos, los comunistas y los militares, que contemporiza sin tregua y pospone de día en día sus decisiones hasta que le sean impuestas por las circunstancias mismas.

Un país humillado, agotado, minado por las disensiones, que se hunde, por desgracia y por enfado, en guerras sin esperanza y se degrada cada día un poco más, vendiendo su soberanía y luego depositando el haz de sus libertades entre las botas de los militares.

Un país paralizado que se ahoga en el ensueño y en el resentimiento. Un país detenido, de economía caduca, que ha tenido que esperar hasta 1949 para renovar su equipo y que lo ha hecho a la ventura, sin cuidarse demasiado de los mercados que absorbían el excedente de su producción. Un país estroficado, transido de desconfianza y de mal humor, que repetía sin cesar y no sin fatuidad: “¡Tengo cita con la Historia!” y que se ha dado cuenta de que la Historia no acudía a ella.

¡La Asamblea? ¡Bah! Está hecha a su imagen. Si queréis cambiarla, cambiad primero el país. Y claro que podemos *cam-biarlo; a todos nosotros*, tomando los males por sus raíces: porque el país somos nosotros.

Comprender que la grandeza de una nación no se mide por la cantidad de sangre que hace derramar, sino por el número de los problemas humanos que resuelve; detener las hostilidades inmediatamente, negociar, reconsiderar con sus representantes la cuestión de los países asociados; reconquistar nuestra soberanía perdida y trabajar por el fin de los bloques, es decir, por la paz; acercar a todos los hombres de izquierda y reconciliarlos de acuerdo con un programa establecido en común; detener la hemorragia de las divisas dando a Francia una economía complementaria de las otras economías europeas, impulsar la gran industria para que acreciente la productividad y luchar por todos los medios para que el acrecentamiento de tanta producción beneficie primero y sobre todo a los trabajadores, romper —mediante el movimiento demográfico que suscitará la reorganización de la economía— los estratos que separan a los grupos y los lanzan a inertes antagonismos; equilibrar las descalificaciones del trabajo que corren el riesgo de producirse mediante la elevación de la productividad, por un sistema de recalificaciones y, por un juego de clasificaciones y reclasificaciones, disminuir, ya que no suprimir, los conflictos de interés que dividen a la clase obrera; desarrollar la cultura científica, literaria, artística y *política* en las clases sociales más desvalidas, etc., crear una enseñanza agrícola, especialmente en el centro y en el sur de Francia, acrecentar la productividad agrícola en esas mismas regiones incitando, en donde el terreno lo permita, a las comunidades agrícolas a hacer la adquisición colectiva de máquinas motorizadas, etcétera. En diez años, la fisonomía de Francia ya no será la misma: el terciario, hoy hipertrofiado, se habrá deshinchado, el primario habrá disminuido un tercio, el secundario será más homogéneo y su nivel de vida más elevado. Si hiciésemos eso *nosotros*, y lo hiciésemos en diez años, quizás podríamos decir, sin exceso de vanidad, que Francia es un gran país.

Pero si esbozo, de pasada, las grandes líneas de un programa, no es para proponerlas en la actualidad. Es para preguntar a los republicanos que van a llevar el domingo su sufragio a de Gau-

lle: ¿Es por eso por lo que vais a votar por él? ¿Vais a pedirle viviendas, tractores, escuelas, la reorganización de la economía, un pacto de alianza con los pueblos de ultramar? Ya sé que la respuesta es no.

¿Por qué, pues, vais a esperar de él lo que no ha prometido jamás? ¿Por qué pretendéis votar por un programa cuando vuestra papeleta se dirige directamente al hombre?

Me responderéis que ese hombre es capaz de realizar en tres años proyectos más numerosos y ambiciosos que la Cuarta hizo en trece años. Os creería si tuviese el indicio de una prueba. Pero vuestro candidato es más famoso por la noble obstinación de sus negativas que por la amplitud de sus realizaciones económicas y sociales.

La verdad es que elegís la acción pura, es decir, el individuo sustraído a todos los controles, por repugnancia del abyecto pantano en que chapoteamos desde la Liberación. Pero ya he tratado de mostrar que las causas eran objetivas y profundas y que los remedios también debían serlo. No se cambiará Francia renovando sin cesar el equipo dirigente. Mientras las infraestructuras sigan siendo lo que son, el sistema seguirá siendo lo que es. Y me digo de repente que esta impotencia que os horroriza la atribuíis muy pronto a la Asamblea, pero que podría muy bien ser la vuestra que proyectáis en otros para libraros de ella.

Estos días he interrogado a mucha gente. Unos votarán por el general de Gaulle, los otros se abstendrán. Yo he querido saber sin duda lo que esperaban de él sus partidarios, pero también los abstencionistas que alimentaban hacia él un prejuicio favorable.

¿La guerra de Argelia, por ejemplo? ¿Qué esperaban? ¿Qué exigían? ¿Había que hacer la paz? La palabra "paz" les desconcertaba: la encontraban brutal. ¿La paz? Era demasiado comprometido.

Decían: "El fin de la guerra." Se tapaban los oídos con las manos y gritaban: "¡Que se acabel! ¡Que se acabel! ¡Que no se vuelva a hablar de ella!"

Yo les advertía que sólo había dos soluciones concebibles: el aplastamiento del F.L.N. (a condición de que fuese posible) o las negociaciones.

La primera solución no les desagradaba, con tal de que fuese rápida.

Yo decía: "Habrá que hacer un gran esfuerzo: los militares necesitarán dinero, armas y hombres."

Inmediatamente decían: "No. No. No. Ni un hombre más, ni una moneda más. Esos pobres muchachos que se marchan; ¡y los precios!; ¡y los impuestos!"

Entonces, les decía, eso puede durar mucho.

Se enfurecían de nuevo: "Si dura ya más de tres años. No. No. Pronto."

Entonces había que negociar. Pero todos respondían en otros términos que los que el general de Gaulle empleó en Rennes: "Independencia, no. No se abandona a un millón de compatriotas, eso no se hace. Integración: imposible; se pagará la guerra, los seguros sociales y las concesiones. ¡Y luego no querrán, los cochinos!"

Dijeron "los cochinos". Sin pensar mal y sin antipatía. Por otro lado me resultó difícil hacerles que precisasen sus sentimientos acerca de los norteafricanos. Decían: "Son perros rabiosos, tiran sobre cualquier cosa, que los reembarque, no tienen nada que hacer aquí." Y, luego, un momento después: "Se comprende que estén. Se comprende que se resistan. Yo tengo una cuñada que vive allí, me ha dicho que eran... ¡de un miserable!..."

Y volviendo sobre los atentados: "Era fatal, la culpa es nuestra. El 13 de mayo se quiso acabar con ellos; ellos dijeron ¡bien!", etcétera.

El conjunto de estas respuestas me ha iluminado: la contradicción no está, actualmente, en Francia, entre los partidarios de la guerra y los de la negociación, entre los enemigos jurados de los árabes y los que tratan de comprenderlos. Está en el corazón de los individuos que quieren todo a la vez.

Me pareció, por otra parte, que habrían deseado —si se hubieran atrevido— que se otorgase la independencia a los argelinos, aunque sólo fuese por el placer de no oír hablar más de ella. Pero justamente: no se atrevían. Tenían miedo. De sus vecinos, de los espías, no sé de qué. Pero sobre todo, de ellos mismos. Habían oído hablar de los judíos, que había liquidación de los imperios, no querían parecerse a esos traidores. Como

decía, el otro día, un muchacho, en el tren: "Yo no tengo nada que ver con Argelia, y además no me agrada la colonización. Pero es nuestro patrimonio. Un patrimonio hay que conservarlo, aun cuando no produzca nada."

De este modo, esas gentes van a votar por *el hombre eficaz*, por el que debe y puede resolver todos nuestros problemas. Pero no saben siquiera qué es lo que querían que hiciese.

Se puede reconocer que esperan la solución más radical. La independencia, por ejemplo. Quedarán un poco escandalizados, pero encantados, en el fondo, si él les obliga: "Ya que es sagrado todo cuanto procede de él, la independencia, cuya sola idea me parecía un sacrilegio, es la solución más justa y más francesa." ¿Es que no se parecen en todo a las gentes del sistema?: todos, o casi todos, los diputados deseaban la paz y votaban la guerra.

Y yo comienzo a preguntarme si esos republicanos degaullistas no son responsables de esta Asamblea caduca que odian.

En las calles se oía a los biaggistas o a los muchachos de Le Pen. Hablaban en voz alta, gritaban: "¡Argelia francesa!" ¿Pero cuántos éramos los que gritábamos: "¡Paz en Argelia!"? Los diputados están fascinados por el número: es una manía de elegidos.

Vosotros que les reprocháis hoy el no haber sabido ni hacer la paz ni ganar la guerra, que no habéis ido a gritar bajo sus ventanas "¡Negociad!": ¿por qué no habéis protestado contra las torturas, contra los juicios sumarios, las expediciones punitivas, las desapariciones, los campos de concentración? Los que votarán por de Gaulle lo harán porque su propia parálisis, su propia pusilanimidad les repugnan y quieren huir de ellas. Y por otra parte, en la Asamblea había hombres que querían la paz y lo proclamaban en alta voz. Si los hubiéramos sostenido, todos nosotros, en lugar de enredarnos en nuestras contradicciones...

Advierto, por otra parte, que los apolíticos votarán por de Gaulle: quizás esos mismos que se abstuvieron en las últimas elecciones. Entre ellos hay indiferentes, muchos de ellos sin pasión, que sólo quieren la tranquilidad. Pero hay otros acerca de los cuales no se puede pensar sin vergüenza.

Con ocasión de un artículo, en el cual yo explicaba por qué iba a votar *no*, una lectora me escribió para decirme que votará

sí, aunque estuviera de acuerdo conmigo acerca del conjunto: "El sí tendrá altos y bajos, pero la vida continuará: el *no es* la aventura."

Y he aquí el crimen, no de la Cuarta sino de nuestra burguesía, desde hace ciento cincuenta años: hay ciudadanos de segunda clase, sin esperanza, y desde hace mucho tiempo se tienen por tales. Tienen tan pocos derechos, tan poca influencia, pesan tan poco en el mundo que los trastornos políticos no les tocan.

Mi corresponsal piensa que no tiene nada que ganar con el derrumbamiento de la República, pero también que no tiene nada que perder. Le quitarán sus libertades cívicas, le disminuirán, quizás, sus derechos sindicales, sólo le dejarán el derecho de callarse. Qué importa: vota por la dictadura. Eso prueba que se callaba ya, que se calló siempre, o que no la escucharon. Nadie. Nunca.

Si en la actualidad millones de hombres son indiferentes al referéndum, si no se cuidan de los poderes respectivos del Presidente y del cuerpo legislativo, la culpa es nuestra, ya que nunca les hemos sabido hacer entender que actuaban sobre los otros hombres por la simple papeleta que depositaban en la urna y que la actividad política del ciudadano es la afirmación más entera de su libertad. De este modo no cuentan, no han contado jamás y se han arreglado como han podido en esta vida que les han hecho. Votarán "sí" el 28 de setiembre: con tal de que cobren en enero de 1959, como en enero de 1958, su escaso salario, pensarán que no les han quitado nada.

Pero incluso su modestia les engaña: se les herirá en su salario; la guerra continuará, los precios subirán. En el día de hoy, su *realidad objetiva* no son más que esos pocos millares de francos; mañana el franco bajará, serán menos aún.

Indiferencia o impotencia, todos esos apolíticos votan por el apoliticismo, como si fuese un programa que quisieran imponer. Diciendo "sí", llevan su actitud al extremo, hasta renunciar a todos sus derechos cívicos. Dimiten el cuidado de la cosa pública entre las manos de un hombre que hará todo por ellos. Helos aquí simplificados: seguirán siendo esposos, hijos, empleados, campeones de billar, pero ya no serán ciudadanos. Se callaban,

les enseñan un bozal; votan porque se lo pongan lo antes posible: la ventaja es que *ya no podrán* hablar.

Si busco los motivos de una conducta tan paradójica, en seguida encuentro un todo: la impotencia objetiva de la colectividad francesa está tan profundamente grabada en cada uno de nosotros como su impotencia personal para modificar el destino de su país.

Conviene recordar aquí la encuesta acerca de la Nueva Ola y las respuestas que han llamado la atención de los lectores del *Express*: "No actúo sobre Nikita, no tengo influencia con Ike, no soy quien da el premio Nobel."

En realidad, nosotros también, cuando teníamos veinte años, habríamos podido responder: "No doy el premio Nobel, no tengo influencia con Stalin." Pero creíamos tener destinos de la escala humana. No actuábamos sobre Stalin, pero entonces no nos imaginábamos que Stalin pudiera actuar sobre nosotros.

Había una cuestión importante: Alemania, cuyo rearme se temía ya, pero aquello no nos asustaba. Nos parecía solamente que *nosotros* teníamos que impedir o ganar la futura guerra franco-alemana. No creíamos que dependíamos del planeta entero.

La política de los bloques y la guerra fría, como el extraordinario desarrollo de los medios de comunicación, hacen que un joven francés sea, en primer lugar, planetario; pertenece a ese "One World" de que hablan los norteamericanos. Pero, precisamente por eso, Francia se disminuye, se descubre su fragilidad y luego, por lo que parece, la Historia se hace en otra parte.

¿Qué sentido tiene tratar de ejercer en Francia sus derechos de ciudadano, qué sentido tiene el votar, si Francia ya no es más que un objeto inerte cuyos movimientos y posición están condicionados por las fuerzas exteriores? La timidez, la gravedad, la aplicación de esos jóvenes, no son más que conciencia de su impotencia social. Se absorben en el trabajo, en las preocupaciones profesionales, en la vida familiar. La técnica también les apasiona: es su única intervención en el mundo. Se burlan de la política: si se fuera ruso, quizás, o chino...

Detrás de esta sabiduría precoz, que no es siquiera resignación, se adivina una especie de angustia. Viven en libertad, pero sin poder, en un mundo apocalíptico, que el *stock* de las bombas americanas alcanzaría a hacer saltar, bajo un cielo surcado de

sputniks. Los periódicos, cada tres meses, profetizan la próxima y última guerra mundial enumerando las consecuencias de ella que todos conocemos.

Ese miedo aparecía claramente en la respuesta de un joven empleado: “¿Feliz? ¿Dónde se es? ¡Ah, en familiar! Pues bien, no tengo de qué quejarme, tengo mi esposa y mis hijas. Es decir, que no tengo derecho a quejarme, ya que hay tantos otros más desgraciados que yo. ¡Ah!, cuando pienso en el porvenir, en todo lo que nos espera, bien, le confieso que no me siento dichoso. Todas las noches, antes de acostarse, mi mujer mira por la ventana, para ver si pasan los sputniks. Cuando ve que no es para esa noche, se tranquiliza y puede dormir.”

Desde Hiroshima, se nos hostiliza, se nos irrita, se nos inquieta sin cesar. Me imagino que hay en cada cerebro una contusión, un cardenal que no es más que el terror en reposo. Muchos podrían repetir hoy esa frase de Hobbes que data de tres siglos: “La única pasión de mi vida ha sido el miedo.”

Miedo e impotencia, miedo por impotencia, impotencia por miedo, todo eso nos lleva en ese referéndum a tomar el partido de la impotencia y el miedo. Sin la pequeña contusión cerebral que han provocado cien traumatismos diversos, el chantaje de los paracaidistas —el argumento básico de la propaganda degaullista, e incluso puedo decir que su único argumento— no habría tenido éxito. Cuando yo tenía treinta años, nos habría dado vergüenza el ceder a esas amenazas de borracho. Entiéndase bien: no éramos más valientes. Sencillamente más frescos. Menos deteriorados. Menos apolillados por el miedo.

A los jóvenes de hoy en día les han creado el miedo al Ejército Rojo, a la bomba atómica, a los platos voladores, a los marcianos, y, para terminar, ahora, a los paracaidistas. No importa, la modestia tiene sus ventajas: los que voten “sí”, el domingo, proclamarán su miedo sin vergüenza, ofreciendo al Gracioso Señor su amor y fe, a cambio de su ayuda y protección. Al mismo tiempo que reconocen su impotencia, entregan sus poderes al absoluto. Es el Gran Eficaz. No nos asombremos de esos “sí” en las paredes, de esos pasmos un poco santurrones: aceptar, por amor al Príncipe, la Constitución que él nos otorga y que nos amordaza, es renunciar de una vez por todas al

control del poder legislativo sobre el ejecutivo y, lo que es más grave, el de la razón sobre la acción.

Esos activistas de la impotencia cuentan con el Príncipe para resolver los problemas que no se quieren siquiera formular, para tomar en lugar de ellos las decisiones que eluden, para superar las contradicciones que los paralizan. Le dan esa carta blanca *porque es él*. La acción del Príncipe, mirada de este modo, se convierte en la única, la inefable y la irracional. Vayamos más lejos: es la incomunicable por ruptura recíproca de las comunicaciones.

El que declara *hoy en día*: "De Gaulle es el único que..." no dice nada razonable; ya no se trata de un informe *comprobado*, como los que, en cierto modo, hacen mensurable la popularidad, sino de una cualidad única e incomparable que separa a de Gaulle de nuestro mundo. Asqueados de la ineficacia, nuestros republicanos apolíticos dicen "sí" a lo irracional, a lo sagrado y al mismo tiempo "no" a la igualdad.

Si existe un hombre, en la especie humana, que tenga luces que sólo él puede tener, si esas luces le dan el derecho de actuar, aunque sea como un buen padre, sobre nuestros destinos, si sus actos son siempre valederos y buenos, por el solo hecho de expresar su esencia, entonces la especie humana se desintegra en cadena: no queda un hombre; sólo un superhombre y animales.

De Gaulle es el protector del hombre planetario —quiero decir del francés—, representa para él la encarnación viva de nuestras fronteras, le rodea y le protege, le oculta el mundo, le mece con esas palabras tan tranquilizadoras: "Francia, sólo Francia..." Pero, al mismo tiempo, el elector y el Gran Elegido, unirán sus esfuerzos para romper en mil pedazos nuestro humanismo. Arbitrario, eficaz, puro; violencia, cualidad inefable, conocimientos intuitivos que únicamente son dote de uno solo, reconozco ahí los rasgos de lo que un sociólogo alemán, Weber, llamaba poder carismático —expresión que debió su fama, entre 1933 y 1945, a los acontecimientos—.

¿Hay que volver a eso? Votar por la gracia es disminuirse, es reconocer al otro no sólo una superioridad de talento, de medios o de virtudes, lo que sería perfectamente admisible, sino una *superioridad de especie*. Si existe, en medio de los hombres,

una especie superior al hombre, entonces es la especie humana, y los que no pertenecen a ella son perros.

¿Es necesario, oh republicanos degaullistas, rebajaros al nivel de los animales? Podría pasar si eso fuese producto del entusiasmo. Pero nuestro indiferente planetario quiere la paz en casa. Cree en el chantaje de los paracaidistas, teme que le rompan los cristales o que arrojen granadas en su calle. Es quien dice, a la vez: "De Gaulle es el único que puede..." y "De Gaulle es el mal menor." Este triste servilismo me consterna. Finalmente, el que primero cuenta es Massu: no lo quieren. El pseudo-sí es, en realidad, un simple "no" al general paracaidista. Pero ahí, como en todo chantaje bien organizado, de Gaulle aparece contra Massu y lo sagrado aparece con él, a título de medio solamente. En cuanto al republicano degaullista, político de un día y contra la política, volverá, el 29 de setiembre, a su fiel silencio, a su temblorosa libertad, a los prudentes desórdenes de su vida privada.

Se equivoca. Lo que comunica ese voto de confianza a de Gaulle no es un poder, es una impotencia. Un caudillo político tiene fuerza cuando está sostenido por iguales que confían en él, *de acuerdo con un programa* y que le apremian para que lo realice. Pero el elegido de la impotencia, que se acepta como tal, tiene que rechazar la elección o hacerse impotente. Quiere ser el elegido de todos: entre los que le otorgan sus sufragios, habrá quienes tengan la intención declarada de hacerle tapar su fascismo, y otros, los degaullistas de izquierda, que le piden que adopte una política ya que no de derecho, al menos liberal y social.

¿Quién vencerá? Voy a decirlo. Pero si se admite un instante que son los fascistas, y si se supone —lo que considero probable— que de Gaulle reprueba esa forma brutal y vulgar de autoritarismo, ¿se puede esperar que encuentre apoyo entre sus electores neutralistas, entre los "sí" del mal menor? Ni un instante: esas gentes se han jurado por adelantado encontrar bueno todo cuanto emprenda. Y luego se han vuelto a dormir. ¿Fascismo? ¿Anti-fascismo? No tienen opinión, ni nadie les ha pedido que la tengan. Responderán blandamente: "¡Oh! El fascismo *con de Gaulle* es el mal menor." Y se irá muy lejos en esa dirección: cualesquiera que sea la matanza o la San Bartolomé organizadas

por sus *comandos*, siempre se podrá afirmar que las cosas hubieran sido peor si de Gaulle se hubiera retirado.

La Cuarta está muerta porque los franceses no se han cuidado de unirse, de realizar manifestaciones masivas, de arrancar promesas a sus elegidos y ayudarlos a mantenerlas. Al no ser votado conforme a un programa de acción que sus electores le habrían obligado a observar rigurosamente, de Gaulle, si es elegido, se quedará en el aire. Ese gran cuerpo flotará en el vacío, por encima de nosotros, pero sin pedestal. Y luego, como sus partidarios descargan en él sus contradicciones, es él quien las hereda.

En lo relativo a la guerra de Argelia, es evidente, ahora, que vacila y contempORIZA, ni más ni menos que la mayoría de los franceses. Los hombres del sistema han sido maliciosos: vieron que, pronto o tarde, habría que tomar una decisión radical: pacificación hasta el extremo o negociación. Entonces han procedido como hicieron después de Dien-Bien-Phu: han dado sus llaves y sus poderes a un hombre de acción, le han deseado buena suerte, y se han ido de puntillas. ¡El sistema está muerto, viva el sistema! Porque ahora el sistema es de Gaulle. Sólo él.

¿Cómo podía ser de otra manera? No le gusta nada ser el hombre de la guerra hasta el último extremo, pero quizás menos aún el que le llamen liquidador. Si resulta elegido, será, como la Asamblea, el representante del pueblo francés. Pero, al mismo tiempo, su fuerza real se la da el Ejército. Sin el chantaje de los paracaidistas, estaría aún en Colombey. Esta unanimidad muda —suponiendo que se haga con su nombre— es un enigma por sí sola.

En realidad, el gobierno de Gaulle ofrece todos los caracteres que definían el sistema, a nuestro parecer. Lo deja para mañana, es decir, hasta el 28. El 29, si resulta elegido, esperará las elecciones de la nueva Asamblea, y luego su propia elección. Y esta contempORIZACIÓN revela precisamente su impotencia: elude, se escapa, pero la guerra de Argel le sigue hasta París. En muchas ciudades de la metrópoli *se interroga* a los norteafricanos.

Estoy profundamente convencido de que al general de Gaulle le horroriza la tortura, que juzga que deshonra al Ejército y que, en Argelia, ha recordado a ciertos oficiales que los telé-

fonos de campaña están hechos para telefonar. ¿Qué hace, sin embargo? Se calla. Luego encubre. Como Gaillard.

Por otra parte vivimos, como anteaer, en plena irrealidad: la impotencia y la abstracción conducen una vez más al verbalismo. El antiguo sistema buscaba la palabra que escamotea, pretendiendo definir. El New-Look del sistema busca el equívoco, la frase de doble sentido, la que parece de doble sentido y no tiene ninguno, o la serie de frases cada una de las cuales parece inteligible en particular, pero cuya suma es igual a cero.

O bien se hace el golpe de efecto de la palabra no pronunciada. Está en todas las gargantas, cuando se escucha al general, se la espera, se la aguarda, se la teme; cada frase está tan bien construida que parece su viuda; se le ha debido escapar. Finalmente, brilla en los ojos, vibra en los cráneos, la voz se apaga, los unos dicen "m...", los otros "alabado sea Dios". El general se va, la prensa del día siguiente subrayará que no ha pronunciado la palabra integración. ¿Y qué más? No hay ministerio giratorio, sin duda; sin embargo, no se puede saber nada con el Jano bifronte. Pero hay compromisos en todas partes y en cada momento: Soustelle y Mollet como ministros, exactamente como el futuro presidente del Consejo, constituían su equipo para complacer a todos, con los refinamientos de una dueña de casa.

Pues bien, se dirá, ¡el sistema ha ganado! Qué importa que de Gaulle sea una República recortada; tiene un gran porte, no será peor que nuestros diputados; votemos por él. Precisamente no.

En primer lugar, ahora *ya no queremos* el sistema, ya sea condensado o desplegado. Había que defenderlo contra los golpes de Estado, porque se apoyaba en instituciones reales y libremente aceptadas. Pero el golpe de Estado se ha hecho en el interior del sistema, por los buenos oficios de Pflimlin, Mollet, Pinay, Coty. Perfecto: nunca se vuelve atrás. Lo que necesitamos ahora son otros hombres, otros grupos, otra mayoría, un programa. Y luego, sobre todo, hay que recordar que la cuarta República ha muerto de impotencia.

Y esta impotencia procedía de que un general de visita cayó sobre el poder ejecutivo y se lo llevó a Argel. El sistema no era más que apariencia. Desde hacía tres años, la realidad eran los coroneles y los colonos. Al menos, Mollet, igual que Gaillard, no

fue al poder por la fuerza y bajo la amenaza de un *putsch* militar. El sistema New-Look ha nacido de un motín argelino y de un chantaje a los paracaidistas. Moch ha revelado recientemente que una buena parte del Ejército metropolitano había tomado abiertamente partido por de Gaulle. Por lo tanto, nos ha sido impuesto por el Ejército.

No lo repito como recriminación: se juzgan las cosas conforme al modo que salen. Pero, precisamente, han salido muy mal. Desde el mes de junio, el general de Gaulle ha ido de concesión en concesión. En la actualidad, el gobierno francés se halla enteramente en manos del Ejército; hace unos días apenas, el presidente del Consejo dijo esta frase significativa: "No hay que ocultar que la guerra de Argelia durará mucho tiempo."

¿Eso vale más que invocar el "último cuarto de hora"? De acuerdo, pero eso nos enseña también que de Gaulle ha elegido la guerra hasta el final. No la ha elegido sin duda deliberadamente, sino porque no podía hacer otra cosa. Se dirá, quizás, que es una razón de más para votar "sí": "Tendrá el apoyo de las masas francesas." Pero precisamente ese apoyo mudo o casi mudo, esas bocas que se abren para dejar pasar una sola palabra tan ambigua como las frases del mismo general de Gaulle, todo eso no sirve de nada. La ambigüedad se vuelve contra quien la ha creado.

Este dice "sí" porque quiere decir "no" (¿No a los coroneles?) Aquél dice ese otro "sí" por este otro "no" (No a de Gaulle y al sistema; hasta pronto, Soustelle). ¿Quién dice "sí" por "sí"? ¿Y qué quiere decir eso? Por falta de información, ese montón de papeletas no es utilizable; disimula demasiados odios, revela ya la contienda. Los únicos que pueden aprovechar el "sí" en caso de que sea masivo, son los fascistas. Éstos no se preguntan acerca del sentido del voto, sino pensarán sencillamente que la victoria les da un poco más de tiempo, ya para hundir a de Gaulle hasta el cuello en la guerra, ya para establecer los organismos y los dispositivos que les permitan un día derribarlo.

Republicanos degaullistas, votáis contra el sistema y elegís el sistema resucitado. Votáis por de Gaulle contra Massu... y dais tiempo a los coroneles de organizar un *putsch* contra vuestro elegido.

No lo olvidéis; toda la ambigüedad viene de ahí: de Gaulle no es fascista, es un monarca constitucional; pero nadie puede ya votar por de Gaulle hoy en día: vuestro "sí" sólo se puede dirigir al fascismo. Comprendamos, en fin, que no se saca a un país de su impotencia confiando la omnipotencia a un solo hombre. La única forma de evitar a la vez esas monarquías dulzarroñas que giran en el vacío y el golpe de mano de los *comandos* de Argel, es que salgamos *nosotros* mismos de nuestra impotencia, que *concebamos* un programa, una alianza de los partidos, una táctica defensiva y ofensiva contra todos los que pudieran atacar a los franceses. "Sí" es el sueño; "no", el despertar. Es hora de saber si queremos levantarnos o acostarnos.

L'Express, nº 380, 25 de setiembre de 1958.

EL ANALISIS DEL REFERÉNDUM

“L'EXPRESS”. — En su último discurso, el general de Gaulle ha anunciado que si había una mayoría de “no” en el referéndum, o incluso una mayoría de “sí” insuficiente a sus ojos, se retiraría. Es una amenaza a la cual la opinión es evidentemente sensible. ¿Qué dice usted de ella?

JEAN-PAUL SARTRE. — En ese chantaje hay algo muy asombroso, ya que sólo expresa lo que sería, en un régimen democrático normal, una simple evidencia. No hay que decir que si el porcentaje de las abstenciones y de los “no” añadiese a una política ya difícil de aplicar la dificultad suplementaria de no ser muy popular, el jefe de un gobierno democrático podría verse obligado a retirarse. Lo que no haría en caso alguno es anunciarlo de antemano y hacer de ello una amenaza, como si fuera una conducta extraordinaria. De Gaulle quiere hacer valer el aspecto carismático, el aspecto sagrado de su personalidad.

Aquí hallamos de nuevo el mismo género de amenaza que cuando ha hablado de autodeterminación, anunciando al mismo tiempo que Argelia quedaría dividida en dos si sus habitantes elegían la independencia. Se trataba de ofrecer una elección libre suprimiendo la libertad, desde el comienzo, mediante presiones exteriores.

Lo mismo ocurre con el referéndum, ya que la pregunta hecha no tiene ningún sentido. Anteponer la autodeterminación y hacer votar acerca de la instalación de instituciones provisionales en Argelia, equivale a preguntarnos: “¿Estáis en pro o en contra de una cosa?” Es una pura mixtificación, pues es evidente

que las instituciones que de Gaulle quiere instalar en Argelia, sólo pueden servir para prefabricar la autodeterminación.

—*¿Pero se puede pedir a un jefe de Estado, secretamente decidido a negociar, que muestre sus naipes antes de la negociación? ¿No es normal que acumule el mayor número de triunfos posible antes de llegar a la etapa final? Todos los ministros afirman actualmente: "La independencia de Argelia, todo el mundo sabe que está obtenida, y de Gaulle mejor que nadie. Las consideraciones tácticas son las que le imponen este procedimiento".*

—Eso es haber perdido el sentido de lo que es una consulta electoral. El hombre político, por naturaleza, se ve llevado a acciones ambiguas. Tiene que contar con una derecha y con una izquierda. Está en el centro y trata de contentar a la una y a la otra. Cuando se trata de una dictadura, aun anárquica como la nuestra, se hacen concesiones por turno, es decir, que tan pronto se da a uno como al otro, lo cual tiene el efecto de desagradar a todos.

Pero un elector no es un hombre político. Votar no es hacer política, es aprobar o rechazar una cierta política en lo que precisamente tiene de no ambiguo. No se debe decir a un elector: "Va a votar por un hombre que tropieza con tales y cuales resistencias, que tiene que temporizar con tales y cuales grupos, pero que va a ser impulsado a hacer otra cosa que la que se le pide que apruebe". Hay que presentarle una elección clara.

Se nos dice hoy: "Si votáis por las instituciones provinciales, votaréis por la negociación y la autodeterminación". ¿Qué quiere decir eso? O bien se vota por las instituciones y, entonces, la autodeterminación será prefabricada. O bien se vota para dar a de Gaulle la autoridad necesaria para negociar. En ese caso, la pregunta está mal hecha. Habría que preguntar: "¿Queréis una paz negociada?" Decir "sí" a las instituciones no es reforzar absolutamente la posición de de Gaulle, frente a la derecha y el Ejército. Éstos dirán: "Los franceses han votado por las instituciones, sin duda, pero no para que negociéis." Aquí es donde el maquiavelismo se vuelve contra el Maquiavelo. Aun cuando de Gaulle obtenga el 90% de los votos, serán votos cuyo man-

dato se podrá interpretar como se quiera, ya que se habrá dado una sola respuesta a dos preguntas contradictorias.

—*En efecto, se trata de dar a de Gaulle la posibilidad de proseguir su política dejándole la elección de los medios para ello.*

—¿Cuál es esa política? Consiste en establecer en Argelia instituciones provisionales, confiando ciertos poderes a individuos seleccionados en las dos comunidades. Esas instituciones —los acontecimientos de Argel y de Orán acaban de mostrárnoslo— no tendrán ninguna autoridad sobre la población. Los hombres que acepten el figurar en ellas serán considerados por la mayoría musulmana, y probablemente también por los europeos, como Quislings. Por lo tanto, su autoridad sólo podrá apoyarse sobre la fuerza. Por eso, los harkis no bastarán. Será necesario el Ejército francés.

En suma, votar por las instituciones es dar al Ejército francés la posibilidad de permanecer en Argelia, ya no para “pacificar”, como hacía hasta aquí, sino para preservar una paz supuestamente lograda. En el fondo, no se habrá cambiado nada. El trabajo, sin embargo, será un poco distinto. En vez de tirar sobre hombres que luchan por su independencia pero que son, después de todo, combatientes, en lugar de hacer labores de policía que los degradan moralmente, pero que pueden pasar por la persecución de los terroristas, el Ejército tendrá que disparar, esta vez, sobre masas desarmadas. Es lo que ha tenido lugar durante las últimas manifestaciones.

Se ha hablado mucho de la treintena de muertos cuya autopsia ha probado que perecieron a manos de los civiles. Pero, como las cifras oficiales están falseadas y los mismos europeos hablan de 500 muertos en lugar de 150, hay que sacar la conclusión de que los que mataron a la mayoría fueron los paracaidistas. Tendremos, pues, un ejército que, con el pretexto de que la paz existe ya, o de que se está a la vista de ella, estará obligado continuamente a tirar sobre manifestantes desarmados.

Se puede, pues, preguntarse si el referéndum no venía, en realidad, a justificar el mantenimiento del Ejército en Argelia y a agravar el carácter de su acción. Quizás de Gaulle no se da cuenta de ello. Sin embargo, es seguro que el Ejército hace una gran diferencia entre el referéndum y las negociaciones. No habría tenido, después del anuncio de las negociaciones, la

actitud finalmente consentidora que ha tenido respecto al referéndum. Su interés era permanecer en Argelia, lo cual quiere decir que considera al referéndum como una operación nula. En el peor de los casos, como el F.L.N. se niega a entrar en el juego del general de Gaulle, la guerra continuará como antes. En el mejor de los casos, el Ejército se quedará donde está dispuesto a tirar, si se da el caso, sobre las masas.

He aquí las perspectivas que nos abre el texto cuya aprobación se nos pide. El elector debe, pues, preguntarse simplemente: "¿Yo quiero esto o no?"

—Ha dicho que la pregunta hecha era una mixtificación. Muchas gentes piensan, en esas condiciones, que la abstención, o el voto en blanco, son los mejores medios de manifestar su negativa a entrar en el juego gubernamental y a participar en un juego falseado desde el comienzo.

—Por una vez doy la razón al gobierno, frente a los abstencionistas. La abstención es un signo nulo: uno se abstiene tanto porque tiene una pierna rota, como porque no quiere al gobierno, o se desinteresa del asunto en total. La papeleta en blanco es también un signo ambiguo. En realidad, las gentes que se desplazan para depositar una papeleta en blanco en la urna, están en "contra" de lo que se les pide que aprueben. Entonces que lo manifiesten claramente votando ¡"no"!

De Gaulle ha comprendido muy bien que la abstención podía expresar tanto la incertidumbre, como la indiferencia o el "no". Por esa razón, en su discurso, pide a los electores que no se abstengan, para que no corran el riesgo de que los confundan con los que se abstienen para decir "no". El argumento se puede invertir: todos los que piensan abstenerse para manifestar su desacuerdo con la política de de Gaulle, deben votar "no" para que ese desacuerdo se manifieste realmente.

El mejor modo de rechazar el juego falseado, en el cual se nos quiere hacer tomar parte, no es decir "no juego" —porque si nosotros no jugamos, los otros jugarán por nosotros—, sino decir "no", "no" a este hombre, "no" al maquiavelismo, "no" al plan que se nos propone.

La preocupación de no "mezclar los votos con los de los ultraderechistas" me parece totalmente antidemocrática. El mismo juego de la democracia exige que los gobiernos sean derribados

en las Asambleas por la adición de los votos de las dos oposiciones. Esta coalición ha existido siempre. ¿Por qué vamos a rechazarla hoy?

Iré más lejos: el "no" de los ultraderechistas es un "no" valedero. Es verdadero porque significa: "La política de de Gaulle no vale nada. No vale nada porque hay que elegir entre la liquidación o la guerra a muerte". Nosotros no decimos otra cosa, excepto que nosotros elegimos lo que ellos llaman la "liquidación", y que no lo es, porque ellos son los que liquidan a Francia, arruinando a la vez su crédito interior y su posición internacional. Pero siempre hay algo cierto en la coalición de dos oposiciones: significa que el Gobierno aplica una política ambigua e hipócrita que no satisface a nadie. Es el caso de hoy.

Por otra parte, sabemos muy bien que si los "no" fuesen masivos, sería la izquierda la que los habría proporcionado, no los ultraderechistas, porque los grupos de izquierda han pedido abiertamente el "no" a sus adherentes, y la extrema derecha es numéricamente muy débil en Francia. Entonces, ¿se imagina una Asamblea donde los comunistas se nieguen a derribar un gobierno porque la extrema derecha se dispone a votar como ellos? No es siquiera concebible. Sin embargo, es la situación actual.

Si de Gaulle se va por un porcentaje demasiado grande de abstenciones, dejará una situación política sin claridad. Si se va por una mayoría de los "no", la situación será perfectamente clara: se irá porque Francia no querrá su política. Por esta razón, la única respuesta posible, a mi entender, es el "no". Uno no puede evadirse diciendo: "No estoy metido en el asunto". Se está. Y desde el momento en que la trampa está tendida, la única forma de no caer en ella es decir "no".

—Los adversarios del "no" acusan a la izquierda de empeorar la política aceptando el riesgo de un caos del cual los ultraderechistas serían probablemente los beneficiarios inmediatos.

—Hay que mirar las cosas como son: hace dos años que soñamos. Es un sueño que comenzó rosa para algunos, pero que poco a poco se fue transformando en pesadilla a medida que descubren que sólo una prueba de fuerza podrá arreglar la cuestión de la guerra de Argelia, y la del destino político de

Francia. Esta prueba de fuerza ha sido diferida durante dos años por el supuesto arbitraje de de Gaulle. Pero se realizará.

La desgracia es que el arbitraje no se ha hecho en favor de la izquierda, sino en favor de la derecha. ¿Por qué? Porque la acción de los ultraderechistas es esencialmente clandestina —formación de grupos de combate, constitución de depósitos de armas, núcleo de las administraciones, etc.— y cuyo desarrollo ha sido permitido por la neutralidad benévola de la policía.

Por el contrario, el arma de la izquierda es la acción de las masas que hacen las huelgas, que se manifiestan, que pasean por la calle. Los partidos de derecha no han sabido, o no han querido desencadenar esta acción —sin duda muy improbable hace dos años, pero quizás menos hoy en día— mientras que las redes ultraderechistas no cesan de recibir refuerzos y de consolidarse.

No hay que creer que dos o tres años más de régimen degaullista mejorarían las cosas: no harían más que retrasar la crisis y hacerla más peligrosa para la izquierda. Si de Gaulle se mantiene en el poder, le quedarán abiertas dos políticas: o la dilación indefinida —lo que ha hecho hasta aquí—, o el paso a la negociación. Ésta marcaría la ruptura, es decir, desencadenaría la prueba de fuerza retrasada desde hace tanto tiempo. El Ejército puede tolerar el referéndum y las instituciones provisionales porque, en cierta forma, encuentra en ello su provecho. Pero no aceptaría las negociaciones.

El tiempo no refuerza nuestras probabilidades de ganar esta prueba de fuerza. En primer lugar, hay esa especie de poder carismático de de Gaulle, ese personaje casi sagrado que se ha compuesto, esa distinción de cualidad que establece entre, por una parte, un cierto tipo de humanidad representada en un siglo, e incluso en la Historia por algunos individuos únicamente, y, por otra parte, la masa. Todo eso contribuye a adormecer a las masas manteniendo el sueño de un de Gaulle "protector", y nada dice que si fuese derribado, en dos o tres años, por un golpe de Estado militar, tendríamos entonces la posibilidad de oponernos a él inmediatamente.

Vea lo que pasó hace dos meses: cuando la izquierda inició un movimiento —que parecía deber extenderse— en favor de la negociación, de Gaulle sembró la confusión en sus filas, lanzando fórmulas nuevas y anunciando el referéndum. Éste no nos ha

hecho adelantar un paso hacia la solución del problema, pero sume de nuevo a la gente en la incertidumbre y crea, en el seno de la izquierda, una división entre los "sí" y los "no". El peligro que nos amenaza no es que se vaya de Gaulle, sino que se quede.

Una prueba de fuerza no quiere decir, necesariamente, que corra la sangre. Sólo quiere decir que en un momento dado las gentes se cuenten y vean lo que pueden hacer. El Ejército está dividido. Los acontecimientos de Argel y de Orán han conmovido sin duda a un cierto número de oficiales, de capitanes, de comandantes, que hasta entonces habían mantenido la convicción de que se batían contra una banda de rebeldes. Cuando han visto en las calles la masa musulmana se han dicho: "Todo está por empezar". Eso no les divierte mucho. También se dan cuenta de que ya no es la misma guerra, que se ha perdido algo, que ya no se trata de limpiar a fondo, mediante operaciones militares, un país perturbado pero cuya población les era favorable.

—Muchos atribuyen a de Gaulle el mérito de esta nueva conciencia del Ejército. Continúan pensando que es el único capaz de romper, poco a poco, las resistencias del Ejército evitando la prueba de fuerza que anuncia.

—¿Quién ha abierto los ojos a los militares, de Gaulle o los quinientos muertos de Argel? No son los oficiales S.A.S., como algunos han dicho, quienes han invitado a los musulmanes a bajar a las calles de la Casbah. Han bajado solos. Lo que se produjo allí, no lo esperaba nadie. De Gaulle pensaba que en las grandes ciudades habría un cierto número de exaltados europeos y que él podría, tranquilamente, lograr que hicieran su juego. Pero no fue así lo que ocurrió.

La prueba de que él fue el primer sorprendido, es que no ha hecho jamás alusión al acontecimiento, ni ha sacado lección de él. Sin embargo, era fácil decir a los franceses: "Veis que los argelinos tienen necesidad de expresarse. Antes que dejar que bajen a la calle, démosles la oportunidad de elegir su destino ellos mismos". No lo ha hecho. ¿Por qué? Porque eso le molesta. Porque las manifestaciones de Argelia prueban que no hay una tercera fuerza y que todo su sistema tendrá, de aquí en adelante, que apoyarse en el Ejército.

No es, pues, la política de de Gaulle la que fastidia al

Ejército. Es la realidad. De Gaulle se contenta con administrar, de vez en cuando, un poco de cloroformo. Eso les hace bien a los exaltados del Ejército porque les permite, aceptando compromisos, permanecer en Argelia. Pero no les muestra la verdad. La verdad aparece, y continuará apareciendo, a pesar de de Gaulle.

Si la prueba de fuerza me parece inevitable, es porque no tenemos que habérmoslas con niños ni con locos. Se habla de "exaltados", de la "jauría"... No es nada de eso. Se trata de gentes que tienen intereses precisos que defender. El interés del Ejército es Argelia. Sin ella, ¿qué sería de él? Un ejército de 1939, que volvería a sus cuarteles para esperar que los matasen allí, con el mismo título que la población civil el día en que se desencadenase una guerra atómica.

¿Qué otra cosa querría que hiciesen? Sólo son militares en Argelia. En Francia son civiles como nosotros, excepto que tienen el derecho de llevar una ametralladora, aproximadamente como los nobles tenían el derecho de llevar una espada. No pesan en las decisiones internacionales. Las tres bombas que hemos hecho estallar no cambian nada. Tampoco afectan a la modernización del ejército, ya que supondría el retiro de un cierto número de cuadros que saben muy bien hacer dar la media vuelta a los infantes, pero que serían incapaces de librar una guerra técnica. De todas maneras, por consecuencia, el abandono de Argelia sería la muerte de nuestro Ejército.

—A menos que no venga a tomar el poder en Francia, precisamente para impedir esa evolución.

—¡Completamente de acuerdo! En el momento en que comprenda que ya no tiene nada que hacer en Argelia, es posible —no digo probable— que el Ejército trate de apoderarse del poder en la metrópoli. El problema es saber cuáles son los elementos que podrán resistirlo. ¿El Gobierno que ha cedido a él constantemente? ¡No, evidentemente! ¿La U.N.R.? ¡Pero la U.N.R. no es nada! Es un grupo de gentes que dicen "sí". La única fuerza que se les puede resistir son las masas. No hay otra.

No es cierto que ese golpe de Estado militar tenga lugar porque el Ejército tiende a dividirse, no entre degaullistas y antidegaullistas, sino entre gentes que se obstinan en ver la guerra de Argelia como una guerra de movimientos militares, y

los que la ven cada vez más como lo que es, a saber, la opresión sistemática de una población entera. No son muy buenas condiciones para intentar un golpe de Estado.

Y luego están los oficiales reservistas, que son gentes como usted y como yo, y los soldados del contingente que, hace un tiempo, han cambiado un poco. Han cambiado gracias a de Gaulle, no porque quisiera acabar la guerra, sino porque la continuaba. Han visto llegar el quinto y luego el sexto año de la guerra.

Hay una historia de esta juventud: al principio la hemos abandonado. Hace cinco años los llamados a filas no querían partir. Se sublevaron, como en el cuartel de Ruan, y los obreros les ayudaron. Pero llegaron las órdenes y todo terminó. Partieron con la impresión de que se les había traicionado, de que todo el mundo, de la extrema izquierda a la derecha, estaba de acuerdo para hacer la guerra. Como realmente se necesita mucho valor para batirse contra un ejército que puede llamarle a uno "traidor" y hacerle fusilar, han aflojado.

Nos han odiado. He visto muchos, estos años, que habían asistido —quizás participando por la fuerza— en cosas nada lindas, pero que se negaban a contar, diciendo: "Después de todo, ¿de qué se quejan? Ustedes lo han consentido". Era casi como el rencor de un niño contra un padre.

Pero los más jóvenes, que se han visto preparados para esta guerra desde los catorce años, que han visto volver a sus hermanos mayores y que han obtenido de ellos narraciones más completas que sus padres, éstos tienen una mentalidad diferente. Una vez más, no es porque la guerra esté a punto de terminar. Es porque continúa. Han adquirido la conciencia de sí mismos frente a de Gaulle.

Si de Gaulle se fuera mañana, ¿qué pasaría? La izquierda, es evidente, no está organizada. Pero —ésa es su historia— nunca lo ha estado. Está siempre sorprendida. Se ha dicho siempre: si las gentes de izquierda no se entienden cuando están ante los muros de la cárcel, se entienden cuando están detrás. Si hay un golpe de fuerza, la izquierda quedará totalmente sorprendida y, durante los primeros tiempos, aflojará. Pero eso no durará mucho. En primer lugar porque el chantaje ejercido por de Gaulle no podrá ser repetido por ningún otro. ¿Se imagina que Morice,

Soustelle, Bidault, el general Salan o incluso el general Massu, podrían convertirse en personajes populares? Eso carece de sentido. No serían siquiera apoyados por las fuerzas capitalistas, a las cuales Argelia les interesa poco, y que desean ver levantarse la hipoteca de la guerra. Y luego la derecha tampoco está dispuesta. Tiene demasiadas divisiones internas que superar.

Todos los fascismos han sido populares en sus comienzos, porque traían —aunque fuese ilusoriamente— alguna cosa a las gentes. En Alemania había que borrar la derrota, que combatir el desempleo. Pero no se va a movilizar al pueblo francés diciéndole: “Nuestra derrota en Argelia es intolerable. ¡Acabémosla! ¡Demos muerte a todos los argelinos! ¡Vamos a duplicar los impuestos y a continuar la guerra!” ¡Es inconcebible! En un fascismo, la complicidad de las masas es muy importante. Complicidad de corta duración, pero que permite establecer, por intermedio de partidos fascistas como los SA alemanes, un enlace permanente entre la base y el dictador. Hay activistas, agitadores que aterrorizan la masa, pero que pueden, al mismo tiempo, hacer llegar a la cumbre informaciones preciosas: “Cuidado, no hay que apretar demasiado en ese sentido, es mejor hacerlo en ese otro...”

En Francia no hay partido fascista capaz de desempeñar ese papel. No son los niños del 16^º los que lo harán. Para eso se necesitan gentes salidas del pueblo, obreros sin trabajo como los de Berlín, que se ponían del lado de los nazis porque daban mejores sopas populares que los comunistas. Cuando yo estaba allí, en 1934, había muchos obreros que se hacían nazis pero que conservaban, sin darse cuenta de ello, el vocabulario marxista y que me daban una interpretación marxista de la supremacía de Hitler. En Francia no existe nada de eso.

Por otra parte, un fascismo o seudofascismo francés constituiría un peligro internacional de tal categoría, que no tendría ninguna probabilidad de durar. Lo primero que pensarían los norteamericanos, sería que el inevitable contragolpe popular, traería consigo el Frente Popular y la victoria de los comunistas. Tratarían de librarse del gobierno fascista lo más pronto posible, antes de que lo derribase una oleada de fondo popular. Hay que desear incluso que no nos escamoteen las oportunidades de una verdadera democracia.

De todos modos, la prueba de fuerza es necesaria porque está escrita en la situación de hecho. Los hombres resuelven las situaciones de hecho con los hechos y no con los recursos al prestigio. Si se quiere, hay que temer lo que ocurriría si se fuera de Gaulle, pero con esperanza. Y hay que temer un poco más de miedo si se queda, sobre todo con una mayoría de "sí" que no le obliga a nada, y que no aumenta siquiera su autoridad sobre las gentes que la discuten.

Votar "sí", es no querer despertarse, es conservar el sueño. Votar "no", es un despertar. Quiere decir: Estamos cansados de ser mixtificados durante dos años por ese monigote.

L'Express, nº 499, 4 de enero de 1961.

LOS SONÁMBULOS

Ayer por la noche, la gente se agolpaba en torno de los vendedores de diarios; el frío los dispersaba pronto, tenían tiempo de echar una ojeada a las titulares, eso les bastaba. Un hombre decía en alta voz: "Lo de Argelia ha terminado. ¿A qué le toca ahora el turno? Francia, señor, se bate desde hace ciento cincuenta años". Lo escuchaban sin responderle, pero sin hostilidad: había en todas las cabezas pensamientos brillantes y confusos. Y luego, sobre todo, había dicho: "Ha terminado". Sólo quería recordarse eso: se ha terminado; con Argelia, se ha terminado. En los restaurantes de barrio, la radio, saliendo de su mutismo ordinario, atronaba: se la oía sin escucharla. Las gentes entraban, se excusaban de su retraso, se estrechaban las manos; se les decía: "La cesación del fuego ha sido acordada". Se sentaban diciendo: "Sí, sí, ya lo sé". Y se hablaba de otra cosa. En todo París, las paredes tenían oídos. Oídos O.A.S. Y luego no se quería fastidiar a nadie. ¿Después de siete años de discreción, se sabe lo que piensan los vecinos? Yo oí a dos que reían de rabia en un lugar público. Los otros, a despecho de su indiferencia afectada, de su silencio, se permitían a veces una vaga sonrisa de alivio. De alivio, nada más: he aquí lo que llamaba la atención, ayer, en las calles de París.

Hay que decir que la alegría no es corriente: desde hace siete años, Francia es un perro enloquecido que corre con la lata al rabo, y que cada día se asusta un poco más de su propio ruido. Nadie ignora en el día de hoy que hemos arruinado, hambreado, matado a un pueblo de pobres para que caiga de rodillas. Ha permanecido en pie. ¡Pero a qué precio! En el

momento en que las delegaciones terminaban el asunto, quedaban dos millones cuatrocientos mil argelinos en los campos de la muerte lenta; hemos matado más de un millón. La tierra está abandonada, los adueros se hallan destruidos por los bombardeos, la aparcería, la pobre riqueza de los campesinos, ha desaparecido. Después de siete años, Argelia tendrá que comenzar desde el principio: primero lograr la paz, luego aferrarse mediante el esfuerzo más duro a esta miseria provocada que será nuestro regalo de ruptura. No ignoramos nada, sabemos lo que hemos hecho: en 1945, los parisienses lloraban de alegría porque los libraban de sus sufrimientos; en el día de hoy tienen ese alivio taciturno porque se les libra de sus crímenes. De sus crímenes, no —los que nosotros hemos cometido, sabemos bien que no se borrarán tan pronto—, sino de la obligación de cometer otros. Era ya tiempo, tiempo oportuno: para nosotros también; la aparcería no ha disminuido, puede estarse seguro de ello, y el nivel de vida se ha elevado ligeramente. Pero, para evitar la famosa Liquidación de nuestro Imperio, hemos liquidado a Francia: para forjar armas hemos arrojado al fucgo nuestras instituciones, nuestras libertades y nuestras garantías, la Democracia y la Justicia, todo ha ardido; no queda nada. No basta detener los combates para recuperar nuestros bienes dilapidados: me temo que nosotros también, en otro terreno, tendremos que empezar por el principio. Pero los argelinos han conservado su fuerza revolucionaria. ¿Dónde está la nuestra?

El anuncio de la “cesación del fuego” ha conmovido a los espíritus ni más ni menos que una noticia “del exterior”: Jrushchev se vá a encontrar con Kennedy, se va a llegar a un acuerdo acerca de Berlín, se suspenden las experiencias atómicas. Francia deliró cuando Glenn dio sus vueltas en torno del mundo. Al parecer, era *nuestra* victoria. Se aplaudía en los cines. Este armisticio frágil no es *nuestra* victoria. El pueblo francés no ha sabido imponerlo. En 1955, el cuerpo electoral ha votado por la paz; los elegidos han intensificado la guerra y nosotros no hemos dicho nada; los cuarteles se sublevaron, los soldados no querían matar. Ni hacerse matar. Nosotros no hemos dicho nada: se rompió su resistencia. Hemos dejado, sin decir nada, que el régimen democrático se deshonrase bajo la presión del Ejército. Y, cuando los militares lo reemplazaron por el poder personal,

hemos persistido en nuestro silencio. Hoy, un gobierno de golpe de Estado se ve obligado a darnos lo que reclamábamos tímidamente siete años antes y nos callamos: ni que decir tiene, ya que no es asunto nuestro. En Francia, sólo uno se beneficiará de la cesación del fuego: de Gaulle. Sin embargo, basta releer sus discursos para medir el camino recorrido de Mostaganem a las negociaciones de Evian. Ha hecho todo, hasta remover las arenas del desierto, para descubrir su tercera Fuerza, y no ha sido culpa suya si la burguesía musulmana, elegida de su corazón, no existe en Argelia. Todo fue decidido y derribada su política cuando las ciudades musulmanas se abrieron y se vio a las multitudes sin armas avanzar hacia nuestros soldados con la bandera a la cabeza. En realidad, esa "cesación del fuego", que se apresura a declarar "sin vencedores ni vencidos", es el pueblo argelino el que la ha impuesto. Solo, por su extraordinaria resistencia y por su disciplina. Y precisamente por esa razón ese "compromiso" se convierte en victoria argelina. Sin embargo, los acontecimientos lo han probado, los franceses éramos solidarios de los hombres que luchaban contra el colonialismo. Colonialismo allí, fascismo aquí: una sola y misma cosa. Y el O.A.S. no puede esperar convertir al Magreb en colonia, más que comenzando por colonizar Francia. Los mismos enemigos, los mismos intereses, la necesidad de cooperar en la igualdad: ¿qué más se necesita? Si hubiésemos sacudido nuestra perezosa timidez, si la izquierda hubiera superado sus divisiones... La izquierda, es cierto, siempre desunida, más ruidosa que vencida, clama victoria por todas sus bocas: es una espantosa cacofonía. Vana: desde 1954, los argelinos reclaman la independencia; de todos esos partidos rivales ¿cuál antes de 1960, ha tomado por cuenta suya esta exigencia? ¿Cuál ha intentado sinceramente hacer de ella la exigencia profunda de todos los franceses? Los unos reclamaban: "El derecho a la independencia", y añadían guiñando el ojo: "El derecho al divorcio no quiere decir que se obligue a las parejas a separarse". Y los otros, apremiados: "La independencia, yo voy más allá que eso". El resultado es el "cese del fuego": *nuestra derrota*. Y no estamos vencidos, todo lo contrario, por haber reconocido finalmente el derecho de un pueblo a disponer de sí mismo, sino por haber asistido a la más gloriosa, a la más sombría de las aventuras, sin haber intentado jamás tomar parte en ella. Cuántas

vidas se habrían ahorrado si las masas francesas hubieran mostrado su fuerza. No, nuestra derrota no es la independencia, es ese millón de argelinos que hemos dejado matar. Veleidosos, luego indecisos, después dimisionarios, hemos entregado nuestros poderes a un dictador para que él decida sin consultarnos el mejor modo de terminar el asunto: genocidio, agrupación y separación, integración, independencia, nosotros nos lavamos las manos, eso es incumbencia suya. El resultado supera nuestras esperanzas, los argelinos han conquistado su libertad, los franceses han perdido la suya. Para ellos, todo está por hacer; no han firmado sin angustia el protocolo de acuerdo; saben que el cese del fuego es un principio revolucionario, el comienzo del comienzo. Para nosotros es el último término: bien perdido; y nos repetimos: "Ha terminado", con un secreto alivio.

No está terminado. La movilización no es la guerra y el cese del fuego no es la paz. En Argelia, los hombres armados encuadrarán la población europea; se conoce su táctica y su fin: lanzarán, mediante incesantes provocaciones, las dos comunidades una contra otra y las matanzas obligarán al Ejército francés a disparar sobre los mulsumanes, la guerra se encenderá de nuevo inmediatamente, el "cese del fuego" no será más que un pedazo de papel. A menos que no prefieran sabotear la autodeterminación. Sin duda, nada de eso se produciría si el Ejército permaneciese leal. ¿Pero va a permanecer? ¿Si los europeos toman la iniciativa de una matanza y si éste es el único modo de impedirselo, tirará sobre los facciosos europeos? Los franceses —cuando se dignan ocuparse de política— no dejan de dar vueltas en sus cabezas a esas preguntas y —por razones obvias— jamás les hallan una respuesta. Nada demuestra mejor la profundidad de su dimisión. Se interrogan acerca de la posible actitud de los oficiales en activo, sobre su lealismo y los lazos que les unen con el fascismo, con los pies-negros, con los antiguos *putschistas*, como si el Ejército, independiente y soberano, fuese el único que decidiese de nuestro destino. No es verdad: el Ejército debe obedecer al pueblo. Cuando no lo hace, la culpa es de la nación misma. Y en fin de cuentas, siempre se tiene el Ejército que se merece. Nunca, lo reconozco, los peligros han sido mayores: apenas acaba de nacer esa débil esperanza, se temen ya las futuras carnicerías, en ambos lados del mar. Por

esta misma razón, por esta amenaza común, los franceses conservan una oportunidad de volver a ser *un pueblo*. No han sabido acelerar el cese del fuego, toda la historia de nuestra época les ha pasado por encima de la cabeza, van como sonámbulos hacia su destino: sea. Pero han llegado, con los ojos cerrados, a la encrucijada de los caminos. ¿Qué ven? Será la indiferencia gregaria, la guerra resucitada y Salan en el poder. O la unidad de acción sin reservas, la lucha por la paz y Salan al poste. Hoy es absurdo el pretender luchar *aquí* contra la O.A.S. —peligro bastante pequeño en Francia— sin obligar al gobierno a luchar contra ella allí donde su fuerza es indiscutible. Es absurdo y criminal el sostener que se puede separar la lucha contra el fascismo y el combate por la paz. Hay que comprender que nosotros tenemos hoy esta oportunidad, la única, de regenerarnos: contener el Ejército en el lealismo uniéndonos todos *para garantizar la ejecución* de los acuerdos firmados. Con esta condición el “cese del fuego” será también para nosotros el comienzo del comienzo.

19 de febrero de 1962.

Les Temps Modernes, nº 191, abril de 1962.

“LOS CONDENADOS DE LA TIERRA”

No hace tanto tiempo, la tierra contaba dos mil millones de habitantes, o sea quinientos millones de hombres y mil quinientos millones de indígenas. Los primeros disponían del Verbo, los otros lo tomaban prestado. Entre unos y otros, unos reyezuelos vendidos, unos señores feudales, una falsa burguesía compuesta de pies a cabeza servían de intermediarios. En las colonias la verdad se mostraba al desnudo; las “metrópolis” la preferían vestida; necesitaban que el indígena los amase. Como madres, hasta cierto punto. La minoría selecta europea se dedicó a fabricar un indigenado selecto; se elegía a los adolescentes, se les marcaba en la frente, con el hierro candente, los principios de la cultura occidental, se les metían en la boca mordazas sonoras, grandes palabras pastosas que se pegaban a los dientes; después de una breve permanencia en la metrópoli, se les devolvía a su país, falsificados. Esas mentiras vivientes no tenían nada que decir a sus hermanos; resonaban; de París, de Londres, de Amsterdam lanzábamos las palabras “¡Partenón! ¡Fraternidad!” y, en algún lugar de África, de Asia, los labios se abrían: “... ¡tenón!... ¡nidad!” Era la edad de oro.

Tuvo fin: las bocas se abrieron solas; las voces amarillas y negras hablaban aún de nuestro humanismo, pero era para reprocharnos nuestra inhumanidad. Nosotros escuchábamos sin desagrado esas corteses exposiciones de amargura. Al principio nos produjo un gran asombro: ¿Cómo? ¿Hablaban solos? ¡Sin embargo, había que ver lo que hicimos por ellos! No dudamos de que aceptarían nuestro ideal, ya que nos acusaban de no ser fieles a él; por esta vez, Europa creyó en su misión: había helenizado a los asiáticos, creado una nueva especie, los negros greco-latinos. Luego añadimos, prácticos, muy entre nosotros:

Y después, dejémosles que griten, eso les alivia; perro que ladra no muerde.

Vino otra generación que cambió de sitio la cuestión. Sus escritores, sus poetas, con una paciencia increíble, trataron de explicarnos que nuestros valores se ajustaban mal a la verdad de su vida, que no podían rechazarlos ni asimilarlos totalmente. En resumen, aquello quería decir: Hacéis monstruos de nosotros, vuestro humanismo nos supone universales, y vuestras prácticas racistas nos particularizan. Nosotros los escuchábamos muy tranquilos: a los administradores coloniales no se los paga para leer a Hegel, además lo leen muy poco, pero tienen necesidad de ese filósofo para saber que las conciencias desdichadas se enredan en sus contradicciones. La eficacia es nula. Por lo tanto, perpetuemos su desdicha, de ella no saldrá más que viento. Si hubiese, nos decían los técnicos, la sombra de una reivindicación en sus gemidos, sería la de la integración. Claro está que no se les iba a conceder: se habría arruinado el sistema que, como es sabido, reposa en la superexplotación. Pero bastaría poner ante sus ojos este engaño: galoparían. En cuanto a sublevarse, podíamos estar tranquilos: ¿qué indígena consciente mataría a los hermosos hijos de Europa, con el solo fin de ser europeo como ellos? En suma, alentábamos esas melancolías, y no hallábamos mal, alguna vez, en conceder el premio Goncourt a un negro: era antes de 1939.

1961. Escuchad: "No perdamos tiempo en estériles letanías o en mimetismos nauseabundos. Abandonemos esta Europa que no termina de hablar del hombre, mientras lo mata donde lo encuentra, en todas las esquinas de sus calles, en todos los rincones del mundo. He aquí los siglos... que en nombre de una pretendida «aventura espiritual» asfixia la casi totalidad de la humanidad". Ese tono es nuevo. ¿Quién se atreve a usarlo? Un africano, hombre del Tercer Mundo, antiguo colonizado. Y añade: "Europa ha adquirido una tal velocidad, loca y desordenada... que va hacia el abismo, del cual es mejor alejarse". Dicho de otro modo: Europa está acabada. Una verdad que no es muy agradable de decir —¿no es cierto, mis queridos cocontinentales?— pero de la cual nosotros estamos convencidos, entre cuero y carne.

Sin embargo, hay que hacer una reserva. Cuando un francés,

por ejemplo, dice a otros franceses: "¡Estamos acabados!" —lo cual, que yo sepa, se produce aproximadamente todos los días desde 1930— en un discurso pasional, ardiente de rabia y de amor, el orador se pone en el mismo lugar que sus compatriotas. Y luego añade generalmente: "A menos que..." Se ve lo que es: no se puede cometer un error más; si sus recomendaciones no se siguen al pie de la letra, entonces y solamente entonces, el país se desintegrará. En resumen, es una amenaza seguida de un consejo y sus palabras conmueven tanto menos ya que surgen de la intersubjetividad nacional. Pero, por el contrario, cuando Fanon dice que Europa corre a su pérdida, lejos de lanzar un grito de alarma, propone un diagnóstico. Ese médico no pretende ni condenarla irremisiblemente —se han visto milagros— ni darle los medios de cura: constata que agoniza. Desde fuera, basándose en los síntomas que ha podido reunir. En cuanto a cuidarla, no: tiene otras preocupaciones; no le importa que muera o que sobreviva. Por esta razón, su libro es escandaloso. Y si murmuráis, burlones y molestos: "¡Qué nos cuenta!" se os escapa la verdadera naturaleza del escándalo: porque Fanon no os "cuenta" nada; su obra —tan ardiente para otros— permanece helada para vosotros; en ella se habla de vosotros con frecuencia, a vosotros nunca. Terminados los Goncourt negros y los Nobel amarillos: ya no volverá el tiempo de los laureados colonizados. Un ex indígena "de lengua francesa" dedica esta lengua a las exigencias nuevas, en uso y se dirige sólo a los colonizados: "¡Indígenas de todos los países subdesarrollados, uníos!" Qué decadencia: para los padres, nosotros éramos los únicos interlocutores; los hijos no nos consideran siquiera interlocutores valederos: somos los objetos del discurso. Claro está que Fanon menciona de pasada nuestros crímenes famosos, Setif, Hanoí, Madagascar, pero no se molesta en condenarlos: los utiliza. Si desmonta las tácticas del colonialismo, el juego complejo de las relaciones que unen y que enfrentan los colonos con los "metropolitanos", es *por sus hermanos*; su fin es enseñarles a frustrarnos.

En resumen, el Tercer Mundo *se descubre y se habla* por esta voz. Sabido es que no es homogéneo, y que se encuentran en los pueblos esclavizados, otros que han logrado una falsa independencia, otros que se baten para conquistar la soberanía, otros,

en fin, que han ganado la libertad plena, pero que viven bajo la constante amenaza de una agresión imperialista. Esas diferencias son nacidas de la historia colonial, quiero decir de la opresión. Aquí la metrópoli se ha contentado con pagar a algunos señores feudales: allí, dividiendo para ganar, ha fabricado, de pies a cabeza, una burguesía de colonizados; en otra parte ha hecho un golpe doble: la colonia es a la vez de explotación y de población. De este modo, Europa ha multiplicado las divisiones, las oposiciones, forjado las clases y a veces los racismos, intentado, por todos los expedientes, provocar y acrecentar la estratificación de las sociedades colonizadas. Fanon no disimula nada: para luchar contra nosotros, la antigua colonia debe luchar contra ella misma. O, mejor dicho, las dos no son más que una. En el fuego del combate deben fundirse todas las barreras interiores, la impotente burguesía de negociantes y de compradores, el proletariado urbano, siempre privilegiado, el *lumpen-proletariat* de los barrios de latas, todos deben alinearse en las posiciones de las masas rurales, verdadero vivero del Ejército nacional y revolucionario; en esas comarcas cuyo desarrollo ha sido deliberadamente detenido por el colonialismo, el campesinado, cuando se subleva, aparece muy pronto como la clase *radical*: conoce la opresión desnuda, la sufre mucho más que los trabajadores de las ciudades y para impedir que muera de hambre, sólo basta un estallido de todas las estructuras. Si triunfa, la Revolución nacional será socialista; si se detiene su impulso, si la burguesía colonizada toma el poder, el nuevo Estado, a despecho de una soberanía formal, queda en manos de los imperialistas. Eso lo ilustra bastante bien el ejemplo de Katanga. Así, la unidad del Tercer Mundo no está hecha; es una empresa en curso que pasa por la unión, en cada país, después como antes de la independencia, de todos los colonizados, bajo el mando de la clase campesina. He aquí lo que Fanon explica a sus hermanos de África, de Asia, de América latina: Realizaremos todos juntos y en todas partes el socialismo revolucionario o seremos vencidos, uno por uno, por nuestros antiguos tiranos. No disimula nada; ni las debilidades, ni las discordias, ni las mixtificaciones. Aquí el movimiento toma un mal comienzo: allí, después de un éxito fulminante, pierde velocidad; en otra parte se ha detenido: si se quiere que siga adelante, los

campesinos tienen que arrojar al mar a su burguesía. Se pone severamente en guardia al lector contra las alienaciones más peligrosas: el líder, el culto de la persona, la cultura occidental y, también, el retorno del lejano pasado de la cultura africana: la verdadera cultura es la Revolución; eso no quiere decir que se forje en caliente. Fanon habla en voz alta; nosotros, los europeos, le podemos oír: prueba de ello es que tenéis ese libro entre las manos; ¿no teme que las potencias coloniales se aprovechen de su sinceridad?

No. No teme nada. Nuestros procedimientos están caducados: pueden retrasar a veces la emancipación, pero no la detendrán. Y no imaginemos que vamos a poder reajustar nuestros métodos: el neocolonialismo, ese sueño perezoso de las metrópolis, no es más que viento: las "Terceras Fuerzas" no existen, o son las burguesías de latón que el colonialismo ha puesto ya en el poder. Nuestro maquiavelismo tiene poca influencia sobre ese mundo despierto que ha descubierto una tras otra todas nuestras mentiras. El colono no tiene más que un recurso: la fuerza, cuando le queda; el indígena sólo tiene una opción: la esclavitud o la soberanía. ¿Qué le importa a Fanon que leamos o no su obra? Denuncia a sus hermanos nuestras viejas malicias, seguro de que no tenemos recambio. A ellos es a quien dice: Europa ha puesto sus manos en nuestros continentes, hay que acuchillarlas hasta que las retire; el momento nos favorece; no sucede nada en Bizerta, en Elisabethville, en el campo argelino, que no se sepa en el mundo entero; los bloques acogen a los partidos contrarios, se tienen respeto, aprovechemos esa parálisis, entremos en la Historia para que nuestra irrupción la haga universal por primera vez; luchemos: en lugar de otras armas, la paciencia del cuchillo bastará.

Europeos, abrid ese libro, entrad en él. Después de varios pasos en la noche veréis unos extraños reunidos en torno de una hoguera, acercaos, escuchad: hablan de la suerte que reservan a vuestras factorías, a los mercenarios que las defienden. Quizás os vean, pero continuarán hablando entre ellos, sin bajar la voz siquiera. Esta indiferencia conmueve el corazón: los padres, criaturas de la sombra, *vuestras* criaturas, eran almas muertas, vosotros les iluminábais, no se dirigían más que a vosotros, y vosotros no os tomábais el trabajo de responder a esos zombies.

Los hijos os ignoran: les ilumina y les calienta un fuego que no es el vuestro. Vosotros, a respetuosa distancia, os sentiréis furtivos, nocturnos, transidos; a cada cual su turno; en esas tinieblas, de donde va a surgir otra aurora, los zombies sois vosotros.

En ese caso, diréis, arrojemos el libro por la ventana. ¿Por qué vamos a leerlo si no ha sido escrito para nosotros? Por dos motivos, el primero de los cuales es que Fanon os explica a sus hermanos y desmonta, para ellos, el mecanismo de nuestras alienaciones: aprovechadlo para descubrirlos a vosotros mismos en vuestra verdad de objetos. Nuestras víctimas nos conocen por sus heridas y sus hierros; eso es lo que hace irrefutable su testimonio. Basta que nos muestren lo que hemos hecho de ellas, para que sepamos lo que hemos hecho de nosotros. ¿Es útil? Sí, puesto que Europa está en peligro de morir. Pero, diréis todavía vivimos en la metrópoli y reprobamos los excesos. Es cierto: no habéis sido colonos, pero no sois mejores que ellos. Son vuestros precursores, los habéis enviado a ultramar, os han enriquecido; los habéis prevenido: si hacían derramar demasiada sangre, les desautorizaríais de labios afuera; del mismo modo que un Estado —cualquiera que sea— mantiene en el extranjero una turba de agitadores, de provocadores y de espías, a los que niega cuando los detienen. Vosotros, tan liberales y humanos, que lleváis el amor a la cultura hasta la afectación, simuláis olvidar que tenéis colonias y que en ellas se mata en nombre vuestro. Fanon ha revelado a sus camaradas —sobre todo a ciertos de ellos, que permanecen demasiado occidentalistas— la solidaridad de los “metropolitanos” y de sus agentes coloniales. Tened el valor de leerlo; primero porque os avergonzará y, como dijo Marx, la vergüenza es un sentimiento revolucionario. Ya lo veis: tampoco yo me puedo desprender de la ilusión subjetiva. Yo también os digo: “Todo está perdido, a menos que...” Europeo, yo hurto el libro de un enemigo y hago de él un medio de curar a Europa. Aprovéchalo.

He aquí la segunda razón: si apartáis las charlas fascistas de Sorel, hallaréis que Fanon es el primero, después de Engels, en sacar a la luz la partera de la Historia. Y no vayáis a creer

que una sangre demasiado viva o las desgracias de la infancia le han dado un gusto singular por la violencia: se convierte en intérprete de la situación, nada más. Pero eso basta para que constituya, etapa por etapa, la dialéctica que la hipocresía liberal os oculta, y de la cual somos producto tanto como él.

En el siglo pasado, la burguesía consideraba a los obreros unos envidiosos, envilecidos por sus groseros apetitos, pero tenía cuidado de incluir a esos grandes brutos en nuestra especie: si no fuesen hombres y libres no podrían vender libremente su fuerza de trabajo. En Francia, en Inglaterra, el humanismo se considera universal.

Con el trabajo forzado, ocurre todo lo contrario: no hay contrato: además, hay que intimidar; por lo tanto, la opresión se muestra. Nuestros soldados de ultramar, rechazando el universalismo metropolitano, aplican al género humano el *numerus clausus*: puesto que nadie puede, sin delito, desposeer a sus semejantes, esclavizarlos o matarlos, establecen el principio de que el colonizado no es el semejante del hombre. Nuestra fuerza de choque ha recibido la misión de cambiar esta certidumbre abstracta en realidad; se ha dado orden de rebajar a los habitantes del territorio conquistado al nivel del mono superior para justificar que el colono los trate como acémilas. La violencia colonial, no sólo trata de tener a raya a esos hombres esclavizados, intenta deshumanizarlos. No se ahorrará nada para liquidar sus tradiciones, para substituir sus idiomas por los nuestros, para destruir su cultura sin darles la nuestra; se los embrutecerá de fatiga. Desnutridos, enfermos, si resisten aún, el miedo terminará la obra: se apuntan los fusiles contra el campesino; vienen los civiles que se instalan sobre su tierra, y le obligan, a latigazos, a que trabaje para ellos. Si se resiste, los soldados disparan, y es un hombre muerto; si cede, se degrada, y ya no es un hombre; la vergüenza y el miedo fisuran su carácter, desintegran su persona. El asunto es llevado a baquetazos por los expertos: los "servicios psicológicos" no datan de hoy. Ni el lavado del cerebro. Y, sin embargo, a pesar de tantos esfuerzos, el fin no se logra en ninguna parte; en el Congo, donde se cortaba las manos a los negros, lo mismo que en Angola donde, muy recientemente, se perforaban los labios de los descontentos para cerrarlos con cadenas. Y no pretendo que sea

imposible cambiar a un hombre en bestia: digo que sólo se consigue debilitándolo considerablemente; los golpes no bastan, hay que acentuar la desnutrición. Es lo malo de la esclavitud: cuando se domestica a un miembro de nuestra especie, se disminuye su rendimiento y, por poco que se le dé, un hombre de corral termina costando más de lo que produce. Por esta razón, los colonos se ven obligados a interrumpir la doma a la mitad: el resultado, ni hombre ni bestia, es el indígena. Apaleado, desnutrido, enfermo, aterrorizado, pero sólo hasta cierto punto, tiene, amarillo, negro o blanco, siempre los mismos rasgos de carácter: es un perezoso, astuto y ladrón, que vive de nada y que sólo conoce la fuerza.

Pobre colono: he aquí su contradicción al desnudo. Debería, dicese, como hace el genio, matar a los que pilla. Ahora bien, eso no es posible: ¿no es también necesario que los explote? Por no poder llevar la matanza hasta el genocidio, y la esclavitud hasta el embrutecimiento, pierde el tino, la operación se invierte, una lógica implacable le llevará hasta la descolonización.

No en seguida. Primero el europeo reina: ha perdido ya, pero no se da cuenta; no sabe aún que los indígenas son falsos indígenas; dice que les hace daño para destruir o repeler el mal que hay en ellos; al cabo de tres generaciones, sus instintos permiciosos no renacerán. ¿Qué instintos? ¿Los que impulsan al esclavo a matar al amo? ¿Cómo no reconoce su propia crueldad vuelta contra él? ¿Cómo no halla en el salvajismo de esos campesinos oprimidos, su salvajismo de colono que han absorbido por todos los poros y del cual no se curan? La razón es sencilla: ese personaje imperioso, enloquecido por su omnipotencia y por el miedo de perderla, no recuerda muy bien que ha sido un hombre; se toma por un látigo o por un fusil; ha llegado a creer que la domesticación de las "razas inferiores" se obtiene por el condicionamiento de sus reflejos. Descuida la memoria humana, los recuerdos imborrables; y luego, sobre todo, hay algo que no ha sabido jamás: sólo nos convertimos en lo que somos por la negación íntima y radical de lo que han hecho de nosotros. ¿Tres generaciones? Desde la segunda, apenas abrían los ojos, los hijos han visto apalear a sus padres. En términos de psiquiatría, helos allí "traumatizados". Para toda la vida. Pero esas agresiones, renovadas sin cesar, lejos de llevarlos a someterse,

los lanzan a una contradicción insoportable que tarde o temprano pagará el europeo. Después de eso, que se los domestique a su vez, que se les enseñe la vergüenza, el dolor y el hambre: en sus cuerpos sólo se suscitará una rabia volcánica, cuya potencia es igual a la presión ejercida sobre ellos. ¿Decís que no conocen más que la fuerza? Seguro; eso quiere decir que primero será la del colono y muy pronto la suya: la misma rebotando sobre nosotros como nuestro reflejo viene a nuestro encuentro desde el fondo de un espejo. No os engañéis en esto: son hombres por esta furia loca, por esta bilis y esta hiel, por su deseo permanente de matarnos, por la contracción permanente de sus poderosos músculos que tienen miedo de desanudarse: *por* el colono, que los quiere ver padecer, y contra él. Aún ciego, abstracto, el odio es su único tesoro: el Amo lo provoca porque quiere embrutecerlos, no logra terminar con él, porque sus intereses le detienen a mitad de camino; así, los falsos indígenas son aún humanos por la potencia y la impotencia del opresor que se transforman, en ellos, en un rechazo obstinado de la condición animal. El resto se ha entendido; son perezosos, claro está: es el sabotaje. Astutos, ladrones; sin duda, sus pequeños hurtos marcan el comienzo de una resistencia todavía sin organizar. Eso no basta: hay quienes se afirman arrojándolos con las manos vacías contra los fusiles; son sus héroes; y otros que se hacen hombres asesinando a los europeos. Los matan: bandidos y mártires, su suplicio exalta a las masas aterradas.

Aterradas, sí: en este nuevo momento, la agresión colonial se interioriza en Terror entre los colonizados. Por ello, no entiendo sólo el temor que experimentan ante nuestros inagotables medios de represión, sino también el que les inspira su propio furor. Están pillados; nuestras armas que los apuntan y esas aterradoras pulsiones, esos deseos de muerte que surgen del fondo de los corazones y que no siempre reconocen: porque, en primer lugar, no es *su* violencia, es la nuestra, devuelta, que crece y los desgarran y el primer movimiento de esos oprimidos es enterrar profundamente esa cólera inconfesable que su moral y la nuestra reprueban y que, sin embargo, no es más que el último reducto de su humanidad: Leed a Fanon; sabréis que en los tiempos de su impotencia, la locura asesina es el inconsciente colectivo de los colonizados.

Esta furia contenida, al no estallar, gira sobre sí y destroza a los mismos oprimidos. Para liberarse de ella, llegan a matarse entre sí: las tribus combaten unas contra otras al no poder enfrentarse con el verdadero enemigo, y la política colonial se encarga de mantener sus rivalidades; el hermano, levantando el cuchillo contra su hermano, cree destruir, de una vez por todas, la imagen odiada de su común envilecimiento. Pero esas víctimas expiatorias no aplacan su sed de sangre; no dejarán de ir contra las ametralladoras, más que convirtiéndose en nuestros cómplices: por su propia iniciativa van a acelerar el progreso de esa deshumanización que rechazan. Bajo los ojos divertidos del colono, se prevendrán contra sí mismos, mediante barreras sobrenaturales, tan pronto reanimando los viejos mitos terribles, tan pronto atándose mediante ritos meticulosos; así el obseso huye de su exigencia profunda infligiéndose manías que le solicitan a cada instante. Bailan: eso les ocupa; eso desanuda sus músculos dolorosamente contraídos y luego la danza imita, en secreto, con frecuencia sin que ellos lo sepan, el No que pueden decir, los asesinatos que no se atreven a cometer. En ciertas regiones, emplean ese último recurso: la posesión. Lo que en otro tiempo era el hecho religioso en su sencillez, una cierta comunicación del fiel con lo sagrado, lo convierten en un arma contra la desesperación y la humillación: los zares, los loas, los Santos de la Santería, descienden sobre ellos, gobiernan su violencia y la dilapidan en trances, hasta el agotamiento. Al mismo tiempo, esos altos personajes los protegen: eso quiere decir que los colonizados se defienden de la alienación colonial exagerando la alienación religiosa. Con el único resultado, a fin de cuentas, de que acumulan las dos alienaciones y cada cual se refuerza con la otra. De este modo, en ciertas psicosis, cansados de verse insultados todos los días, los alucinados se dan cuenta un buen día de que oyen una voz de ángel que los alaba: pero los denuestos no terminan con esto: en adelante, se alternan con la felicitación. Es una defensa y el fin de su aventura: la persona está disociada, el enfermo va hacia la demencia. Añádase, para algunos desgraciados rigurosamente elegidos, esa otra posesión de que he hablado antes: la cultura occidental. En su lugar, diréis, preferiría antes mis zares que la Acrópolis. Bien: habéis comprendido. Sin embargo, no del todo, ya que no estáis en su lugar. Todavía

no. De lo contrario, sabrías que no pueden elegir: acumulan. Dos mundos, significan dos posesiones: bailan toda la noche, al amanecer se amontonan en las iglesias para oír misa; de día en día la grieta crece. Nuestro enemigo traiciona a sus hermanos y se convierte en nuestro cómplice; sus hermanos hacen lo mismo. El indigenado es una neurosis introducida y mantenida por el colono entre los colonizados *con el consentimiento de ellos*.

Reclamar y negar, a la vez, la condición humana: la contradicción es explosiva. Por lo tanto explota, lo sabéis como yo. Y vivimos en los tiempos de la deflagración: aunque el aumento de la natalidad acrecienta la penuria, aunque los recién nacidos tengan que temer más la vida que la muerte, el torrente de la violencia arrastra todas las barreras. En Argelia, en Angola, se mata abiertamente a los europeos. Es el momento del bumerang, el tercer tiempo de la violencia: se vuelve contra nosotros, nos hiere y, como las otras veces, no comprendemos que es la nuestra. Los "liberales" quedan estupefactos: reconocen que no hemos sido lo bastante corteses con los indígenas, que habría sido más justo y más prudente concederles ciertos derechos en la medida de lo posible; no pedían más que ser admitidos por hornadas y sin padrino en ese club tan cerrado, nuestra especie: y he aquí que ese desencadenamiento bárbaro y loco nos hiere igual que a los malos colonos. La Izquierda metropolitana está molesta: conoce la verdadera suerte de los indígenas, la opresión despiadada de que son objeto, no condena su rebeldía, ya que sabe que hemos hecho todo lo posible para provocarla. Pero igualmente, piensa que todo tiene sus límites: esos guerrilleros deberían querer mostrarse caballerescos: ése sería el mejor modo de probar que son hombres. A veces les reprende: "Os excedéis, ya no os apoyaremos." Ellos se ríen: dado lo que vale su apoyo, se lo pueden guardar. Desde que su guerra ha comenzado, han comprendido esta verdad rigurosa: todos valemos lo mismo, cada cual a su modo, nos hemos aprovechado de ellos, no tienen nada que probar, no darán a nadie trato de favor. Un solo deber, un solo objetivo: expulsar el colonialismo por *todos* los medios. Y los más prudentes de nosotros consentirían en ello, en rigor, porque no pueden dejar de ver en esta prueba de fuerza el medio completamente inhumano que estos subhombres han tomado para hacerse otorgar una carta de humanidad: que se la den lo más

pronto posible y que traten entonces, mediante empresas pacíficas, de merecerla. Nuestras nobles almas son racistas.

Sacarían provecho leyendo a Fanon; esta violencia irrepreensible, que muestra perfectamente, no es una absurda tempestad ni la resurrección de instintos salvajes, ni siquiera un efecto del resentimiento: es el hombre mismo que se recompone. Esta verdad la hemos sabido, a mi entender, y la hemos olvidado: las marcas de la violencia no las borrará ninguna benevolencia; sólo la violencia puede destruirlas. Y el colonizado se cura de la neurosis colonial expulsando al colono por las armas. Cuando su rabia estalla, recupera su transparencia perdida, se conoce en la medida en que se ha hecho; de lejos, consideramos su guerra como el triunfo de la barbarie; pero procede por sí sola a la emancipación progresiva del combatiente, liquida en él y fuera de él, las tinieblas coloniales. Desde su comienzo es despiadada. Hay que estar aterrado o hacerse terrible: eso quiere decir: abandonarse a las disociaciones de una vida falseada o conquistar la unidad natal. Cuando los campesinos tocan los fusiles, los viejos mitos palidecen, las prohibiciones se derriban una por una: el arma de un combatiente es su humanidad. Porque, en el primer momento de la rebeldía, hay que matar: terminar con un europeo es matar dos pájaros de un tiro, suprimir a un mismo tiempo un opresor y un oprimido: quedan un hombre muerto y un hombre libre; el sobreviviente, por primera vez, siente un suelo *nacional* bajo la planta de sus pies. En ese instante, la nación no se aleja de él; la encuentra donde va, donde está... nunca más lejos, se confunde con su libertad. Pero, después de la primera sorpresa, el Ejército colonial reacciona: hay que unirse o dejarse matar. Las discordias tribales se atenúan, tienden a desaparecer: primero porque ponen en peligro la Revolución, y más profundamente, porque no tenían otro fin que el derivar la violencia hacia los falsos enemigos. Cuando continúan —como en el Congo— es porque las mantienen los agentes del colonialismo. La nación se pone en marcha: para cada hermano está allí donde combaten todos los demás hermanos, Su amor fraternal es el revés del odio que os tienen: hermanos en lo que cada uno de ellos ha matado o puede matar de un momento a otro. Fanon muestra a sus lectores los límites de la “espontaneidad”, la necesidad y los peligros de la “orga-

nización". Pero, cualquiera que sea la inmensidad de la tarea, en cada desarrollo de la empresa la conciencia revolucionaria se hace más profunda. Los últimos complejos se disipan: que vengan a hablarnos del "complejo de dependencia" del soldado del A.L.N. Liberado de sus orejeras, el campesino adquiere el conocimiento de sus necesidades: le mataban, pero trataba de ignorarlas; las descubre como exigencias infinitas. En esta violencia popular —para aguantar cinco años, ocho años como han hecho los argelinos— las necesidades militares, sociales y políticas, no se pueden distinguir. La guerra —aun sólo presentando el problema del mando y de las responsabilidades— instituye nuevas estructuras que serán las primeras instituciones de la paz. He aquí, pues, al hombre instaurado hasta en esas tradiciones nuevas, hijas futuras de un horrible presente, helo aquí legitimado por un derecho que va a nacer, que nace cada día con el fuego: con el último colono muerto, reembarcado o asimilado, la especie minoritaria desaparece, cediendo el lugar a la fraternidad socialista. Y eso no es bastante todavía: ese combatiente no se detiene; se comprenderá que no arriesga el pellejo para hallarse al nivel del viejo hombre "metropolitano". Ved su paciencia: quizás sueña algunas veces con un nuevo Dien-Bien-Phu; pero creed que no cuenta con ello realmente: es un mendigo luchando, en su miseria, contra ricos poderosamente armados. Esperando las victorias decisivas y, con frecuencia, sin esperar nada, combate a sus adversarios mediante la repugnancia. Eso no se hace sin terribles pérdidas; el Ejército colonial se vuelve feroz: encaillamientos, barridos, acorralamientos, expediciones punitivas; se mata a las mujeres y a los niños. Él lo sabe: ese hombre nuevo comienza su vida de hombre por el fin; se tiene por un muerto en potencia. Lo matarán; no sólo acepta el riesgo de esto, es que está seguro de ello; ese muerto en potencia ha perdido a su mujer y a sus hijos; ha visto tantas agonías que quiere vencer antes que sobrevivir; otros se beneficiarán de su victoria, él no: está demasiado cansado. Pero esta fatiga del corazón es origen de un valor increíble. Hallamos nuestra humanidad más acá de la muerte y de la desesperación, él la encuentra más allá de los suplicios y de la muerte. Hemos sido los sembradores del viento; él es la tempestad. Hijo de la violencia, extrae de ella en cada

instante su humanidad; nosotros éramos hombres a sus expensas, él se hace hombre a las nuestras. Otro hombre: de mejor calidad.

Aquí Fanon se detiene. Ha mostrado el camino: vocero de los combatientes, ha pedido la unión, la unidad del continente africano frente a todas las discordias y todos los particularismos. Ha logrado su objeto. Si quisiera describir integralmente el hecho histórico de la descolonización, tendría que hablar de nosotros: lo cual no es ciertamente su propósito. Pero cuando hemos cerrado el libro, continúa en nosotros, a pesar de su autor: porque experimentamos la fuerza de los pueblos en revolución y respondemos a ella por la fuerza. Hay, pues, un nuevo momento de la violencia, y esta vez tenemos que volver en sí porque está a punto de cambiarnos en la medida en que el falso indigena se cambia a través de ella. Cada cual puede reflexionar como quiera. Con tal de que reflexione: en la Europa actual, aturdida por los golpes que le dan, en Francia, en Bélgica, en Inglaterra, la menor malversación del pensamiento es una complicidad criminal con el colonialismo. Ese libro no tenía ninguna necesidad de un prefacio. Tanto menos, ya que no se dirige a nosotros. Sin embargo, yo se lo puse para llevar la dialéctica hasta el fin: también a nosotros, las gentes de Europa, se nos descoloniza: eso quiere decir que se extirpa, mediante una operación sangrienta, el colono que está en cada uno de nosotros. Mirémonos, si tenemos valor para ello, y veamos en lo que nos hemos convertido.

En primer lugar hay que afrontar este espectáculo inesperado: el *strip tease* de nuestro humanismo. Helo aquí al desnudo, nada lindo: era una ideología mentirosa, la exquisita justificación del saqueo; sus ternuras y su afectación avalaban nuestras agresiones. Los no-violentos tienen buena cara: ¡ni víctimas ni verdugos! ¡Vamos! Si no sois víctimas, cuando el Gobierno que habéis elegido, cuando el Ejército en que vuestros hermanos menores han servido, sin vacilación ni remordimiento, han emprendido un "genocidio", indudablemente sois verdugos. Y si elegís el ser víctimas, el riesgo de pasar un día o dos en la cárcel, elegís sencillamente el salir a tiempo de un mal negocio. Pero no os saldréis: tenéis que quedaros hasta el final. Comprended

esto al fin: si la violencia hubiera comenzado esta noche, si ni la explotación ni la opresión hubiesen existido en la tierra, quizás la no violencia ostentada podría aplacar la querrela. Pero si el régimen entero y hasta vuestros pensamientos no violentos están condicionados por una opresión milenaria, vuestra pasividad sólo sirve para colocaros del lado de los opresores.

Sabéis muy bien que somos explotadores. Sabéis bien que hemos tomado el oro y los metales y luego el petróleo de los "continentes nuevos" y nos los hemos traído a las metrópolis viejas. No sin excelentes resultados: palacios, catedrales, capitales industriales; y luego, cuando la crisis amenazaba, los mercados coloniales estaban allí para amortiguarla o desviarla. Europa, harta de riquezas, otorgó *de jure* la humanidad a todos sus habitantes; entre nosotros, un hombre quiere decir un cómplice, puesto que *todos* nos hemos beneficiado de la explotación colonial. Este continente gordo y pálido terminó cayendo en lo que Fanon llama con justeza el "narcisismo". Cocteau se irritaba con París, "esta ciudad que habla continuamente de sí misma". ¿Y qué otra cosa hace Europa? ¿Y ese monstruo supraeuropeo, los Estados Unidos? Qué palabrería: libertad, igualdad, fraternidad, amor, honor, patria, ¡qué sé yo! Eso no nos impedía el tener al mismo tiempo discursos racistas, puercos negro, puercos judío, puercos ratoncillo. Los buenos espíritus, liberales y tiernos —en suma, los neocolonialistas— se hacían los escandalizados ante esta inconsecuencia; error o mala fe: entre nosotros, nada más consecuente que un humanismo racista, puesto que el europeo no se ha podido hacer hombre fabricando esclavos y monstruos. Mientras hubo un indigenado, esa impostura no quedó descubierta, se hallaba en el género humano una abstracta postulación de universalidad que servía para cubrir las prácticas más realistas: había, al otro lado de los mares, una raza de subhombres que, gracias a nosotros, en mil años quizás, llegaría a nuestro estado. En suma, se confundía el género con la minoría selecta. Hoy en día, el indígena revela su verdad; de repente, nuestro club tan cerrado revela su debilidad: era, ni más ni menos, una minoría. Y aún peor: puesto que los otros se hacen hombres contra nosotros, parece que somos los enemigos del género humano: la minoría selecta revela su verdadera naturaleza: una *gang*. Nuestros queridos valores pierden sus alas; si se los mira

de cerca, no se hallará uno solo que, no esté manchado de sangre. Si necesitáis un ejemplo, recordad esas grandes palabras: Francia es generosa. ¿Generosos, vosotros? ¿Y Setif? ¿Y esos ocho años de guerra feroz que han costado la vida a más de un millón de argelinos? ¿Y la tortura? Pero comprendase bien que no se nos reprocha el haber traicionado no sé qué misión: por la sola razón de que no teníamos ninguna. La generosidad es la que está en pleito; esa linda palabra cantable sólo tiene un sentido: estatuto otorgado. Para los hombres de enfrente, nuevos y liberados, nadie tiene el poder ni el privilegio de dar nada a nadie. Cada cual tiene todos los derechos. Sobre todos; y nuestra especie, cuando esté hecha un día, no se definirá como la suma de los habitantes del globo, sino como la unidad infinita de sus reciprocidades. Me detengo; vosotros terminaréis la obra sin trabajo; basta mirar de frente, por primera y última vez, nuestras aristocráticas virtudes: se mueren; no podrían sobrevivir a la aristocracia de subhombres que las ha engendrado. Hace algunos años, a un comentarista burgués —y colonialista— para defender al Occidente sólo se le ocurrió esto: “No somos ángeles. Pero nosotros, al menos, tenemos remordimientos”. ¡Qué confesión! En otros tiempos nuestro continente tenía otros flotadores: el Partenón, Chartres, los Derechos del Hombre, la svástica. Ahora se sabe ya lo que valen: y sólo se pretende salvarnos del naufragio mediante el sentimiento muy cristiano de nuestra culpabilidad. Es el fin, como veis: Europa hace agua por todas partes. ¿Qué ha ocurrido, pues? Sencillamente, que éramos los sujetos de la historia y que ahora somos los objetos. La relación de fuerzas se ha invertido, la descolonización está en marcha; lo único que nuestros mercenarios pueden intentar es retrasar el fin

Todavía es necesario que las viejas “metrópolis” emprendan esa aventura, se metan, con todas sus fuerzas, en una batalla perdida de antemano. Esa vieja brutalidad colonial que ha constituido la gloria dudosa de los Bugeaud, la hallamos de nuevo, al fin de la aventura, duplicada, insuficiente. Se envía el contingente a Argelia, se mantiene allí hace ya siete años, sin resultado. La violencia ha cambiado de sentido; victoriosos, la ejercíamos sin que pareciese alterarnos; descomponía a los otros... y nosotros, los hombres, conservábamos intacto nuestro humanismo; unidos por el lucro, los metropolitanos bautizaban frater-

nidad, amor, la comunidad de sus crímenes; hoy la misma, bloqueada por todas partes, se vuelve sobre nosotros a través de nuestros soldados, se interioriza y nos posee. La involución comienza: el colonizado se recompone y nosotros, ultraderechistas y liberales, colonos y "metropolitanos" nos descomponemos. La furia y el miedo están ya al desnudo: se muestran abiertamente en las "encerronas" de Argel. ¿Dónde están ahora los salvajes? ¿Dónde está la barbarie? No falta nada, ni siquiera el tam-tam: los klaxones suenan "Argelia francesa", mientras los europeos queman vivos a los musulmanes. No hace mucho tiempo, recuerda Fanon, los psiquiatras en un congreso se quejaban de la criminalidad indígena: esas gentes, decían, se matan entre sí, eso no es normal; la corteza del argelino debe estar subdesarrollada. Otros han establecido que "el africano utiliza muy poco sus lóbulos frontales". Esos sabios deberían interesarse hoy en proseguir su encuesta en Europa y particularmente entre los franceses. Porque también nosotros, después de varios años, debemos estar afectados de pereza frontal: los patriotas asesinan a sus compatriotas; en caso de ausencia, hacen volar su portero y su casa. Ése es sólo el comienzo: se prevé la guerra civil para el otoño o para la primavera próxima. Sin embargo, nuestros lóbulos parecen en perfecto estado: ¿no será más bien que, al no poder aplastar al indígena, la violencia se vuelve sobre sí, se acumula en el fondo de nosotros y busca una salida? La unión del pueblo argelino produce la desunión del pueblo francés; en todo el territorio de la ex metrópoli, las tribus bailan y se preparan para el combate. El terror ha dejado África para instalarse aquí: porque hay furiosos que ingenuamente nos quieren hacer pagar con nuestra sangre la vergüenza de haber sido derrotados por el indígena, y luego hay los otros, todos los demás, igualmente culpables —después de Bizerta, después de los linchamientos de septiembre, ¿quién ha bajado a la calle para decir: basta?— pero más serenos: los liberales, los duros de la Izquierda blanda. En ellos también sube la fiebre. Y el malhumor. ¡Pero qué miedo! Ocultan su rabia con mitos, con mitos complicados; para retrasar el saldo de cuentas final y la hora de la verdad, han puesto a nuestra cabeza un Gran Hechicero, cuya misión es mantenernos a toda costa en la obscuridad. Inútil; proclamada por unos, rechazada por otros, la violencia gira sobre sí misma:

un día estalla en Metz, al día siguiente en Burdeos; ha pasado por aquí, pasará por allí, es el juego de la sortija. A nuestra vez, paso a paso, hacemos el camino que conduce al indigenado. Pero para convertirnos completamente en indígenas, sería necesario que nuestro suelo fuese ocupado por los antiguos colonizados y que nos muriésemos de hambre. Eso no ocurrirá: no, el que nos posee es el colonialismo decadente, el que nos cabalgará muy pronto caduco y soberbio; he aquí nuestro zar, nuestro loa. Y os persuadiréis, leyendo el último capítulo de Fanon, de que vale más ser un indígena en el peor momento de la miseria, que un ex colono. No es bueno que un funcionario de la policía tenga que torturar diez horas diarias: a ese paso, sus nervios van a romperse, a menos que no se prohíba a los verdugos, por su propio interés, el trabajar horas extraordinarias. Cuando se quiere proteger por el rigor de las leyes la moral de la Nación y del Ejército, no es bueno que éste desmoralice sistemáticamente a aquélla. Ni que un país de tradición republicana confíe, por cientos de millares, sus hombres jóvenes a los oficiales *putschistas*. No es bueno, compatriotas míos, que vosotros que conocéis todos los crímenes cometidos en nuestro nombre, no es realmente bueno, que no digáis una sola palabra de ello a nadie, ni siquiera a vuestra alma, por miedo a tener que juzgaros. Al principio lo ignorábais, lo creo, luego habéis dudado, ahora lo sabéis, pero calláis siempre. Ocho años de silencio degradan. Y en vano: hoy, el cegador sol de la tortura está en el cenit, ilumina todo el país; bajo esta luz, ya no hay una risa que suene bien, ni un rostro que no se maquille para ocultar la cólera o el miedo, ni un acto que no revele nuestras repugnancias y complicidades. En la actualidad basta que dos franceses se encuentren para que haya un cadáver entre ellos. Y cuando digo: uno... En otro tiempo, Francia era el nombre de un país; cuidemos de que no sea, en 1961, el nombre de una neurosis.

¿Nos curaremos? Sí. La violencia, como la lanza de Aquiles, puede cicatrizar las heridas que causa. Hoy en día estamos encadenados, humillados, enfermos de miedo: arruinados. Felizmente eso no basta aún a la aristocracia colonialista: no puede cumplir su misión retardataria en Argel, mientras no haya terminado antes de colonizar a los franceses. Nosotros retrocedemos cada día ante la lucha, pero estad seguros de que no la evitaremos;

los asesinos tienen necesidad de ella; van a acorralarnos y a tirar sobre nosotros a mansalva. Así terminará el tiempo de los brujos y de los fetiches: tendréis que batiros o pudriros en los campos. Es el último momento de la dialéctica: condenáis esta guerra, pero no os atrevéis aún a declararos solidarios de los combatientes argelinos; no temáis, contad con los colonos y con los mercenarios; os apremiarán. Quizás entonces, con la espalda en la pared, desencadenaréis al fin esta violencia nueva que suscita en vosotros los viejos crímenes reconocidos. Pero esto, como se dice, es otra historia. La del hombre. Estoy seguro de que se acerca el tiempo en que nos uniremos con los que la hacen.

Setiembre de 1961

Prefacio de *Les Damnés de la Terre*, de
Frantz Fanon, París, Ed. Maspero, 1961.

EL PENSAMIENTO POLÍTICO DE PATRICE LUMUMBA

I. LA EMPRESA

Lumumba, Fanon: esos dos grandes muertos representan el África. No sólo su nación; todo su continente. Si se leen sus escritos, si se descifran sus vidas, se les podría tomar por dos adversarios encarnizados. Fanon, martiniqués biznieto de esclavo, deja un país que no tiene, en esa época, conciencia de la personalidad antillana y de sus exigencias. Abraza la rebelión argelina y combate, negro en medio de musulmanes blancos: arrastrado con ellos a una guerra atroz y necesaria, adopta el radicalismo de sus nuevos hermanos, se convierte en el teórico de la violencia revolucionaria y subraya en sus libros la vocación socialista del África: sin reforma agraria y sin nacionalización de las empresas coloniales, la independencia es una palabra vana. Lumumba, víctima del paternalismo belga —nada de minoría selecta, nada de fastidio— no posee, a pesar de su vasta inteligencia, la cultura de Fanon; en cambio, parece, a primera vista, tener sobre él la ventaja de trabajar sobre su propio suelo en la emancipación de sus hermanos de color y de su país natal. El movimiento que organiza, y del que se convierte en jefe indiscutido, ha dicho mil veces que sería *no violento* y, a pesar de las provocaciones o de algunas iniciativas locales que ha desautorizado siempre, el M. N. C. se impuso por la no violencia. En cuanto a los problemas de estructura, Lumumba ha definido claramente su posición, desde sus conferencias de *Presencia Africana*. “No tenemos opción económica”. Entendía por eso que las cuestiones *políticas* —independencia, centralismo— tenían precedencia, que había que lograr la descolonización política para crear los instrumentos de la descolonización económica y social.

Ahora bien, esos dos hombres, lejos de combatirse, se conocían y se amaban. Fanon me ha hablado con frecuencia de Lumumba; él, tan pronto alerta cuando un partido africano se mostraba vago o reticente acerca del capítulo de los arreglos de estructura, no reprochó jamás a su amigo congoleño el ser, involuntariamente, el testaferro del neocolonialismo. Por el contrario, veía en él el adversario intransigente de todas las restauraciones de un imperialismo disfrazado. Sólo le reprochaba —y se adivina con qué ternura— aquella inalterable confianza en el hombre, que constituyó su pérdida y su grandeza. “Le daban —me dijo Fanon— las pruebas de que uno de sus ministros le traicionaba”. Él iba en busca suya, le mostraba los documentos, los informes y le decía: “¿Eres un traidor? Mírame a los ojos y contesta.” Si el otro negaba sosteniendo su mirada, Lumumba concluía: “Está bien, te creo”. Pero esta inmensa bondad que los europeos han llamado candidez, Fanon la consideraba nefasta *ocasionalmente*: tomada por sí sola, estaba orgulloso de ella, la estimaba un rasgo fundamental del africano. Varias veces, el hombre de la violencia me dijo: “Nosotros, los negros, somos buenos; la crueldad nos da horror. Yo creí durante mucho tiempo que los hombres de África no lucharían entre sí. Desgraciadamente, la sangre negra corre, los negros la hacen correr, correrá aún mucho tiempo: los blancos se van, pero sus cómplices están entre nosotros, armados por ellos; la última batalla del colonizado contra el colono, será con frecuencia la de los colonizados entre sí.” Lo sé: el doctrinario, en él, veía en la violencia el ineludible destino de un mundo en camino de liberarse; pero en su profundidad de hombre, la odiaba. Las divergencias y la amistad de esos dos hombres marcan a la vez las contradicciones que devastan el África y la necesidad común de *superarlas* en la unidad panafricana. Y cada uno de ellos encontraba en sí esos problemas desgarradores y la voluntad de resolverlos.

Acerca de Fanon, todo está aún por decirse. Pero Lumumba, más conocido, guarda, a pesar de todo, gran secreto. Nadie ha intentado realmente descubrir las causas de su fracaso¹, ni por qué el gran capital y la banca se han encarnizado contra un gobierno cuyo jefe no ha dejado de repetir jamás que no tocaría

¹ De todos modos recomiendo la notable obra de Michel Merlier, *Le Congo*, Ed. Maspero.

los capitales invertidos ni solicitaría nuevas inversiones. Para eso servirán los discursos que se van a leer: permitirán comprender por qué, a pesar de la moderación de su programa económico, el líder del M. N. C. era considerado como un hermano de armas por el revolucionario Fanon, como un enemigo mortal por la *Société Générale*.

Se le ha reprochado el jugar un doble, un triple juego. Ante un público exclusivamente congoleño, se desenfrenaba; pero sabía calmarse si descubría blancos entre el público y alabar y vituperar hábilmente; en Bruselas, ante sus oyentes belgas, se volvía prudente, encantador y su primer cuidado era tranquilizar. Eso es cierto, pero se puede decir lo mismo de todos los grandes oradores; juzgan rápidamente a su público y saben hasta dónde pueden ir. El lector verá, por otra parte, que si la forma varía de un discurso a otro, el fondo no cambia. Sin duda, Lumumba ha evolucionado: el pensamiento político del joven autor del *Congo, la tierra del porvenir, ¿está amenazado?* —escrito en 1956— no es el del hombre joven y maduro que funda el M. N. C. Ha podido soñar un momento —sabemos por qué— con una comunidad belgo-congoleña; a partir del 10 de octubre de 1958 su opinión está formada y declarada; ya no cambiará, la independencia se convertirá en su único objetivo.

Lo que más varía —en función del público— es su apreciación de la colonización belga. Con frecuencia insiste acerca de los aspectos positivos, con tanta complacencia, a veces, que se creería oír a un colono: explotación del suelo y del subsuelo, obra educadora de las misiones, asistencia médica, higiene, etc. ¿No llega una vez a dar las gracias a los soldados de Leopoldo II por haber librado a los congoleños de los “salvajes árabes” que hacían la trata de los negros? En esos casos pasa por alto la superexplotación, el trabajo forzado, las expropiaciones de tierras, los cultivos obligatorios, el analfabetismo deliberadamente mantenido, las represiones sangrientas, el racismo de los colonos; se contenta con deplorar los abusos de ciertos administradores o de pequeños blancos. Y en otras ocasiones, el tono cambia, como en el discurso registrado el 28 de octubre de 1959 y, sobre todo, el 30 de junio de 1960, en la famosa respuesta al rey Balduino: “Cualquiera que fuese nuestra suerte en ochenta años de régimen colonialista, nuestras heridas son aún demasiado frescas y dolo-

rosas, para que podamos horrarla de nuestra memoria...”, etc. ¿Habla el mismo hombre? Sin duda. ¿Miente? Seguramente no. Pero esos dos conceptos opuestos de la obra “civilizadora” de Bélgica, si nos descubre tanto el uno como el otro, es porque coexistían en él y revelaban la contradicción profunda de lo que tenemos que llamar su clase. La explotación colonial, a despecho de sí misma, ha dotado al Congo de estructuras nuevas. Para usar palabras admitidas, se cuenta, en la década del 50, un 78% de plebeyos, campesinos sometidos a los jefezuelos, a las luchas tribales, frente a un 22% de extra-plebeyos, la mayoría de los cuales habita en las ciudades. La administración se esfuerza en vano en mantener la población en la ignorancia, no puede impedir el éxodo rural, la proliferación urbana, la proletarización, ni en el seno de los extra-plebeyos, una cierta diferenciación nacida de las necesidades de la economía colonial: una pequeña burguesía congoleña de empleados, de funcionarios y de comerciantes está en vías de formación. Esta mínima “minoría selecta” —ciento cincuenta mil personas en catorce millones— se opone a los rurales aferrados a sus rivalidades y a sus tradiciones, mandados por “jefes” vendidos a la administración, y a los obreros, a veces violentos pero que, sin verdadera organización revolucionaria, tienen una conciencia de clase aún embrionaria. La posición de la “pequeña burguesía” negra es muy ambigua al comienzo, puesto que cree sacar beneficio de la colonización, y ese mismo beneficio le hace medir la iniquidad del sistema. En realidad, sus miembros —la mayoría muy jóvenes, ya que ella misma es un producto reciente de la evolución colonial— están *reclutados* por las grandes sociedades o la Administración; no existen aún, a los treinta años, pequeños burgueses de nacimiento. El padre de Lumumba es un campesino católico; desde los seis años lo lleva al campo, los Padres Pasionistas son los que deciden que el niño vaya a la escuela; más tarde, a los trece años, los misioneros protestantes son los que se lo arrebatan. En todo eso, el papel del padre y del hijo parecen nulos. Émile Lumumba censuró a su hijo cuando, a los trece años, lo pasaron a la misión sueca, ¿pero qué podía hacer? Todo se decidía al margen de ellos; los Pasionistas querían hacer de él un catequista; los suecos, más prácticos, querían darle un oficio que le permitiese dejar el campo por el salario y vivir en su propio suelo, en una de las aglo-

meraciones creadas por los blancos, como *auxiliar* de los colonos. Patrice ha pasado su infancia en la selva: conoce la abominable miseria de los campesinos negros; sin las organizaciones religiosas que se han hecho cargo de él, esta miseria sería su destino, su único horizonte. ¿Ha comprendido en seguida que las misiones son los agentes reclutadores del colonato? Sin duda, no. ¿Ha visto que la condición de vida rural es, directa o indirectamente, el producto de la explotación colonial? Tampoco: en la época de su nacimiento, la administración mide las desventajas de la violencia demasiado visible y del trabajo forzado. Trata de interesar al campesino en la producción, y fomenta la propiedad individual. Patrice toma la miserable independencia de su padre en la soledad del paisaje congoleño como un estado natural: lejos de ser los responsables, los blancos son unos buenos señores que le quieren sacar de él. En aquel momento, se le debió dar ideas extrañas acerca de su situación: la fe cristiana es la renta que los jóvenes congoleños pagan a las Iglesias que les enseñan a leer. Los Padres le daban una ambición feroz de conocer las causas de su miseria y, simultáneamente, el deseo de resignarse a ella. Más tarde, ha notado esta contradicción en un poema:

Para hacerte olvidar que eras un hombre
a cantar te enseñaron los elogios de Dios.
Y esos diversos cánticos, ritmando tu calvario
te daban la esperanza de un mundo mejor.
Pero en tu corazón de humana criatura
tú no pedías más que el derecho a la vida,
tu parte de ventura.

La religión prosterna al mismo tiempo que emancipa. Y luego, ofrece la salvación: el mundo mejor es sólo una coartada, pero hay la obligación de enseñar que se entrará en él por el mérito y no en función del color. Cualesquiera que sea el esfuerzo de numerosos sacerdotes para ocultarlo, el igualitarismo del Evangelio conserva su valor disolvente en las colonias. No actúa sólo sobre los catecúmenos, sino a veces sobre el mismo misionero: ya porque quisieran prevenir un congreso del partido socialista de la metrópoli, ya por convicción, ya por las dos ra-

zones juntas, los misioneros de Scheut aprobaron, en 1956, el manifiesto de Ileo, un evolucionado de treinta y siete años que reclamaba la independencia —a largo plazo— del Congo. Cuando Patrice, a los dieciocho años, deja la selva para ir a Kindu, donde la compañía Symaf lo contrata como “empleado de escritorio”, se trata al mismo tiempo de un hecho muy general del éxodo rural y de la etapa capital de una “toma de conciencia”. Un campesino joven que ha leído a Rousseau y a Víctor Hugo, encuentra la ciudad de repente; su nivel de vida se transforma de un modo radical. Iba a la escuela con taparrabo, ahora va al trabajo con terno; vivía en una choza, ahora habita una casa y gana el dinero suficiente para comprar y hacer venir a Pauline, su prometida mututela, que se convierte en su esposa. Trabaja con frenesí. Los blancos parecen sorprendidos de su celo: los congoleños, dicen, son ordinariamente perezosos. Pero los colonos obtusos no comprenden que la famosa “pereza del indígena”, mito mantenido en todas las colonias, es una forma de sabotaje, la resistencia pasiva de un campesino, de un peón superexplotado. Por el contrario, el frenesí de Patrice, le clasifica durante un tiempo en la categoría de los que él llamaría más tarde “colaboracionistas”. Ese hijo de campesino es, ahora, un “evolucionado”; postula una “carta de matrícula” y la obtiene difícilmente —hay ciento cincuenta matriculados en todo el territorio— gracias a la intervención de los blancos: eso quiere decir que él *apuesta por ellos*; ha tomado conciencia de su importancia, de la joven “minoría selecta”, que se forma en todas partes. Los “evolucionados” forman una capa social que se espesa lentamente y que es el indispensable auxiliar de las grandes compañías y de la administración. Negro, Patrice Lumumba tiene el potente orgullo de sus funciones, de la instrucción recibida, de los libros leídos, de la desconfianza vagamente deferente de que los blancos le rodean. Piensa en esta extraordinaria y común metamorfosis cuando expone, más tarde, los beneficios de la colonización.

Pero su toma de conciencia es doble y contradictoria: al mismo tiempo que disfruta de su ascensión, de la estima benévola de sus jefes, sabe que, a los veinte años, ha llegado a su cenit. Por encima de todos los negros, permanecerá, para siempre, por debajo de todos los blancos. Claro que puede ganar más, conver-

tirse, después de un aprendizaje, en empleado de correos de tercera clase, en Stanleyville. ¿Pero qué? Con un valor igual y por el mismo trabajo, un empleado belga cobrará el doble de su salario; además, Lumumba sabe, después de su fulminante comienzo, que con frecuencia la fiebre se cambia en tortuga: necesitará veinticuatro años para llegar a la primera clase, después de lo cual permanecerá allí hasta el retiro. Ahora bien, esos puestos subalternos están ocupados de golpe por los europeos que pueden esperar, desde allí, pasar a los empleos más altos. En la fuerza pública ocurre lo mismo: un "negro" no puede pasar del grado de sargento. E igual sucede en el sector privado. Los blancos lo han elevado al nivel que desean y luego lo mantienen allí: su destino está en las manos de los otros. Experimenta su condición en el orgullo y en la alienación. Entrevé, más allá de su situación personal, la lucha de clases desnuda; escribirá, a los treinta y un años: "Entre los empleadores y los empleados existe un verdadero duelo con motivo de los salarios." Pero el salariado de los evolucionados no es el proletariado; las reivindicaciones de Lumumba se fundan en la conciencia de su valor profesional —como las de los anarco-sindicalistas en Europa, a fines del siglo pasado— y no sobre la necesidad que sirve de fundamento en todas partes a las exigencias de los proletarios y del subproletariado. Hacia el mismo tiempo, conoce —sobre todo en Leopoldville— que le han mixtificado: su "matrícula", tan penosamente obtenida, le separa de los negros, sin asimilarle a los blancos. Igual que los *no-evolucionados*, el matriculado no tiene derecho de entrar en la ciudad europea, como no sea para trabajar allí; igual que ellos, no escapa al toque de queda; los encuentra, cuando hace sus compras, en la ventanilla especial reservada a los negros; es víctima, como ellos, en toda ocasión, en todo lugar, de las prácticas segregacionistas. Ahora bien, debemos notar que el racismo y la segregación son, para él, una experiencia nueva: en la selva, se hace la segregación de la desgracia y la desnutrición, se puede adivinar la verdad de las colonias que es la superexplotación; pero el racismo no aparece por falta de contacto entre los negros y los blancos: el paternalismo dulzón de los misioneros le ha podido ilusionar; las prácticas de discriminación se descubren en las ciudades, son las que constituyen la vida cotidiana del colonizado. Sin embargo, hay que enten-

derse: el proletariado agotado, mal pagado, sufre mucho más por la superexplotación que por la discriminación racista de la que es consecuencia. Cuando Lumumba denuncia, el 30 de junio de 1960: "el trabajo abrumador exigido a cambio de salarios que no nos permitían saciar el hambre, vestirnos o albergarnos decentemente, ni educar a nuestros hijos..." habla en nombre de todos. Pero cuando añade: "Hemos sabido que había en las ciudades casas magníficas para los blancos y cabañas de paja ruinosas para los negros, que un negro no era admitido jamás en los cines, en los restaurantes, ni en los almacenes llamados europeos; que un negro viajaba igualmente en el casco de las chalanas, a los pies del blanco en su cabina de lujo", la que habla por su voz es la clase de los evolucionados. Y cuando escribe, en 1956, que "la matrícula debía ser considerada como la última etapa de integración", defiende los intereses de un puñado de hombres que contribuye por eso mismo a separar de la masa. En realidad, los intereses de esa minoría selecta, creada por los belgas de pies a cabeza, exigen una asimilación cada día mayor: igualdad de blancos y negros en el mercado del trabajo, acceso de los africanos a todos los puestos en la medida que tengan las capacidades requeridas. Como se ve, no es la africanización de los cuadros la que reivindica, sino su semiafricanización. ¿No es de temer, en ese caso, que los negros admitidos a los puestos superiores sean los cómplices de la opresión colonial, o al menos los rehenes? Lumumba no es aún consciente del problema. En realidad, el año mismo en que Ileo, en su manifiesto, exige la independencia total, Patrice está aún dedicado a esbozar una "comunidad belgo-congoleña". En el interior de esta comunidad pide la igualdad de los ciudadanos. Pero esta igualdad, de allí en mucho tiempo, sólo será un favor de los evolucionados: "Creemos que será posible otorgar, en un porvenir relativamente próximo, los derechos políticos a las minorías selectas congoleñas, y a los belgas del Congo, siguiendo ciertos criterios que serán establecidos por el gobierno."

Sin embargo, Lumumba, desde esa época, es lo contrario de los que llamará más tarde "colaboracionistas". Experimenta hasta el límite la contradicción de su clase: creada de pies a cabeza por las necesidades de la colonización, sabe que las empresas del capitalismo belga la han separado de las masas, y que sólo tiene

porvenir en el sistema colonial; pero, al mismo tiempo, su experiencia urbana le ha demostrado que ese porvenir le está negado definitivamente por los colonos y la Administración. No cree ya en la "comunidad belgo-congoleña" en el mismo momento en que la propone: ha descubierto por fin la rigidez del sistema que le ha formado para explotarlo mejor; no es concebible reforma alguna, ya que el colonialismo se mantiene por la violencia y desaparece cuando hace concesiones. La única solución será revolucionaria: la ruptura, la independencia.

Ileo, como acabamos de ver, la había reclamado antes que él. Y Kasavubu, jefe de la potente Abako. Lumumba no ha "inventado" la independencia; otros le han descubierto la necesidad de ella. Si no obstante fue el promotor y el mártir de ella, es porque la quería completa y plena, sin que los acontecimientos le diesen la posibilidad de realizarla. En realidad, la mayoría de las organizaciones nacionalistas se forman necesariamente en un cuadro regional: el P.S.A. se estableció en Kwango Kwilu, el C.E.R.E.A., en Kivu; logran difícilmente conciliar las etnias pero, por esa misma razón, les cuesta trabajo extenderse más allá de las provincias. Su nacionalismo —cuando existe— es, en realidad, un federalismo: sueñan con un poder central muy limitado cuya función principal sería unir a las provincias autónomas. En Leopoldville, las cosas van más lejos aún: la superioridad numérica de los bakongo permite a Abako ser a la vez un partido regional y étnico. Para no considerar más que ese último caso, de él resulta una doble consecuencia: Abako es un movimiento potente pero arcaico; sociedad secreta y partido de masa a la vez, sus jefes principales son evolucionados, pero no se han separado del pueblo, porque ha tomado su reivindicación fundamental: la independencia inmediata del Bajo Congo. Kasavubu, el primero de ellos, es un personaje ambiguo, secreto, del cual se podría decir a la vez que supo, aun estando reclutado por la Administración, permanecer en contacto directo con su base étnica, y que no tuvo jamás los medios, la ocasión ni la voluntad de elevarse hasta la conciencia clara de su propia clase. Seminarista sin fe, luego maestro, se unió a los bakongo por un lazo oscuro, mesiánico; es su jefe religioso, su rey, la prueba viva de que son el *pueblo elegido*. Como presidente del Congo independiente, vivirá de pronto en la contradicción más completa: su cargo le ordena

preservar la unidad nacional —en particular contra la secesión katanguesa que está a punto de arruinar el Congo—, su pueblo le pide que sea secesionista y restaure —tomando algunos territorios al Congo francés— el antiguo reino Kongo. Incapaz de dominar la situación, oscilará de un federalismo anárquico a un centralismo dictatorial, apoyado en la fuerza militar. Sobre todo, hará el juego del imperialismo, al principio inconscientemente y luego muy conscientemente; aquí no se trata de psicología, sino de determinación objetiva: separatista en su esencia, Abako, *después* de la independencia, arruinó la obra de los nacionalistas en beneficio de las potencias extranjeras. En el momento en que Lumumba despierta a la conciencia nacional, en cambio, *antes* de la independencia, ese movimiento confuso, a la vez oscurantista y revolucionario, ha hecho más que ningún partido por la liberación del Congo. Desde 1956, respondió al manifiesto de Ileo, a las reflexiones de Lumumba sobre la “comunidad” reclamando la independencia inmediata y la *nacionalización de las grandes empresas*. Se creería que tenía un programa revolucionario y socialista o, al menos, que las reivindicaciones de la base llegaban a la cima; pero no, la consecuencia lo probó bien. No se trataba más que de una puja: Abako tenía que ser el más radical de los partidos. En realidad, lo era: en el sentido de que los bakongo representan el 50 % de la población negra de Leopoldville, y proporcionan a la ciudad la mano de obra no especializada. Son disciplinados y se los puede movilizar en cada momento mediante órdenes clandestinas: ellos son los que hacen las huelgas, las campañas de desobediencia; si sus jefes les prohíben que voten, ni uno solo se acerca a las urnas. También son ellos quienes, ¿mediante órdenes precisas o a pesar de las prohibiciones rigurosas? —la pregunta queda sin respuesta— se amotinaron en enero de 1959. Los evolucionados no tenían ningún poder sobre las masas —excepto en el Bajo Congo—; su número y su modo de vida les incapacitaba para pasar a la acción directa. Hay que reconocer que pesaron poco en los acontecimientos de enero de 1959. En realidad, la crisis económica, este receso colonial que hiere gravemente a la metrópoli, y la agitación de las masas proletarizadas cuyo nivel de vida se deteriora sensiblemente, esto —unido a las torpezas de la Administración— es lo que ha decidido al Gobierno metropolitano a dar bruscamente la independencia al

Congo, es decir, a cambiar, con la aprobación de las grandes compañías, el régimen colonial por un neocolonialismo.

Lumumba no ha hecho la revolución congoleña; su situación de evolucionado, separado del proletariado urbano y aún más de las campañas, le prohíben recurrir a la violencia: su resolución —a la cual se atuvo hasta su muerte— de ser un “no violento” tiene por origen, mucho más que un principio o un rasgo de carácter, un reconocimiento lúcido de sus poderes. Desde 1956 es, en Stanleyville, el ídolo de las multitudes. Pero un ídolo no es un líder al estilo de N’Krumah, a quien admira, y menos aún un brujo como ese Kāsavubu que le inquieta. Lo sabe: sabe que puede convencer a un auditorio, con su don de hablar de lo que sea y a quien sea, y esa cultura que ha recibido de los belgas y que se vuelve contra ellos, pero se necesitan otros dones que la palabra para tener el poder de lanzar a los hombres, con las manos vacías, contra las ametralladoras. Sin embargo, él es quien va a captar la Revolución a su paso, a marcarla con su sello, a orientarla. ¿Por qué? Porque su condición de asimilado y la naturaleza de su trabajo le permiten elevarse hasta la universalidad. Ha conocido la selva, las pequeñas aglomeraciones urbanas, las grandes ciudades de provincia y la capital; desde los dieciocho años, ha escapado al provincialismo. Sus lecturas y la enseñanza cristiana le han dado una imagen del hombre, aún abstracta, pero libre del racismo: es sorprendente que, en sus discursos, explique la situación del Congo con referencias constantes a la Revolución Francesa, a la lucha de los Países Bajos contra los españoles. Y, claro está, hay en esas alusiones algo como un argumento *ad hominem*: ¿cómo podéis, blancos, impedir a los negros que hagan lo que vosotros habéis hecho? Pero, más allá de esas intenciones polémicas, se refiere a un humanismo de principio que no puede menos de ser la ideología de los evolucionados: en efecto, en nombre del *homo faber* los evolucionados reclaman la igualdad de los belgas y de los congoleños en el mercado del trabajo. Ese concepto universal coloca a Lumumba de golpe por encima de las etnias y del tribalismo: permite a ese vagabundo beneficiarse de sus viajes y descifrar los problemas locales en función de lo universal. Desde este punto de vista captará —más allá de las diversidades de las costumbres, las rivalidades y las discordias— la unidad de las necesidades, los intereses y los sufrimientos. La Administración le

ha colocado por encima del nivel común: eso le aísla, sin duda alguna, pero también le permite comprender la condición del congoleño en su generalidad. Desde entonces, cualesquiera que sea su auditorio, no cesa de afirmar la unidad de su patria: lo que divide a los hombres son los vestigios de un pasado precolonial cuidadosamente conservados por la administración; lo que les une, hoy en día negativamente, es una cierta desgracia común, más profunda que las tradiciones y las costumbres puesto que les ataca las fuentes de la vida por el exceso de trabajo y la desnutrición; en resumen, la colonización belga es la que ha creado la nación congoleña mediante una agresión perpetua y omnipresente.

Es verdad y es mentira. La colonización unifica, pero divide igualmente al menos: no sólo por cálculo y maquiavelismo —eso no sería nada—, sino por la división del trabajo que introduce y las capas sociales que crea y estratifica. Los lazos socioprofesionales tienden a imponerse, en las ciudades, a los lazos tribales, pero, si se mira mejor, las divisiones según el empleo, el nivel de vida y la instrucción se sobreañaden a las divisiones étnicas del interior de los barrios negros. A lo cual hay que añadir los conflictos que enfrentan a los primeros urbanizados con los últimos. El proletariado de los campos no es el de las ciudades y sobre todo, los peones rurales, dirigidos por unos jefezuelos conservadores y, en la mayoría de los casos, vendidos a los europeos, no entran en las miras de los ciudadanos evolucionados. Pero la pequeña burguesía naciente debe *necesariamente* cometer el error de la burguesía francesa en tiempos de la Revolución: frente a un proletariado sin organización, de reivindicaciones confusas, y de un campesinado del cual ha surgido, y cuyas aspiraciones cree conocer, *se toma por la clase universal*; la única diferenciación que quiere tener en cuenta no incumbe a la economía: los evolucionados se definen a sí mismos, según el propósito de la administración colonial, por su grado de instrucción; la cultura que han recibido es su orgullo y su substancia más íntima: les impone, según los mejores, el deber riguroso de conducir a sus hermanos analfabetos de los campos y de la selva hacia la autonomía o la independencia. Afirmo que esta ilusión es inevitable: cómo Lumumba —que iba a la escuela de los misioneros en taparrabo y que conservará hasta su muerte apegos campesinos— podría tenerse realmente por el representante de una clase nueva; si él vio mejor,

es por su *mérito*, sencillamente. La palabra abyecta y muy hábilmente elegida de *evolucionado* oculta la verdad: una pequeña capa de privilegiados se considera el ala avanzada de los colonizados. Todo conspira para engañar a Lumumba: en agosto de 1956, las reivindicaciones de los evolucionados fueron sostenidas, a partir de la asamblea general de la A.P.I.C.¹, por la unanimidad de los delegados. Él ve en este acuerdo de las masas y de la minoría selecta un signo de la unidad profunda de los congoleños. A la luz de los acontecimientos, hoy comprendemos que se trataba de un acuerdo abstracto: las masas indígenas están orgullosas de sus "evolucionados" que prueban *para todos* que un negro, si se le ofrece la ocasión, puede igualar o superar a un blanco; apoyan las exigencias de la minoría privilegiada —sobre todo con palabras y aplausos— porque ven en ellas una toma de posición radical del explotado frente al empleador; es un ejemplo y un símbolo; a partir de allí los delegados pueden concebir una radicalización de las reivindicaciones obreras. Pero ésta, cuando se den las circunstancias, tendrá por efecto cortar enteramente la alianza de las masas y de la pequeña burguesía.

Lumumba se ha engañado en esto, pero el inevitable error ha tenido consecuencias positivas; para decirlo todo, *ha tenido razón*, históricamente, de cometerlo. Es el que le permitió afirmar, con tanta fuerza, que sólo la unidad permitiría al Congo obtener la independencia. Esta fórmula, repetida con tanta frecuencia, es, por otra parte, perfectamente justa a condición de añadir que el movimiento unitario debe venir de la base y romper sobre el país como la marea. Para desgracia del Congo, las divisiones sociales, la timidez de las reivindicaciones, la ausencia de aparato revolucionario salido de las masas y controlado por ellas hicieron, y hacen aún, imposible esa resaca: eso será la historia del decenio próximo. Lumumba, escuchado en todas partes con entusiasmo, podía creer que las masas seguirían a los evolucionados hasta el fin. Esta unidad, que tenía a la vez por ya realizada y por hacer, mitad *medio*, mitad fin supremo, era a sus ojos la Nación misma. La Nación: el Congo unificándose para la lucha que él libraría por su independencia. Pero el futuro Primer ministro no lleva la candidez hasta creer que esa unión se haría espontáneamente. Presenta sencillamente este principio negativo:

¹ A.P.I.C. Asociación del Personal Indígena de la Colonia.

la administración divide para reinar, el único medio de hacer que pierda su potencia es suprimir, en todas partes, las divisiones que ha creado. Hay que terminar con el tribalismo, con el provincialismo, con los conflictos artificiales y con los compartimientos estancos que mantiene. La democracia, sí. Pero que no se vaya a confundirla, como Ileo, con un federalismo. Cualquiera que sea la intención, por mínima que sea la autonomía regional que un partido reclama, es el gusano en el fruto, echará todo a perder, el imperialismo la explotará *inmediatamente*. Lumumba comprende que Abako será durante algún tiempo un instrumento notable para derribar el colonialismo, y que más tarde correrá el riesgo de ser el mejor para restaurarlo. Empleado de correos, su trabajo le une a la administración colonial y le permite descubrir el principal carácter de ella: la centralización. Este descubrimiento le resulta tanto más fácil puesto que el azar le ha convertido en engranaje del sistema centralizado de las comunicaciones. El correo extiende su red a todas las provincias, incluso a la selva; mediante él, las órdenes del gobernador se transmiten a las gendarmerías locales, a la fuerza pública. La nación congoleña, si ha de existir algún día, deberá su cohesión a un centralismo semejante: Patrice sueña con un poder sintético de unión, que actúe por todas partes, que imponga en todas partes la concordia, la comunidad de acción, que reciba informaciones de los burgos más lejanos, concentrándolos, basando en ellos la orientación de su política, y enviando, por el mismo camino, hasta las aldeas, las informaciones y las órdenes a sus representantes. El gobierno atomiza a los colonizados y los unifica *desde el exterior*, como súbditos del rey. La independencia no será más que una palabra si no se sustituye a esta *cohesión exterior* una *totalización interior*. La Administración belga sólo puede ser reemplazada por un partido de masas omnipresente como ella, democrático, lo que quiere decir: emanado del pueblo y controlado por él. Pero lo suficientemente autoritario para que —al menos mientras el Congo libre no estableciese sus instituciones— fuese el solo, encargado de defender la Nación contra los efectos aún virulentos de una atomización practicada durante ochenta años. Lumumba está tan consciente de los peligros, que desea reemplazar la inútil multiplicidad de los movimientos nacionalistas por un partido único. Tenemos pocos informes acerca de este proyecto. De todos modos, sabemos que se

trataba de un partido a *la africana*; no como el Partido Comunista ruso, un órgano restringido que *admite* a sus nuevos miembros sin ningún requisito, sino la población entera, hombres y mujeres, cada cual convertido *al mismo tiempo* en ciudadano y militante. Temía que la oposición, si permaneciese fuera del Partido, condujese al separatismo, y por ello a la muerte del Congo. En el interior no la habría rechazado. Repetía con frecuencia que allí las discusiones serían francas y libres. Lo que no dijo, pero que cae de su peso, como en todos los casos de extrema urgencia, es que las minorías, después de los votos, se verían obligadas a adoptar el punto de vista de las mayorías y que la oposición, cada vez disuelta para renacer en otra parte, con motivo de otros problemas, no representaría, en suma, más que el libre ejercicio del criterio de cada cual en la circunstancia presente y sería privada de los medios de procurarse una memoria, de estructurarse como un partido dentro del Partido.

Daba menos importancia —en todo caso durante los primeros tiempos de la independencia— a la elaboración de un programa económico y social que a esta función primordial del Partido, la garra que estrechaba el Congo en lugar de la vieja zarpa colonial: impedir a toda costa el desmoronamiento del país. Pero esa misma preocupación tenía motivos económicos: no ignoraba en nada las maniobras de la Conakat y no dudaba cuál sería el resultado de la secesión katanguesa. De este modo, ese jacobinismo político se inspiraba, en el fondo, en el conocimiento práctico de las realidades congoleñas. Todo lo que sucedió después, estaba previsto en sus discursos; su único error fue el creer que se podía conjurar el desastre mediante la creación de un gran partido moderno que reemplazase, en el momento oportuno, la fuerza coercitiva del ocupante.

Sabido es que la metrópoli sirvió, bien a su pesar, de punto de reunión de los congoleños de etnias diferentes. Fue con motivo de la Exposición universal. La unidad de sus opresores blancos hizo descubrir negativamente a aquellos negros aislados en Bruselas su unidad de oprimidos, más fuerte, a su entender, que sus divisiones. En realidad, *en Bélgica*, los congoleños sólo tienen conciencia de lo que los acerca. Al regreso, conservan la esperanza abstracta de unir a los colonizados, vengan de donde vengan, en un partido supraétnico. Lumumba es el único cali-

ficado para fundar ese Partido. Será el M.N.C. Pero la composición del movimiento revela en seguida su naturaleza: es universalista, más allá de las etnias y de las fronteras, porque sus militantes son *universalizados*; en una palabra, es el movimiento de los evolucionados, se le hallarán militantes en todas partes y sin gran dificultad —al menos en las ciudades—, porque la Administración y las grandes compañías han distribuido por todas partes los funcionarios y los empleados hechos a su medida. Pero el sueño de hacer un partido de masas se derrumba; a lo sumo, es un partido de cuadros y de agitadores. Nadie tiene culpa de ello, no podía ser de otro modo; el M.N.C. es la pequeña burguesía congoleña en camino de descubrir su ideología de clase.

Lumumba es el más radical: lúcido y ciego, a la vez, si no ve el acondicionamiento social y la imposibilidad presente de su unitarismo, por el contrario comprende muy bien que los problemas del Congo son los del África entera; mejor: su país no hallará la fuerza de sobrevivir a la independencia más que encuadrado en una África libre. Asiste, como representante del M.N.C., a la conferencia de Acra. Allí toma la palabra y comenta en estos términos esa necesidad unitaria que nace en todo el continente, y de la cual es efecto directo la reunión de Acra:

“Esta conferencia... nos revela una cosa: a pesar de las fronteras que nos separan, a pesar de las diferencias étnicas, tenemos la misma conciencia, la misma alma, que día y noche se baña en la angustia, los mismos afanes de hacer del continente africano un continente libre, dichoso, redimido de la inquietud, del miedo y de toda dominación colonialista.” Reemplazad África por el Congo, continente por nación, y hallaréis las frases que repite todos los días, en todas las provincias de su país: el Congo le parece una condensación de todas las diferencias que perpetúan los separatismos africanos; allí se encuentran las fronteras provinciales, los conflictos étnicos y religiosos, las diferenciaciones económicas tanto verticales (estratos sociales) como horizontales (reparto geográfico de los recursos). A sus ojos, sólo hay una tarea: luchar por la independencia es luchar por la unidad nacional. Pero, al mismo tiempo, por el África libre; inversamente —más tarde lo precisará—, todo cuanto apresure la integración de los Estados múltiples en una sola federación, adelanta

la hora en que los últimos colonizados se liberen de sus últimos colonos. Los acontecimientos sucesivos muestran que tenía acerca de este punto una idea práctica y muy clara: los Estados que han obtenido la independencia deben ayudar, por todos los medios, a los países aún esclavizados a rechazar todas las tutelas. Sabido es que, dos años y medio más tarde, pedirá, cuando sienta que la frágil República congoleña está a punto de desintegrarse, el apoyo de las tropas de Ghana. Si hubiera ganado la partida, no hay duda de que el Congo habría ayudado a Angola, a todos los países vecinos: el panafricanismo declarado de Lumumba le valió algunos de sus adversarios más temibles, los blancos de Rhodesia, de Sudáfrica y, más insidiosamente, los conservadores ingleses. El Congo panafricano habría sido, en primer lugar, un ejemplo, un fermento en todos los corazones aún esclavizados. Pero, sobre todo, ese gran país habría prestado de cien maneras los apoyos más eficaces a las organizaciones revolucionarias de los países vecinos. No únicamente por fraternidad, sino también porque era la única política africana que se imponía: liberado, el Congo permanecía rodeado de enemigos mortales; era necesario que los negros rompiesen sus cadenas, en Rhodesia, en Angola, que derribasen el gobierno neocolonialista de Youlou, o bien que volvieran a la esclavitud del Congo. Lo que Lumumba deja entender —pero sabemos que lo ha comprendido inmediatamente— es que la independencia congoleña no es un fin, sino el comienzo de una lucha a muerte para conquistar la soberanía nacional. Se puede obtener la salida de los belgas mediante una organización *interior*; cuando se hayan ido, el peligro sólo será conjurado mediante una política *exterior*; la joven nación, al perder a sus amos sin haber hallado los medios de ejercer su libertad, se verá obligada a apoyarse en los Estados menos jóvenes y que han alcanzado ya la soberanía, tendrá que apoyar los movimientos nacionales en las colonias que la rodean. Por esta razón, Lumumba, en su intervención de Acra, subraya el condicionamiento recíproco de los dos objetivos que la conferencia ha despejado y que, con justicia, no son más que uno solo en su espíritu: “La lucha contra los factores internos y externos que constituyen un obstáculo a la emancipación de nuestros países respectivos y a la unificación del África.” No obstante está demasiado empeñado en la

lucha política de liberación para insistir en el aspecto fundamental del panafricanismo: que el África no puede mantenerse sin producir *por sí misma* un mercado africano. La organización de un mercado común en proporción al continente negro implica otros problemas y otras luchas: aún no es tiempo de que el M.N.C. los considere. Tampoco lo es para descubrir y revelar la mixtificación que encubre, en más de un país —por ejemplo, el Congo francés—, la palabra prestigiosa de independencia; tanto menos cuanto de Gaulle al pronunciarla en Brazzaville, el mismo año, ha suscitado en la colonia belga un verdadero entusiasmo uniendo de golpe a los más vacilantes a la reivindicación maximalista. No importa: lo que le falta a Lumumba es un conocimiento profundo de las naciones nuevas y de sus infraestructuras: por ese motivo aprenderá, demasiado tarde, que ciertos Estados negros son, por constitución, los enemigos jurados de la independencia congoleña. Sobre todo, formado por la opresión más dura y la segregación más abyecta, no ha podido concebir otro adversario que el viejo colonialismo, antigua máquina tan rígida que tiene que aplastar o romperse. Lumumba se prepara para luchar contra el colonialismo; en realidad, está allí, representado por el pequeño colonato, por la administración. Pero el líder negro no sospecha que ese ogro, aún tan vivo y malo, está, en realidad, ya muerto; que los gobiernos imperialistas y las grandes compañías han decidido, frente a la crisis colonial, liquidar las formas clásicas de la opresión y las estructuras osificadas, dañinas, establecidas durante el siglo anterior. No sabe que las viejas metrópolis quieren confiar el poder nominal a los "indígenas" que, más o menos conscientemente, gobernarán en función de los intereses coloniales; no sabe que los cómplices o los testaferros se designan de antemano en Europa, que todos pertenecen a la clase reclutada y formada por la Administración, a la pequeña burguesía de empleados y de funcionarios, *a su propia clase*. Esta ignorancia le va a perder. Pertenece a la minoría selecta, es cierto, por lo tanto está separado de las masas a las cuales se supone que representa: sus militantes son todos pequeños burgueses; si gana, formará con ellos el primer gobierno. Pero su inteligencia y su profunda devoción a la causa africana, hacen de él un Robespierre negro. Su empresa es a la vez limitada —primero, política, el resto vendrá a su tiempo— y

universal. Los misioneros le han arrancado al mundo inferior de los no evolucionados; al principio, él mismo se ha embriagado de su joven saber, se convierte en vocero de la minoría selecta, reclama para ella la integración completa. Pero su universalismo ha terminado venciendo todo. Sin duda es un principio ideológico de su clase. Y, ya lo hemos visto, una ilusión óptica. Pero ese humanismo que, en los otros, oculta la particularidad de los intereses de clase, ha constituido su pasión personal; se dedica a él enteramente, quiere devolver a los subhombres de la superexplotación colonial su humanidad natal. Sin duda, eso no se hace sin un arreglo de todas las estructuras, en resumen, sin una reforma agraria y sin nacionalización; su formación de demócrata burgués le impide discernir la necesidad de esta estructuración fundamental. Eso no es tan grave: ¿cómo había de descubrirlo no habiendo organizaciones proletarias que canalizasen y clarificasen las reivindicaciones políticas? Si hubiera conservado más tiempo el poder, los hombres y las circunstancias le habrían colocado entre la espada y la pared: neocolonialismo o socialismo africano. No hay duda alguna de cuál habría sido su elección. Desgraciadamente, al fundar el M.N.C., al entrar en contacto con los líderes de los otros partidos —es decir, con otros evolucionados— colocaba, sin la menor sospecha, los elementos más activos de su propia clase, es decir, los hombres cuyos intereses comunes y particulares les llevaban desde hacía largo tiempo a traicionarle, que, desde los primeros días de julio de 1960, consideraban que Lumumba los había traicionado. En realidad, el conflicto que le enfrentó con sus ministros, con la minoría del Parlamento, no tiene otro origen: aquellos pequeños burgueses querían constituir la pequeña burguesía en clase dirigente, lo que significaba *objetivamente* aproximarse a las potencias imperialistas; se consideraba guía, no se creía de ninguna clase, rechazaba, en su celo centralizador, tomar en serio las diferenciaciones de origen económico ni más ni menos que las divisiones tribales: el Partido único haría saltar estas barreras como las otras y conciliaría todos los intereses. Por otra parte es posible que tuviera, más o menos claramente, el proyecto de reorganizar la economía por etapas y que, por prudencia, mantuviese en secreto sus intenciones. De todos modos, se tenía la sospecha de ello: y no se le acusó de comunismo

sólo por el asunto de los aviones rusos. Los parlamentarios y los ministros más avisados temían indudablemente que su jacobinismo terminase en socialismo, en virtud misma de su humanismo unitario. Lo importante, en cualquier caso, es que puso a su clase en el poder y que se dispuso a gobernar contra ella. ¿Podía suceder otra cosa? No: el proletariado, durante los últimos años de la colonización, no hizo un solo acto que pudiera imponerlo a aquellos pequeños burgueses como un interlocutor valedero.

II. LAS RAZONES DEL FRACASO

A su regreso de Acra, el líder del futuro Partido único se convirtió, en efecto, en el hombre de la conciliación: bajo su influencia, el M.N.C. trató de aliarse con los principales movimientos nacionalistas. El Frente común que él levantó, ganó las elecciones de 1960. Pero la victoria legalista de aquel cartel no debe ocultarnos su fragilidad: mientras se trató de una simple propaganda común, de un acuerdo limitado a una sola consigna, la independencia, se pudo, por un instante, dejar a un lado los particularismos; pero si los vencedores gobernaban —y quiénes otros podían gobernar?— el Frente estallaría por las dos razones subrayadas: que la base real de los partidos aliados es, para cada uno, provincial —incluso el “M.N.C.-Lumumba” está sostenido, ante todo, por los extraplebeyos de Stanleyville— y que el universalismo cultural oculta mal el deseo, entre los líderes, de constituir, con sus tropas, la nueva clase dirigente. Desde aquel momento, la pureza y la integridad de Lumumba lo condenaron: la Historia se hacía por él, pero contra él. Líder indiscutido del centralismo, sus enemigos en seguida declaran que ha mostrado su poder de orador y su habilidad de negociador. Primero están Tshombe y los miembros de la Conakat: esos katangueses pretenden que su provincia alimenta por sí sola a todos los congoleños; si se rompiesen los lazos que la unen con las regiones ingratas y necesitadas, disfrutaría sola de sus riquezas. Se producirá la inevitable escisión del partido centralizador: Kalonji fundará el “M.N.C.-Kalonji” que se implantará en Kasai del Sur; allí las rivalidades políticas, al contrario de lo que sucede en los otros grupos, determinarán el separatismo étnico. Por fin, Abako

permanece irreductible: Lumumba multiplica los avances a Kasavubu que no responde a ellos. Cuando se logra la independencia y hay que constituir un gobierno, dos grandes fuerzas permanecen frente a frente: Abako, siempre intransigente, el bloque nacionalista (M.N.C. y los partidos aliados) flexible y decidido a hallar un compromiso duradero. La Conakat, que se dice federalista, acepta la primera entrar, bajo ciertas condiciones, en un gobierno central: eso no es más que una maniobra, cuyo sentido no se escapará. Entre los dos movimientos, el ministro belga Ganshof vacila: Lumumba ha contribuido, desde los recientes motines, a mantener el orden público. Sus declaraciones son moderadas, no tiene un programa económico, ha repetido cien veces que garantizaba los bienes de los colonos. Y luego, una consideración de detalle, su grupo ha obtenido en las elecciones la mayoría de los votos. Pero su centralismo asusta. Los colonos están *contra él*. Kasavubu es más peligroso, quizás, es el señor de la violencia; pero es también el señor de la discordia; su federalismo oculta el separatismo apasionado de su etnia. El ministro comienza encargando a Lumumba una "misión de información con miras a la constitución de un gobierno congoleño". La longitud y el peso de esta fórmula revela suficientemente la turbación de su autor. Lumumba da pruebas de un perfecto realismo cuando la simplifica del modo siguiente: "Estoy encargado de constituir el Gobierno." Pero desde el 17, Ganshof declara que le retira su misión de informador para confiarla a Kasavubu. Nuevas consultas: vanas. El 21, la Cámara designa su junta: la mayoría pertenece al bloque nacionalista. En seguida, el pobre Ganshof retira su misión a Kasavubu para confiársela a Lumumba. Las negociaciones se reanudan, pero Kasavubu no ha perdido nada de su intransigencia: el 22 de junio, Abako reclama de nuevo "la constitución de una provincia autónoma bakonga en una confederación de un Congo unido". Se conoce el compromiso final: Abako proporcionará el jefe del Estado y los ministros; el bloque nacionalista, el Primer ministro y el resto del equipo gubernamental, exceptuando los asientos reservados a la Conakat. Ese parto penoso revela dos hechos de gran importancia. El primero es que las negociaciones han tenido lugar bajo la amenaza de un levantamiento bakongo. La fuerza de Lumumba era parlamentaria; la de Kasavubu real y masiva.

Mientras Bélgica estuviese presente en el Congo, Ganshof tenía la obligación de tener en cuenta la mayoría elegida: Bélgica no podía por menos que instalar en su antigua colonia una caricatura de la democracia burguesa. *Después de la partida de los belgas*, los votos perdieron su importancia: Lumumba fue depuesto y detenido, sin que hubiera tenido jamás la minoría. En otras palabras, la democracia fue simplemente rechazada: se guardó la apariencia de ella, pero el Poder se apoyó en la fuerza. Nada demuestra mejor que el trágico destino de Lumumba estaba fijado de antemano. Como Primer ministro, debía establecerse en la capital del nuevo Estado. Pero, por un raro infortunio, la capital era separatista: en Leopoldville, las masas sólo tienen un jefe: Kasavubu. Entre un jefe de Estado que reina como señor sobre Abako, y una población cuyo único objetivo es la secesión, un Primer ministro centralista sólo puede tener un papel: el de rehén. Tiene partidarios en todas las provincias pero, para comunicarse con ellos, tiene que pasar por la administración belga, aún en funciones, y que le opondrá la fuerza de su inercia, o por los funcionarios negros de Leopoldville que en su mayoría están en contra de él. Desde el 1º de julio de 1960, el centralismo se convierte en el sueño abstracto de un prisionero de honor que ha perdido toda su influencia en el país. Eso se verá en la segunda mitad de septiembre cuando Lumumba, depuesto, recorre las calles de Leopoldville en un auto provisto de altavoces: sus arengas no convencen a nadie. Rostros impasibles, público indiferente u hostil: la población de Leopoldville se burla del centralismo. Por el contrario, basta una palabra murmurada por Kasavubu para lanzar a la ciudad millares de antilumumbistas amotinados: poco a poco, los parlamentarios se inquietan y abandonan la Asamblea; el poder legislativo se inclina espontáneamente ante la ilegalidad. Para los diputados, como para el jefe del poder ejecutivo, la capital secesionista es una prisión. Es el punto en que, más tarde, agotados sus esfuerzos, reconociendo al fin que ha perdido la partida en Leopoldville, Lumumba huye y se hace separatista a su vez esforzándose por llegar a Stanleyville, su feudo. Me dicen: se trataba de una secesión provisional, negación de la negación; contaba con reunir sus fuerzas, emprender, partiendo de Stanleyville, la reconquista, pacífica o violenta, del Congo y su reunificación. Pero, si se hubiese unido

al grueso de sus partidarios, ¿se puede creer que habría reconquistado, sin violencia alguna, la capital bakonga? ¿Con qué fuerzas? Lo más verosímil es que Lumumba se mantuviese en Stanleyville, sin ganar ni perder, y que Kasavubu se jactase de bautizar secesión provincial aquel retorno del centralismo a sus orígenes; objetivamente, en efecto, la empresa, por falta de medios suficientes para llevarla a cabo, habría aumentado la división de los congoleños y la división de su suelo. Sin embargo, hay que reconocerlo, en aquel momento, Lumumba sólo tenía una alternativa: aceptar la federación y la autonomía del Bajo Congo o huir a Stanleyville para preparar allí la reconquista: el federalismo ganaba la partida en ambos casos. En realidad, estaba ganada de antemano. En política, lo *necesario* no es siempre lo *posible*. La unidad, motor del M.N.C., partido moderno y concebido a la imagen de los movimientos europeos, era *necesaria* al Congo: sin ella, la independencia era letra muerta; pero, en ese momento de su historia, la fórmula europea correspondía mal a las necesidades de los congoleños; unos lazos más borrosos y más sólidos los unían al suelo natal, a la etnia. La *centralización* sólo representaba la conciencia de clase de los *centralizados*, es decir, de los evolucionados.

Estas observaciones nos llevan al segundo carácter de la independencia congoleña: fue *otorgada*. En realidad, sería inconcebible, si los congoleños la hubiesen conquistado, que el belga Ganshof hubiera elegido, por su sola autoridad, al congoleño más apto para formar un ministerio. Lumumba lo sabía y sufría por ello: varias veces, antes del 30 de junio, pidió la retirada del ministro metropolitano. Declaró, en una conferencia de prensa: "No se ha visto en ninguna parte del mundo que la antigua potencia organice y dirija las elecciones que consagran la independencia de su país. Eso no ha tenido precedente en África. Cuando Bélgica *conquistó* su independencia en 1830, los belgas fueron los que constituyeron un gobierno provisional...", etc.

"*Conquistaron*": el que subraya soy yo, porque todo está ahí. Es lo que explica el tono paternalista de la alocución del rey Balduino, pronunciada el 30 de junio: se os ha regalado un lindo juguete, no lo rompáis. Y también la apatía de Kasavubu que, conociendo el discurso, se limita a suprimir del suyo una peroración demasiado servil. Por esta razón, Lumumba, indignado,

se apodera súbitamente del micrófono. Se conoce la admirable "exposición de amargura" que desarrolla en respuesta a la suficiencia del joven rey. Pero lo esencial no está allí; en mi opinión, se encuentra en las líneas que preceden inmediatamente:

"Esta independencia del Congo, si se proclama hoy, mediante el acuerdo con Bélgica, país amigo con el cual tratamos de igual a igual, ningún congoleño digno de ese nombre podrá olvidar jamás que la hemos conquistado mediante la lucha, una lucha de todos los días, una lucha ardiente e idealista, una lucha en la cual no hemos ahorrado ni nuestras fuerzas, ni nuestras privaciones, ni nuestros sufrimientos."

Aquí en el acta figura "*aplausos*", lo que prueba suficientemente que el orador tocaba una fibra sensible. Los congoleños que participaban en la ceremonia, cualquiera que fuese su partido, no querían un regalo: la libertad no se da, se toma. Invirtiendo los términos, se advierte que una independencia concedida no es más que un arreglo de la esclavitud. Los congoleños habían sufrido durante cerca de un siglo, se habían batido con frecuencia, las huelgas y los motines se habían multiplicado durante los últimos tiempos, a pesar de la crueldad de las represiones. Muy recientemente, las jornadas de enero de 1959 fueron, si no la causa, al menos la ocasión de la nueva política colonial del gobierno belga. No se podía dudar del valor del proletariado o de los guerreros campesinos, ni del profundo e invencible rechazo que cada colonizado oponía, a veces a despecho de sí mismo, a la colonización. Queda, pues, que las circunstancias no permitieron ni solicitaron el recurso a la lucha *organizada*. En el Vietnam, en Angola, en Argelia, la organización es armada, es la guerra popular; en Ghana, N'Krumah pretendió luchar por medios políticos: en efecto, las huelgas organizadas por él son violencias no sangrientas. De todos modos, la lucha se organiza *al instante y clandestinamente*; la unión de los combatientes se convierte en el medio inmediato de toda acción, antes de ser su fin lejano; se unen para dar un golpe de mano, pero también para escapar al peligro de muerte: las represalias del colono sellan los pactos secretos; la violencia del opresor suscita una contra-violencia que se ejerce a la vez contra el enemigo y contra los particularismos que le hacen el juego; si la organización es armada, hace saltar los cerrojos, las bisagras, liquida a los caids, a los "jefezuelos",

a los privilegiados feudales, substituyendo en todas partes, *en el curso de la lucha*, sus propios cuadros políticos a los implantados por la administración; al mismo tiempo, la guerra popular implica la unidad del Ejército y del pueblo, por lo tanto, la unificación del pueblo mismo: el tribalismo debe desaparecer o la insurrección quedará ahogada en sangre; la liquidación de esos vestigios se hace al instante, por la persuasión, la educación política y, si es necesario, por el terror. Así, la misma lucha, en la proporción que se extiende de un extremo a otro del país, prosigue la unificación; y si sucede, al principio, que dos movimientos insurreccionales coexisten y no se fusionan, se puede estar seguro de que ambos van a ser aniquilados por el Ejército colonial, o que uno de ellos acabará con el otro. Vencedores, los jefes son a la vez militares y políticos: han roto las antiguas estructuras, todo está por hacerse, pero no importa; crearán las infraestructuras *populares*; sus instituciones no serán copia de las de Europa: provisionales, tratarán de obviar los peligros que amenazan al joven Estado, reforzando la unidad a expensas de las libertades tradicionales. En cuanto a la fuerza del poder ejecutivo, es irresistible: es el Ejército que se ha forjado combatiendo a los opresores. En esta perspectiva, se puede decir que, tanto en el Vietnam como en Argelia —cualesquiera que sean sus dificultades actuales— la unidad y la centralización han precedido a la independencia y son su garantía. En el Congo, se produjo lo contrario. La crisis económica, la evolución del Congo ex francés, la guerra de Argelia han cambiado los espíritus y provocado las perturbaciones. Pero éstas no han sido orquestadas jamás: no tenían ni el mismo origen, ni las mismas razones, ni los mismos objetivos. Sirvieron de *signos* al gobierno belga. Éste era informado por algunos administradores lúcidos: hoy no habrá actos de terrorismo; los habrá mañana si la metrópoli no define claramente su política. Esas informaciones venían en el momento en que el imperialismo aprendió su lección de las guerras coloniales que han agotado a Francia y de las experiencias británicas de falsa descolonización. Bélgica no quiere transformar el Congo en una Argelia negra, se niega a disipar allí miles de millones y de vidas humanas. Ese país, con sus cien mil blancos, puede pasar difícilmente por una colonia de población: la repatriación, si ha de tener lugar, no perturbará la

economía metropolitana. En cuanto a las grandes compañías, están de acuerdo en hacer la prueba: sus intereses no sufrirán, ya están protegidos por un gobernador blanco o por un colaboracionista negro; parece, incluso, si se observa bien el desarrollo de los nuevos Estados africanos, que la independencia será la solución más productiva. En suma, se le dará al Congo.

Hoy se dice que el gobierno belga fue de un maquiavelismo criminal. Más me parece que fue criminalmente imbécil. Los franceses no dejan nada sin batirse, se aferran a ello hasta que les cortan las manos; esto, involuntariamente, forma los cuadros adversarios; la guerra crea sus minorías selectas. Los ingleses planifican su descolonización falseada: forman los cuadros de antemano; serán colaboracionistas, pero *capaces*. Bélgica no ha hecho nada: ni guerra colonial, ni transición progresiva. A decir verdad, en 1959 era demasiado tarde para preparar la emancipación colonial: los colonizados reclamaban la independencia inmediata. Pero el error del gobierno es muy anterior: reside en el encarnizamiento para mantener el país conquistado en la ignorancia y el analfabetismo; en su voluntad de conservar los feudalismos, las rivalidades, las "estructuras tradicionales", el derecho consuetudinario. Durante ochenta años, Bélgica se ha dedicado a congelar el Congo. Y después de haberlo atomizado, decide de repente abandonarlo, segura de que la ausencia de cuadros y el desmenuzamiento de los poderes lo pondrán a su merced. Por esta razón, Lumumba se halla al mismo tiempo designado por la masa y, a la vez, colocado en el poder por Ganshof en nombre del rey de los belgas. Situación incómoda, sobre todo si se piensa que Ho-Chi-minh o Ben Bella han tomado el poder *a pesar* de la metrópoli, llevados por un irresistible movimiento, y que su soberanía —entiéndase, lo que viene a ser lo mismo, la soberanía nacional— emana de ahí. En lugar de que la independencia sea— como en Vietnam y en Argelia— un momento de una *praxis* comenzada mucho antes, y que los actos pasados sirvan de trampolín a las futuras empresas, en el Congo es un punto muerto, el grado cero de la historia congoleña, el momento en que los blancos ya no mandan pero continúan administrando, en que los negros están en el poder pero no mandan aún. En este instante contradictorio, Lumumba, cualesquiera que sea su popularidad, no debe su autoridad a su gesta

pasada, sino a una legalidad importada de Europa y que —salvo los evolucionados— no reconocen los congoleños. Sin duda se admira su valor, se sabe que ha sido detenido varias veces, apaleado, encarcelado: eso no basta. Para ser soberano en un Estado nuevo, hay que haberlo sido en tiempos de la opresión, como jefe indiscutido del Ejército de liberación, o poseer desde larga fecha un poder carismático, religioso. Desgraciadamente, el que tiene ese poder en Leopoldville es Kasavubu. Hay que comprenderlo: el 1º de julio de 1960, Lumumba, líder de una fórmula mayoritaria y jefe del Gobierno está solo, sin poder, traicionado por todos y ya perdido.

Ya lo he dicho: cuando los pueblos se liberan por la fuerza, expulsan o aniquilan a los antiguos cuadros que sólo son para ellos sus opresores más conocidos. Hay que reemplazarlos a toda prisa; ya que todo el mundo es incompetente, la elección se guía por el celo revolucionario, más que por las capacidades. El resultado de ello es una espantosa confusión, errores criminales, sectores enteros de la economía están en peligro mortal. Pero no ha sucedido aún que una revolución victoriosa se derrumbe por falta de minorías selectas. En Rusia, en China, en Vietnam, en Cuba, a costa de dolorosas convulsiones, los recién llegados ocupan los puestos de mando, dirigiendo, inspeccionando, decidiendo por el día, estudiando y leyendo por la noche. Así, en el desarrollo de una revolución, es un hecho normal y positivo el reemplazo de las competencias reaccionarias por revolucionarios incompetentes. Y si esta substitución no se realiza por la fuerza, se hace necesaria por la emigración masiva de los especialistas.

Sin embargo, es preciso que ese salto en el vacío se haga inmediatamente, que se imponga como un momento inevitable de la *praxis*. Si no fuera en medio de la tempestad revolucionaria, ¿quién osaría reemplazar sistemáticamente, en todos los niveles de la jerarquía social, el saber por la ignorancia? Lumumba era un revolucionario sin revolución. Su jacobinismo inflexible le oponía radicalmente al arreglo hipócrita del colonialismo que el gobierno belga intentaba sin habilidad, pero esta posición rigurosa era sólo un rechazo teórico ya que, precisamente, la guerra popular no había tenido lugar. Al evitarla, los belgas frustraron a los congoleños. El líder del M.N.C. se hallaba, pues, en cierto aspecto, del otro lado de una insurrección que

no había tenido lugar. No podía concebir los cuadros como hubiera hecho en plena acción. Evolucionado, formado por los blancos, acostumbrado a reconocer su superioridad técnica, le preocupaba, como hemos visto, el escaso número de los evolucionados y la ignorancia de las masas.

Sin duda alguna había que africanizar los cuadros: Lumumba lo quiso siempre, entonces lo quería más, puesto que con frecuencia se sentía paralizado por la malquerencia de la administración. El Congo no disfrutaría de una independencia plena mientras los puestos claves estuvieran en manos de los blancos. Pero, por falta de una urgencia inmediata, Lumumba consideraba una transformación progresiva. Es notable que, en sus discursos, hablase con frecuencia de una enseñanza superior, casi nunca de una enseñanza primaria. No debemos ver en eso una preocupación de clase. Solamente, una conciencia aguda del problema: el Congo enviará estudiantes a Europa, en cuanto pueda; regresarán al país y cada cual ocupará el puesto de un belga; cuanto más numerosos sean, más pronto acabará la dependencia técnica, administrativa y militar del país. Como se verá, es una solución razonable, pero *reformista* como la puede concebir en frío el hombre de Estado, que pesa el pro y el contra y corre riesgos calculados.

En el mismo momento, las masas daban conclusiones revolucionarias a la revolución que no tuvo lugar. Se encargaban de la africanización de los cuadros y expulsaban a los europeos en un abrir y cerrar de ojos. Se comenzó por la fuerza pública. Los oficiales y las brigadas venían de Bélgica; los congoleños sólo llegaban al grado de sargento al final de su carrera. Hicieron saber, varios meses antes de la independencia, que exigían la supresión de ese privilegio de los blancos: un negro, después de la independencia, debía poder llegar, según sus méritos, a teniente o general. Lumumba no tomaba aquello en serio: sin duda lo miraba desde el punto de vista de la utilidad nacional; los oficiales se irían formando poco a poco. Pero se equivocó; no se trataba de una reivindicación general relativa a la condición de los futuros soldados: era que *aquellos soldados* querían ser sargentos, que *aquellos sargentos* solicitaban el grado de capitán. En una palabra, la exigencia era concreta e inmediata. Al parecer, un político la habría satisfecho desde el primer día y hu-

biera recuperado y captado el movimiento revolucionario dando él mismo ese golpe de Estado: la destitución de Janssens. Así se habría ganado al Ejército, el único instrumento de que disponía aquel poder ejecutivo sin poder. Sobre todo los soldados de la fuerza pública, tenían un cambio de espíritu inquietante; en tiempos de los belgas, es decir, hasta el 30 de junio, habían mantenido el orden colonial; aquellos congoleños se batían contra congoleños exclusivamente; reprimían los motines, ocupaban los pueblos, vivían sobre el país. Objetivamente cómplices de la casta colonial, muy influidos por sus oficiales, parecían naturalmente contrarrevolucionarios. Y sin duda alguna, lo eran en el fondo, ya que trataban de ser mantenidos en los grados inferiores como los pecheros del Ejército francés antes de 1789. Esta reivindicación, a escondidas suyas, resumía las aspiraciones del Congo a la soberanía total, ya que sólo podía realizarse por una decisión soberana. Al mismo tiempo, el conflicto de clases se perfilaba detrás del conflicto de raza: los pobres estaban hartos del lujo de los ricos y querían ponerse en su lugar. El gobierno, al tomar la iniciativa, habría hecho de las fuerzas del orden los cómplices de la Revolución; los habría hecho solidarios de ella. Lumumba vaciló: la presión del Ejército negro corría peligro, a su entender, de empujarle demasiado pronto al radicalismo; quizás tuvo, a su pesar, un reflejo de clase. ¿Y quién, se preguntaba, sería capaz de mandar *hoy* el Ejército congoleño? Cometió el error de pedir a Janssens una disposición ineficaz: se haría pasar a todos los negros al grado superior inmediato, la segunda clase pasaría a la primera y el sargento a sargento mayor. Janssens supo representar hasta el fin su papel de provocador; respondió a los soldados: "No obtendréis nada. Ni hoy ni nunca." Se conocen las consecuencias, la sublevación de los soldados, la expulsión de los oficiales, la huida de Janssens, verde de miedo, a Brazzaville. Aquella insurrección pudo ser positiva; en definitiva, sólo tuvo consecuencias negativas. Los soldados se rebelaron a la vez contra Janssens y contra Lumumba, que había esperado la revuelta para destituirlo. Eso quiere decir: a la vez contra el paternalismo colonial y contra la joven democracia congoleña. Confusos, acostumbrados a imponer el orden por la fuerza, no obstante rebelados contra los privilegios militares de los belgas, derivaron, en su mayoría, a una especie de bonapartismo para

afirmar su nueva casta y marcar su desprecio por el régimen que los había traicionado.

La africanización de los cuadros administrativos comenzó por la catástrofe de los europeos. Los funcionarios huyeron, las empresas privadas cerraron sus puertas. Lumumba hizo cuanto pudo para retenerlos. Pero al mismo tiempo llegaban al Congo tropas belgas aerotransportadas; tuvo que romper con Bélgica, lo que acabó de enloquecer a la población blanca. Las masas, sin embargo, querían echar a los belgas y les reprochaban que se fueran. Lumumba permanecía impotente: le apenaba no haberse puesto a la cabeza del movimiento. Los obreros pedían un aumento de salario. Reivindicación justa pero que el jacobino Lumumba juzgaba inoportuna. Estallaron huelgas. Ya no contra los belgas: contra él. Lumumba las reprimió: había que salvar la economía congoleña, mantener el nivel de producción. Y sobre todo, en las agitaciones confusas y esporádicas que realizaron la africanización de los cuadros, radical pero catastróficamente, Lumumba no reconocía ni *su praxis* política, ni *su* revolución, ni *su* personal: aquellas gentes, pensaba, no han hecho nada hasta ahora; y cuando hemos ganado reivindican de nosotros lo que no habrían pedido jamás a los belgas; ¿qué tienen de común con nosotros? El no-violento tomó partido contra la violencia, el evolucionado se desvinculó de los no-evolucionados y de todos los evolucionados que no habían tenido en cuenta el único interés común. Reprimió aquellos movimientos espontáneos, perdiendo la última oportunidad de apoyar su poder vacilante en aquella revolución salvaje. Hay que reconocer, además, que aquella oportunidad era mínima: sin organización, sin programa revolucionario, aquel radicalismo brutal de la independencia no desembocaba en nada. Las manifestaciones persistieron y, de allí en adelante, se hicieron contra el Gobierno. Para identificarse con la unidad nacional, Lumumba trató de separarse de su clase: le hicieron volver a entrar en ella por la fuerza: los diputados acababan de atribuirse unas dietas de 500.000 francos y al mismo tiempo, Lumumba quería romper las huelgas reivindicatorias: la masa extraplebeya descubrió a la vez los apetitos de los evolucionados y la represión gubernamental; antes de la colonización la "minoría selecta" ganaba mucho más que los peones, pero permanecía explotada, oprimi-

da; por un trabajo igual, un funcionario negro cobraba la mitad que un blanco: esta desigualdad contribuía, a pesar de todo, a unir a los pequeños burgueses con el pueblo; los negros estaban orgullosos, *frente a los belgas*, de sus evolucionados. Apenas éstos llegaron al poder, se revelaron como una clase por el trato y las remuneraciones que pedían. La masa creyó reconocer a los nuevos amos. Vio en el poder ejecutivo —como en otras épocas, con justicia, en la administración colonial— un poder de represión. Todo era falso: la pequeña burguesía negra sólo podía establecer su autoridad abandonando el Congo al imperialismo, que le daría en cambio la gerencia del país; por otra parte, Lumumba, lejos de representar los intereses de clase de los evolucionados, veía que su poder disminuía diariamente porque se oponía a ellos. No, es cierto, en nombre de los intereses de la masa: en nombre del universalismo jacobino. No importa: la contaminación prendió rápidamente, se consideró al Primer ministro como un aprendiz de dictador, designado por los numerosos privilegiados en el momento mismo en que perdía su confianza. Kasavubu, Abako, los provocadores belgas supieron sacar partido, desde julio, de esta confusión: hicieron pasar a Lumumba por un tirano.

Nada más alejado de su carácter; además, cuando se le acusó de abuso de poder, ya no tenía siquiera la posibilidad de hacerse obedecer. Pero lo que sus enemigos sintieron desde el primer día, es que en un país dividido la unidad nacional es una *praxis* de unificación permanente; las oposiciones se convierten fácilmente en traiciones, como decía Merleau-Ponty, cuando acrecientan la discordia y el desmenuzamiento: el Gobierno central debe reducirlas, por la fuerza en caso necesario. Desde ese punto de vista, las huelgas o los motines urbanos, por justificadas que sean las reivindicaciones, son tan temibles como los conflictos étnicos: éstos retardan la cultura, despedazan el suelo congoleño, aquéllos hacen bajar la producción; por todas las razones, es indispensable que el Congo libre, desde los primeros años de su infancia, no se quede muy detrás del Congo belga del cual ha nacido: *por lo tanto*, el centralismo lleva en sí una política de austeridad social. Sin embargo, el Incorruptible —ya se llame Robespierre o Lumumba— debe en el mismo momento atacar a la clase dirigente —a su propia clase— para mantenerla

en la categoría de clase universal, lo que quiere decir para impedir que se oponga, por sus exigencias, sus costumbres, o un enriquecimiento demasiado rápido, al resto del país. Eso significa que se exige en nombre de la unidad que cada grupo social sacrifique sus intereses al interés común. Nada mejor, a condición de que exista el interés común. Castro, después de los pocos meses tumultuosos que siguieron a la toma del poder, impuso a los sindicatos obreros que pusieran fin a las huelgas, que recurriesen al arbitraje en los conflictos sociales. Pero acababa de vencer al Ejército de los señores feudales, de expulsarlos, de entregar sus bienes a las clases desposeídas mediante una reforma agraria: al reclamar los sacrificios a todos, invitaba a los trabajadores rurales y urbanos a constatar su unidad real, su interés común, que era la libre explotación de la isla por todos en beneficio de cada uno. Dicho de otro modo, el centralismo no puede identificar la unidad nacional y el interés común, más que si la revolución de donde sale es socialista. Entre los evolucionados que toman el poder en el Congo y los peones o los obreros agrícolas, no hay todavía lucha de clases propiamente hablando, pero ya la seudounidad congoleña oculta la divergencia de los intereses. Sin saberlo, el centralismo reclama ese mínimo abstracto que es la unidad nacional para que una sociedad nueva halle el tiempo de procurarse sus estructuras y sus estratos. Pero ni los explotados ni los futuros explotadores intentan sacrificar sus exigencias concretas a ese porvenir aún imprevisible: ya la existencia de los unos impide ceder a los otros. Los proletarios conocen los sueldos de los ministros. En cuanto a éstos y a todos los evolucionados, no harán concesiones a nadie: tienen una moral fundada sobre el *mérito*; no servirse los primeros sería, en el fondo, sacrificarse a la masa de los iletrados, es decir, de los no militantes.

Así, faltó de un movimiento de masas, de una lucha armada, de un programa socialista, el centralismo, como *praxis* unificadora, parece arbitrario a todos; la unidad que quiere establecer, la tiene cada cual por un concepto sin contenido, cada grupo le opone su idea concreta de la unidad, que es —en la situación presente— un factor de división. Todo el mundo está contra Lumumba: los partidos provinciales y federalistas, la capital, el proletariado, la pequeña burguesía que representa y que deberá

sostenerlo. Y aún peor: los rurales aceptan la independencia a condición de conservar sus "estructuras tradicionales". Raros son los que han comprendido que los jefes eran los representantes "indígenas" de la administración belga. Ahora bien, los reyezuelos pierden todo con la partida de los colonos. Los belgas los compraban y los mantenían en su lugar: era centralizar dividiendo. La política del Gobierno congoleño es liquidar las divisiones: debe crear una administración negra, instruir a los funcionarios de Leopoldville, enviarlos por todas partes como los únicos agentes calificados del poder. Esas medidas que se imponen a todo nacionalismo unitario son el toque de agonía de los feudalismos; el poder cubrirá el país de una red de responsables que tomarán las decisiones en función de las órdenes venidas de la capital y substituirán su autonomía a la de los señores locales. Los grandes jefezuelos se inquietaron: los emisarios europeos se creyeron en el deber de ilustrarlos. Finalmente, muchos feudales —incluso entre los que habían ingresado en el M.N.C. para reclamar la independencia— se hallaron un buen día antilumumbistas encarnizados. Sus tropas los seguían. En Katanga, el enemigo mortal de Lumumba, el que, quizás, le asesinó con sus propias manos, Munongo, es hijo de rey. La secesión katanguesa que precipita el desastre es el resultado de un acuerdo realizado entre los feudos locales, el colonato de población y la Unión Minera.

¿Qué hacer frente a tantos enemigos? Al pie de la letra, nada. Si el centralismo posee una base sólida, si tiene el apoyo de las fuerzas armadas, vendrá pronto o tarde, según el grado de urgencia, a combatir el federalismo mediante el terror: así hizo Robespierre en el 93. No durante mucho tiempo: él también cayó, después de haber aplastado los motines populares, cuando se vio que no representaba a nadie ya. ¡Pero Lumumba! Menos de una semana después de la proclamación de la independencia, la sublevación de julio le quitó el apoyo de la fuerza pública. En Leopoldville se vio en seguida que sólo la policía le defendería —a él y a la Asamblea— contra las manifestaciones de Abako. Y cuando envió al Ejército para restablecer el orden en las provincias separatistas, es cierto que el Ejército partió, pero no llegó, prefiriendo distraerse por el camino, es decir, saqueando y matando a los campesinos. No obstante, a aquel hombre aislado

de todos y que sólo tiene las apariencias del poder, se le va a reprochar el ejercer una dictadura sangrienta¹. No sin sombra de razón: en realidad, si se consideran las fuerzas en presencia y los caracteres singulares de la situación, un líder unitario, si hubiera dispuesto de los medios, se habría visto obligado a renegar sus objetivos o a recurrir al terror. La unidad del Congo reclamaba una dictadura. La del proletariado, mal ilustrado, mal instruido por sus representantes, no era siquiera concebible; por lo tanto, era necesario que un pequeño burgués se apoderase del poder contra todos.

Después de la insurrección de julio vino la secesión katan-guesa, que suscitó en todas partes una corriente separatista más o menos fuerte. Lumumba, el tirano, fue admirable: volaba con Kasavubu, silencioso como la muerte, que le seguía a todas partes, en cuanto le señalaban perturbaciones, inquietudes u hostilidad, aterrizaba en los lugares y, apenas salido de la carlinga, celebraba mítines en donde fuera. El calor de su voz, su sinceridad, su optimismo —cándido o místico según se quiera— seducían a todos los auditorios y con frecuencia los persuadían. Cuando había disipado las prevenciones, calmado las dudas, respondido a las objeciones, *explicado*, sobre todo explicado, sus planes y razones en *detalle*, ganaba la partida por una noche; por una noche, en una ciudad provinciana, aquella dictadura de la palabra —la única que ejerció— realizaba la unidad jacobina de varios centenares de hombres, los únicos politizados. Aclamado, Patrice volvía al avión, despegaba, pensaba: partida ganada; a su lado, Kasavubu pensaba: partida perdida, la palabra no tiene esa fuerza. En realidad, la tiene: a condición de que la repitan mil veces, primero los jefes, luego los activistas, luego, en el lugar, los militantes. Lumumba estaba solo. Absolutamente solo. Después de cada despegue, el silencio se restablecía en el pueblecito que acababa de dejar, cada cual volvía a sus intereses inmediatos, a sus prejuicios, a su grupo tribal o socio-profesional, no quedaba nada, ni siquiera una semilla en un corazón. Sin embargo, el tirano volaba; cuando se posaba, los pequeños blancos le insultaban, tenía que aceptar la protección

¹ Kasavubu sabía que mentía cuando le hizo responsable de las exacciones de la fuerza pública.

humillante —y poco eficaz probablemente— de los militares belgas, de esas tropas colonialistas cuya acción había denunciado al Parlamento, cuya expulsión del África pedía a la O.N.U. Intentó incluso un aterrizaje en Katanga, pero los oficiales belgas que dominaban allí le hicieron saber que le detendrían en cuanto aterrizase. Lumumba no quiere hacer caso, los belgas apagan las luces, cierran los controles, dejan todo a oscuras: le disuaden de aquello que representaría un suicidio. Lumumba renuncia al fin, el avión toma altura; gira. El Congo libre gira, prisionero del aire, pasando por aquí, pasando por allí, como el hurón: porque entonces, el Congo, centralizado, unido en la independencia, sólo se identifica con Lumumba. La suerte está echada: el recurso a las Naciones Unidas, el envío de los cascos azules, el golpe de Estado de Kasavubu, el *pronunciamento* de Mobutu, ese policía a las órdenes de los belgas, que se pone a la cabeza de la fuerza pública —es decir, de las bandas armadas sin sueldo, que han venido a rescatar al pasajero—, la abyecta parcialidad de Hammarkskjöld, las intrigas de Youlou maniobrado por el gobierno francés: todos esos episodios tan conocidos, no son más que las etapas de un calvario inevitable. Los belgas, los franceses, los ingleses, las grandes compañías y H... hicieron asesinar a Lumumba por sus hombres de mano, Kasavubu, Mobutu, Tshombe, Munongo, y Norteamérica, puritana, ha desviado la mirada para no ver la sangre. ¿Por qué tanto encarnizamiento? ¿Era realmente necesario que el neocolonialismo se instaurase en el Congo mediante ese crimen resonante? Aquel negro alto, delgado y nervioso, trabajador infatigable, orador magnífico, había perdido sus poderes: la atomización del Congo, hecho real, resultado indudable de ochenta años de colonialismo “paternalista” y de seis meses de maquiavelismo, desmentía radicalmente el sueño jacobino del primer ministro; había perdido sus poderes, salvo, quizás, en Stanleyville donde, más que partidarios, tenía una clientela. Si se hubiese ido allí, ¿qué habría hecho más que Gizenga, traicionado un poco después, al cabo de varias victorias relámpago, por su jefe de Estado Mayor, el tío de Lumumba, que prefirió al unitarismo de los políticos la unidad restaurada del único poder eficaz del Ejército negro? El imperialismo no se preocupa de las vidas humanas. Pero ya que tenía la victoria, ¿no podía ahorrarse un escándalo? En realidad, no podía; es el

secreto de esas combinaciones sórdidas: Lumumba era el hombre del otorgamiento de los poderes; inmediatamente después, debía desaparecer.

La razón es que representaba, en vida, el rechazo riguroso de la solución neocolonialista. Ésta consiste, en el fondo, en comprar los nuevos amos, los burgueses de los países nuevos, como el colonialismo clásico compraba los jefes, los emires, los brujos. El imperialismo necesita una clase dirigente que tenga conciencia bastante de su situación precaria para unir sus intereses de clase a los de las grandes sociedades occidentales. En esta perspectiva, el Ejército nacional, símbolo a los ojos ingenuos de la soberanía, se convierte en instrumento de una explotación doble: la de las clases trabajadoras por la "minoría selecta" y, a través de ella, la de los negros por el capitalismo de Occidente. Se invierte, se presta: el Gobierno de la nación independiente se halla en completa dependencia de los europeos y de los norteamericanos. Así le sucedió a Cuba, en 1900, al salir de una guerra colonial que había ganado. El modelo es bueno aún; se le emplea todos los días. El fin es reservar al continente negro el destino de América Latina: debilidad del Gobierno central, alianza de los burgueses (o de los feudales que han quedado en su lugar) con el Ejército, supergobierno de los trusts. Se necesitan hombres para este contubernio: en el Congo será Kasavubu; sus ambiciones y su separatismo —aun cuando acepte, al fin, una federación muy floja— mantienen las antiguas discordias sostenidas por la administración belga y, esta vez, sin que se sospeche que los blancos meten allí las manos. Ileo, Adoula, le pueden secundar: su conciencia de clase está a la altura de sus apetitos; se puede contar con ellos, al abrigo de la fuerza pública, para acabar la constitución y apresurar el desarrollo de la nueva burguesía. Los evolucionados, hasta aquí, no han sido más que asalariados, reclutados y formados por el imperialismo y convencidos, por sus señores, de que sus intereses coincidían con los del capital; ahora hay que arreglar la economía congoleña, transformar a ciertos asalariados en pequeños capitalistas, mantener los feudalismos rurales y dejar que actúen, incluso en el campo, las fuerzas de concentración. Éste es el programa, éste es el Congo de 1963; del 60 al 61, sujeto de la Historia, hoy es el más pasivo de los objetos. La suerte de Katanga se ha decidido

entre belgas, ingleses, franceses, norteamericanos, rhodesios, blancos sudafricanos. Los combates, las sublevaciones de los campesinos, la guerra, las decisiones bruscas y contradictorias de la O.N.U. son los efectos y los signos de las componendas que han tenido lugar entre los trusts y los gobiernos. Si hoy todo parece arreglado, si Katanga se ha unido al Congo es porque— contra Rhodesia y la Unión Sudafricana, contra las pretensiones inglesas y francesas— los Estados Unidos se han puesto de acuerdo con los belgas para explotar en común las riquezas congoleñas por intermedio de sociedades mixtas.

Para llevar a cabo compromisos tan delicados, había que comenzar eliminando los detalles del Congo, lo cual significaba suprimir a Lumumba. Éste, solo y traicionado, era el símbolo abstracto de la unidad nacional; *fue* el Congo en el momento histórico del otorgamiento de los poderes. Antes de él, allí no había más que una colonia, un rompecabezas de imperios dislocados; después de él, sólo quedaba un país desgarrado que tardará más de un decenio en hallar su unidad nacional. Como primer ministro, Lumumba había perdido, uno tras otro, sus apoyos, convirtiéndose, a su pesar, por la fuerza de las cosas, en el agente de un nuevo separatismo que se llamaba centralización. Cautivo, pero con vida, podía, de la noche a la mañana, convertirse en un principio, en punto de reunión: era el testigo de una cierta política que le habían impedido hacer, pero que podía aparecer en los primeros errores del nuevo Gobierno, como la política de recambio, como la que no se había probado porque no le dieron tiempo y que se revelaría, quizás, en la práctica, como la única posible. Los descontentos de ayer se habían unido contra él, los de mañana —los mismos, sin duda— se agruparían de nuevo en torno de él. Un prisionero en otro tiempo idolatrado por las multitudes, permanece como una posibilidad desnuda de *praxis*; su sola existencia transforma los pesares en esperanza; sus principios, como ha permanecido fiel a ellos, son para los nuevos opositores mucho más que un punto de vista; viven, son actuales, están humanizados por quien se sabe que es su guardián en el calabozo; se convierten en objeto de meditación fascinada para todos. Eso se verá cuando se amotinen en Thysville los soldados que le custodian: dicen que si no les pagan su soldada, libertarán a Lumumba. Enloquecidos por esta amenaza, los dirigentes de

Leopoldville se acercan a los katangueses. Acuerdo concluido: Tshombe pagará a los soldados; a cambio de ello le entregarán a Lumumba. En resumen, incluso en su prisión, el Primer ministro caído atestigua la necesidad del centralismo. Tanto más cuanto su caída coincide con una nueva llamarada de motines y de guerras locales.

Aún más: desde octubre, se nota un recrudecimiento de las perturbaciones revolucionarias. Esta vez son la base los campesinos y los obreros, movilizados contra el mantenimiento de la economía colonial. Esos movimientos dispersos no tienen un objetivo común; no obstante, sería posible unirlos, por encima de las viejas divisiones, si se reunieran sus reivindicaciones en un programa común. Este temor no es infundado: más tarde Gizenga, el nuevo líder del centralismo, toma medidas radicales en Stanleyville: se africanizarán los trusts, los belgas estarán sometidos a residencia y a un impuesto excepcional; al cabo de seis meses, el Estado se incautará de los bienes abandonados. Esos decretos marcan el acercamiento que se esboza entre las reivindicaciones concretas, pero sin perspectiva verdadera de la masa y el jacobonismo abstracto del M.N.C. Y Gizenga no tiene la popularidad de Lumumba. Ni su inteligencia. ¿Que no era de temer si el antiguo Primer ministro hubiese comprendido que había que fundirse con la masa, romper con los evolucionados, dar un contenido social a su política unitaria, en una palabra, que había que levantar al pueblo contra la mixtificación neocolonialista? En realidad, ése es todo el problema: el jacobinismo es pequeño burgués, subordina la economía a la integración política y choca sin cesar con las reivindicaciones de las masas a las cuales acusa de sabotear la unidad. Ese conflicto permite de ordinario a los enemigos el combatir uno tras otro el movimiento unitario y el movimiento social. Pero, si los jacobinos sobreviven algún tiempo —cosa bien rara— sus disgustos les ilustran y hacen un comienzo nuevo: la unidad ya no es el principio, sino un momento intermedio, el único medio de soldar los intereses de las masas y sus exigencias; también es el objetivo final de una revolución económica, social y política que debe, para que no estalle, radicalizarse sin cesar. He encontrado jóvenes de las ciudades, antiguos estudiantes salidos de la clase media, que formaban parte del gobierno de Castro: eran jacobinos contra

Batista; integrados con los rebeldes, no les costó ningún trabajo abandonar provisionalmente su ideal político para encontrarlo en seguida *a través* del movimiento de la construcción socialista. Robespierre, Lumumba murieron demasiado pronto para hacer la síntesis de lo que les habría hecho invencibles. Y luego en la Francia de 1789, como en el Congo de 1961, las masas eran rurales en su mayoría; en Francia, el proletariado no había nacido o no estaba realmente desarrollado; en el Congo, el paternalismo belga le había herido de estupor. En cada uno de los dos casos, los verdaderos explotados no tienen representantes ni aparato que pueda solicitar a los políticos el buscar la unidad en la lucha contra la explotación. No importa: en el Congo hay tres millones de negros proletarios; si Patrice hubiera vivido, quién sabe si, decepcionado por su clase, no se hubiera visto obligado a alzarlos contra ella. La ficción que jamás denunció, la idea loca y burguesa de la "clase universal", podía, en ciertas condiciones, facilitar la reconciliación. Lumumba pudo abordar a los líderes locales de los movimientos revolucionarios sin complejos: sin vergüenza ni superioridad. A partir de esta igualdad abstracta, podía hacerse la luz, podía comprender al fin lo que se ha llamado "la vocación socialista del África", y lo que se puede reducir más claramente a ese dilema: neocolonialismo o socialización. Lumumba *podía* hacerlo; empleo esa palabra no para evocar una posibilidad abstracta, sino para definir el temor que inspiraba, incluso encadenado, a sus enemigos. El imperialismo es lúcido: si deja ver su juego a los ex colonizados, si pueden adivinar su intención de ocultar detrás de una comedia política el mantenimiento de una economía de superexplotación, sabe perfectamente que las masas se unirán contra los políticos, sus cómplices. La confusión congoleña era extrema, pero los congoleños comprenderán pronto si alguien les explicaba que servían al enemigo; Lumumba había aprendido en poco tiempo que Bélgica traicionaba la palabra dada, que la Unión Minera fomentaba y sostenía las secesiones contra el Gobierno de la ex metrópoli, que los soldados de la O.N.U., enviados para mantener el orden, protegieron a Kasavubu el separatista, dejando al primer ministro centralista a merced de sus enemigos; incluso para un pequeño burgués que se decía ignorante de la economía, no habría tardado mucho tiempo en sacar conclusiones molestas. En

resumen, lo que primero temían los evolucionados y las Grandes Compañías, era la radicalización de Lumumba por las masas y la unificación de las masas por Lumumba. Puede decirse que su asesinato selló la reciente alianza del imperialismo y de la pequeña burguesía negra; de allí en adelante, hay un cadáver entre ellos.

Pero el prestigio del ministro congoleño se extendía más allá de las fronteras de su país. Manifestaba la necesidad de un África unida. No al modo de los Estados conquistadores que bajo "unidad", ponen "hegemonía". Al contrario, por la debilidad del régimen, por ese valor inflexible y esa impotencia fatal que daba a todos los países negros el deber de socorrerlo. Y esa obligación rigurosa y urgente, no era generosidad. Ni tampoco solidaridad idealista. En realidad, las naciones africanas descubrían al Congo su destino, el destino de África; los países neocolonialistas descifraban la mixtificación que les había liberado de todas sus cadenas, excepto de la superexplotación; los otros, los que habían evitado por un pelo la "congolización", descubrían el mecanismo, el papel desempeñado en ese derrumbamiento por los divisiones internas; pensaban que aún no se había salvado nada, que había que luchar contra los separatismos *en la escala del continente*, pues de lo contrario, el África entera no escaparía a la balcanización. En ese sentido, el fracaso de Lumumba fue el del panafricanismo. N'Krumah conoció la decepción más amarga: había enviado desde julio tropas ganesas al Congo bajo la autoridad de las Naciones Unidas, que las emplearon, a pesar de las protestas de Ghana, contra Patrice Lumumba; entonces, la experiencia le hizo aprender que la O.N.U., no era una organización imparcial que estatúa con toda objetividad los conflictos del Tercer Mundo, sino un sistema rigurosamente preparado para defender en todas partes, en Occidente, el imperialismo, aun cuando las Repúblicas Populares y las naciones afroasiáticas fuesen admitidas en ella. Pero toda el África, humillada por no haber sabido salvar al hombre de Acra, aprendió también la suerte que se reservaba a los "neutralistas". Lumumba, en un momento de exasperación, indignado por la actitud de Hammarskjöld, había apelado a Rusia, que le envió aviones. En aquella ocasión, aplicó el principio más estricto del neutralismo: comerciar con todas las naciones, sin tener en cuenta su régimen,

aceptar o pedir, en caso de urgencia, una ayuda eficaz a condición de que sea desinteresada. No hubo necesidad de más: las Misiones se apresuraron a bautizarle comunista. El imperialismo también lo hizo: lo más escandaloso es que se dejó pillar en su propio juego y tomó a aquel "evolucionado", hijo de católico, casado por la iglesia, y padre de católicos, por un agente secreto del Kremlin. Si se quiere juzgar mejor la situación, se debe comparar este llamamiento desesperado del jacobino "sin opción económica" a lo que pudo hacer Castro en una isla pegada a Norteamérica. Y no hay que engañarse en eso: la victoria de Castro reside precisamente en que se puso a la cabeza de una revolución socialista; el fracaso del congoleño, el nombre de "comunista" con que se le creyó infamar, todo viene sencillamente de que él no quiso dedicarse a modificar la infraestructura del país. África ha comprendido: cuando un jefe de gobierno "independiente" pide socorro a los soviéticos, los occidentales lo destituyen. El neutralismo será una vana declaración de principio, mientras los diversos Estados del continente negro no se unan para imponerlo.

Lumumba, vivo y cautivo, es la vergüenza y la furia de todo un continente: está presente en todos como una exigencia que no pueden ni cumplir ni eludir; *en él* cada cual descubre la potencia y la ferocidad de la combinación neocolonialista. Por lo tanto, hay que acabar con ella lo antes posible; el imperialismo conserva sus manos limpias; sus dos representantes principales, Kasavubu y el miserable Mobutu, tienen interés, ante sus pueblos, de no haber derramado esa sangre. Tshombe matará: de todos modos, la Unión Minera y los colonos lo han comprendido muy bien, él puso tanto celo en venderse, que dentro de poco habrá que liquidarlo también. Se acaba con un negro al que habían hecho Primer ministro y que tomó en serio su misión; se encarga de nuevo a Kasavubu para que forme gabinete. Se espera, a mi entender, que el muerto molestará menos que el vivo: a un difunto se le olvida; ¿qué se puede hacer por él, ¿de él? A los africanos demasiado exaltados se les quitará toda la razón de llamar a sus hermanos a una cruzada libertadora por el bayonetazo que, según se dice, Munongo se encargará de administrar. En todo caso, he aquí el cálculo. Errado, como es sabido.

Muerto, Lumumba deja de ser persona para convertirse en el África entera, con su voluntad unitaria, la multiplicidad de sus regímenes sociales y políticos, sus fisuras, sus discordias, su fuerza y su impotencia; no fue, ni podía serlo, el héroe del panafricanismo, fue su mártir. La historia de Lumumba ha iluminado para todos el vínculo profundo de la independencia, de la unidad y de la lucha contra los trusts. Su muerte —me acuerdo de Fanon, en Roma; estaba trastornado por ella— es un grito de alarma; en él, todo el continente africano muere para resucitar; las naciones africanas han comprendido; lo que decía Acra, Addis-Abeba *se dispone a hacerlo*: pondrán en su lugar un dispositivo común que les permitirá ayudar a las luchas revolucionarias en los países que no han logrado aún la independencia. La unidad es la guerra; bajo la influencia de Argelia, ciertas personas comprenden más cada día que es también la revolución socialista.

El Congo sólo ha perdido una batalla. Al abrigo del Ejército Nacional Congoleño, la burguesía congoleña, esa clase de traidores y de vendidos, va a perfeccionar su obra y a constituirse en clase de explotación. La concentración capitalista vendrá progresivamente al final de los feudalismos, unificará a los explotados y se darán todas las condiciones de un castrismo. Pero los cubanos honran la memoria de Martí, que murió al final del siglo pasado sin ver la victoria de Cuba sobre España ni la sumisión de la isla al imperialismo de los Estados Unidos. Y el Castro congoleño, dentro de algunos años, si quiere enseñar a los suyos que la unidad se conquista, recordará al primer mártir de ella, Lumumba.

"Lumumba et le néo-colonialisme", prefacio de los *Discours de Lumumba*. (Présence Africaine.)

ÍNDICE

	PÁG.
“De una China a otra”	7
El colonialismo es un sistema	20
“Retrato del colonizado”, precedido del “Retrato del coloni- zador”, de Albert Memmi	37
“Sois formidables”	43
“Todos somos asesinos”	50
Una victoria	53
“El pretendiente”	65
La Constitución del desprecio	74
Las ranas que piden un rey	82
El análisis del referéndum	105
Los sonámbulos	116
“Los condenados de la tierra”	121
El pensamiento político de Patrice Lumumba	140
I. La empresa	140
II. Las razones del fracaso	159